

La presente crónica novelada fue publicada por el diario "Mediterráneo" de Castellón desde el 18 de Junio de 1994 al 27 de Agosto de igual año, semanalmente (cada sábado).

DEDICATORIA

A los expedicionarios a IFNI del Batallón Tetuán y a todos aquellos que a lo largo de este siglo han pertenecido o prestado su servicio militar en el Regimiento de Infantería Tetuán 14, de la ciudad de Castellón.

J.A.S.

I N D I C E

Prólogo.....	1
Capítulo I .- Antecedentes.....	2
Capítulo II .- La Despedida.....	6
Capítulo III .- En el Monte Amboto.....	16
Capítulo IV .- El Desembarco.....	24
Capítulo V .- En las trincheras.....	30
Capítulo VI .- Días amargos.....	39
Capítulo VII .- El Burdel.....	60
Capítulo VIII .- La Odisea de Quiquet.....	69
Capítulo IX .- La "playa".....	79
Capítulo X .- Campeones de Ifni.....	100
Capítulo XI .- El regreso.....	122
Epílogo.- Expedicionarios del Tetuán 14.....	129
Secuencias de la última guerra colonial española.....	146
Croquis-apuntes posiciones defensivas.....	162
Material fotográfico.....	170
Canciones para una campaña.....	193

P R O L O G O

El lector, con su amabilidad y comprensión, me va a permitir traer a estas páginas las aventuras y desventuras de varios cientos de castellonenses, valencianos, murcianos, albacetefíos y unos pocos más de otras Regiones Españolas (hoy Comunidades Autónomas), que, encuadrados en el Batallón Tetuán, perteneciente al Regimiento de Infantería de igual nombre, número 14, de guarnición en Castellón, participaron con su Unidad en la defensa del territorio de IFNI (Africa Occidental Española) desde el 20 de Junio de 1958 al 23 de igual mes de 1959.

Quisiera que este informal relato, exento de cualquier pretensión literaria, fuera como un pequeño recuerdo y homenaje hacia aquellos que encarnaron lo más sano y brioso de la juventud española de la época, y que hoy son tranquilos padres y abuelos de familia en muchos hogares de la geografía hispana.

Si es verdad que al regresar de aquel lejano lugar, afortunadamente, estos hombres no trajeron consigo unos cuantos héroes plagados de medallas y cicatrices, no es menos cierto también que su permanencia durante doce largos meses en la recién creada provincia española de Ifni - hoy bajo soberanía marroquí -, con sus añoranzas, soledades y sufrimientos, sirvió a estos animosos jóvenes como dura y obligada prueba para mejor entender y amar todo aquello que les rodeaba, y por lo cual habían estado dispuestos a dar incluso su propia vida.

Mi intención no es analizar aquí los aspectos tácticos o logísticos que acompañaron al Batallón Tetuán durante su permanencia y actuación en aquel territorio, pues además de que éste no es precisamente el caso, para tal menester hay personas mucho más cualificadas que yo. Mi deseo es contar únicamente, como quien escribe largas cartas a un viejo amigo, utilizando siempre la tercera persona del singular, las pequeñas y grandes cosas del cada día, según las vieron y padecieron los más humildes de sus participantes, y a quienes, con entrañable afecto, se dedican estas modestas páginas.

Paz eterna a los que ya nos dejaron y amistad imperecedera para los que aún permanecen.

I

La ciudad de Castellón contaba con cerca de sesenta mil habitantes a mediados de 1958. Siendo escasa e incipiente su actividad industrial, su riqueza agrícola y la laboriosidad de sus gentes presagiaban un excelente futuro para la capital de La Plana. Dos importantes y cercanas poblaciones, cuyo amistoso antagonismo era notorio, coadyuvaban y rivalizaban entre sí para que el peso económico y político de toda la provincia fuera asentándose día a día y ocupara un lugar destacado en el conjunto de la Nación. Villarreal y Burriana, Burriana y Villarreal, de fuerte y diferenciada personalidad cada una de ellas, se habían convertido por aquel entonces en serias competidoras de quien contaba con el orgullo y el privilegio de ser la cabeza principal y visible de la provincia, y por tanto su incuestionable gestora. Un modesto casco urbano, huérfano de pretensiones arquitectónicas y más bien escaso de ancestrales recuerdos, acogía sin embargo, con consideración y respeto, a los cientos de compatriotas que procedentes de otras regiones españolas acudían hasta las tierras castellonenses con la ilusionada esperanza de poder encontrar en ellas el bienestar material que tanto anhelaban, y que, por desgracia para sus vidas, siempre les había sido negado en sus lugares de origen.

El castellonense del momento hablaba poco, laboraba mucho y despilfarraba menos. Ofrecía, sin pedir nada a cambio, ayuda y comprensión a quienes, casi en masa, se veían forzados a emigrar hasta sus pueblos y ciudades. El "castellà" o "foraster", portador de lengua y costumbres diferentes, era persona que se entregaba con ahínco, a veces con grandes sacrificios y renunciaciones, a su nuevo e incierto destino. Había futuro en las comarcas y, todos, codo con codo, luchaban por mantenerlo y acrecentarlo.

La limpieza de sus playas, salpicadas de pequeñas e innumerables casetas de baño multicolores; el siempre perenne cielo azul de sus costas; la paz y tranquilidad de sus calles y plazas; la sana alegría de sus gentes; el perfume embriagador de sus naranjos en primavera, profundamente aspirado desde cualquiera

de los vagones de su entrañable "panderola", en el lento y sereno deambular de ésta por las huertas de La Plana... ¡ Todo un escondido paraíso, sabia y justamente valorado por quienes, empujados por una u otra causa, se veían obligados a abandonarlo, dejando atrás, con profundo dolor y pesar, sus ricas y fértiles tierras !

.....

El 21 de Junio de 1958, el diario "Mediterráneo" de Castellón publicaba la siguiente noticia :

" Ayer marchó de Castellón el Batallón expedicionario del Regimiento de Infantería Tetuán número 14, de guarnición en nuestra ciudad, que en el relevo de fuerzas en tierras africanas ha de permanecer allí durante unos meses. La despedida que Castellón tributó a sus soldados fue realmente entusiasta y emotiva, siendo muchos los castellonenses que acudieron ayer por la mañana a la estación y que hicieron objeto a los expedicionarios de todas esas pruebas de cariño que las unidades militares de guarnición en Castellón tienen siempre en nuestro pueblo. Anteayer, a las nueve y media de la mañana, el General Gobernador Militar, D. Julio López Guarch, revistó el Batallón en el patio del Cuartel. Luego, reunidos todos los componentes de la unidad en el Hogar del Soldado, el General les dirigió una elocuente y patriótica arenga, destacando la grandeza del servicio a la Patria con las armas, el honor que España confiere a sus soldados al encomendarles la defensa de su bandera y el mantenimiento de su paz y de su orden en tierras que esa bandera cobija bajo la soberanía nacional. A lo largo de su sentida alocución, el General deseó al Batallón el más feliz viaje hasta Canarias, adonde ahora se encamina la unidad, y se alegró ya anticipadamente con los expedicionarios porque, les dijo, "el turrón de la próxima Navidad nos lo comeremos todos felizmente en Castellón". La salida de nuestra ciudad fue ayer por la mañana. La estación presentaba un aspecto animadísimo, y en ella se hallaban todas las autoridades y representaciones castellonenses, y a su frente el Jefe Provincial y Gobernador Civil, camarada José Antonio Serrano Montalvo. A su llegada a la estación todos los componentes del Batallón recibieron una magnífica bolsa de

plástico con bolígrafo, papel, sobres y otros elementos, y sobre todo, una estampa de la Virgen de Lidón, todo ello delicado y valioso obsequio de la Diputación Provincial y del Ayuntamiento de la capital, que han querido así entregar un recuerdo útil a los soldados de Castellón que marchan a Africa, y sobre todo les han dotado de ese inapreciable testimonio del celestial patrocinio de la Virgen del Lidón, a la que todos pedimos acompañe y proteja a estos soldados de la Patria que han salido de nuestra ciudad. El momento de la partida del tren fue extraordinariamente emocionante, pues a la despedida de autoridades y público correspondieron con vivas a España y con el canto alegre e ilusionado del himno de la Infantería, del de Legionarios y de muchos otros cantos que con fervoroso y juvenil optimismo entonaron una y otra vez los que marchaban. La despedida de la unidad del Regimiento Tetuán, en Valencia, revistió también caracteres apoteósicos, constituyendo igualmente una prueba de cariño de la ciudad por nuestro Ejército. A las doce y cuarto se obsequió al Batallón con una comida en el tinglado del puerto valenciano. Los oficiales se reunieron en el Club Náutico en una comida de hermandad con toda la oficialidad de Castellón, que acudió allí a despedir al Batallón. En el muelle se reunieron representaciones de Valencia entera, con sus autoridades y el General Gobernador Militar de aquella capital. El Capitán General no pudo asistir al acto por hallarse ausente. El Batallón embarcó en el "Monte Amboto", que a las cinco de la tarde, entre entusiastas vivas y nuevos cantos de himnos y jubilosos vítores de los soldados, levó anclas. A las seis menos cuarto de la tarde salió el buque a la mar libre, y hacia rumbo a Canarias. De todo corazón deseamos al Batallón un feliz viaje y también un feliz servicio cuando se incorpore a tierras africanas de las que esperamos regrese felizmente la unidad de este Castellón que con tanto amor les despidió y con el mismo amor ha de acogerles a su retorno "

Muchos son los años transcurridos desde el 20 de Junio de 1958 para que los recuerdos de aquellos meses africanos puedan ser recogidos sin ninguna alteración en estas páginas. No obstante, contando con la generosa disculpa y benevolencia de los que allí

estuvieron, el autor de este relato, antiguo "tetuaní", va a intentar narrar, siempre a su manera, algunos de los hechos y anécdotas más importantes vividos por los expedicionarios castellonenses en Ifni.

Por supuesto que no todo lo acontecido en aquel territorio, por uno u otro motivo, podrá ser aquí fielmente reflejado. Sería tarea difícil, por no decir imposible. Tampoco podrá llevarse a cabo esta particular rememoración en unos breves capítulos; ¡haría falta la extensión de dos o tres volúmenes ! Pero, a pesar de tales escollos o limitaciones, y contando siempre con la ayuda de Tonet (Castellón), Pepe Nebot (Burriana), Esteban (Onda) y Quiquet (Villarreal) , cuatro imaginarios soldados castellonenses (¡les aseguro que no tan imaginarios!), encuadrados en el tercer pelotón de ametralladoras medias de la Quinta Compañía del Batallón, iremos conociendo unos pocos de los buenos - ¡ muy pocos ! - y malos momentos - bastantes más - vividos en el Africa Occidental Española por los más de ochocientos hombres destacados en el continente africano por el entonces Gobierno de la Nación.

Para que ninguno de los antiguos expedicionarios pueda sentirse incómodamente identificado con quienes irán apareciendo en los distintos episodios de esta subjetiva y personal narración, los nombres de sus personajes no siempre serán los verdaderos, pues nada molestaría más a quien esto escribe que herir inútilmente algunas sensibilidades. ¡ Nada más lejos de su intención ! Sí, en cambio, salvando las naturales distancias por el tiempo transcurrido, que todo lo anula o desfigura, serán absolutamente reales los lugares, fechas, circunstancias y hechos acontecidos en tan, para gran parte de los expedicionarios, lejano país, y de los cuales fueron siempre protagonistas o testigos principales los citados cuatro camaradas y amigos castellonenses.

Tonet, sudoroso y ligeramente irritado bajo el molesto peso de su abultada mochila, intentaba no quedarse rezagado del resto de la Compañía. En la severa preparación llevada a cabo durante las últimas semanas, había podido comprobar que lo peor que podía ocurrirle en el transcurso de las marchas en las que tomaba parte - ¡ todas, por desgracia ! - era el ocupar una de las posiciones más retrasadas entre todos sus participantes, participantes que, como él, en ese momento, también pasaban sus mismas dificultades y apuros en el esfuerzo de llegar lo más pronto posible, o al menos dentro del horario marcado, a la estación de ferrocarril de la ciudad para proceder al embarque en el tren que desde dos o tres días antes estaba siendo preparado por la Plana Mayor del Regimiento. Los fuertes tirones a que suelen ser sometidos los colistas en toda marcha militar son tan implacables que, en ocasiones, estos colistas han de ser "carifiosamente" ayudados si no quieren perder el contacto inmediato con los que tienen la suerte o la fortaleza física de poder mantener el ritmo de la progresión. Y no es que ofreciera gran dificultad la distancia a recorrer desde Montaña Negra, lugar donde Tonet y sus compañeros habían permanecido más de tres meses de intensa preparación militar, hasta la ya cercana estación; pero a últimos de Junio, cargando con la ametralladora, y con mucho material llenando su vieja mochila, no podía evitar que la espalda se le fuera quedando dolorosamente adormecida, y que un molesto sudor le empapara la mayor parte de su cuerpo, además de que se le fueran arrugando, como de costumbre - ¡ maldita sea ! -, los repelentes calcetines dentro de las botas, ¡ su gran terror en todas las marchas en las que tomaba parte !

Nadie podía decir que, físicamente, Tonet fuera el arquetipo del hombre hispano, no, desde luego; pero sí, en cambio, lo era toda su idiosincrasia. Algo más alto de lo habitual, delgado, pelo castaño, ojos claros y rostro agradable que infundía confianza e invitaba a buscar su desinteresada amistad, Tonet había nacido veinte años atrás en la capital de La Plana, y jamás tuvo

necesidad de abandonar su ciudad natal, salvo en muy contadas ocasiones, siempre en esporádicos y cortos viajes a la cabecera de la región. Tampoco tenía grandes conocimientos de los pueblos de la provincia, mas esto no le importaba demasiado. Dependiente en una popular ferretería de Castellón, sus secretas e íntimas aspiraciones se limitaban a poderse establecer, algún día, como competente vendedor de accesorios de automóviles, naturalmente intentando aprender el máximo posible de la mecánica de coches. Cuando terminara la mili quería volver sobre el asunto con su amigo Luis Arquimbau, hijo de un representante del ramo, al objeto de lograr introducirse con éxito en dicho campo.

Si Tonet sufría en silencio las dificultades inherentes a todo desplazamiento militar, aunque sólo fuera un desplazamiento de pocos kilómetros, como en este caso, Pepe Nebot, primer proveedor de la ametralladora "alfa", en la que él mismo estaba encuadrado como tirador, dentro de la sección de ametralladoras medias de la Quinta Compañía, mascullaba sin cesar :

-¡ Estoy hecho polvo !... El trípode se me está clavando en los riñones... ¡ tengo ampollas hasta en los ojos,...dita sea,...ufff..!

Tonet fue a contestar algo a su compañero, pero vio acercarse al jefe del pelotón...

-¡ Vamos, que ya falta poco ! , ¡ no seáis maricas ! ¡ Que no se diga que somos los flojillos de la Compañía ! ¡ Hay que endurecer la espalda y las piernas para cuando tengamos que avanzar con las máquinas a cuestas ! ¡ Arriba el ánimo !...

El jefe del pelotón insistió vehementemente, y hasta con cierta dureza, para que sus hombres aceleraran el paso, pues no deseaba ser reprendido por sus superiores a causa de la lentitud o débil comportamiento de las escuadras puestas bajo su mando, ¡ eso de ninguna de las maneras !

Durán era uno de los catorce jefes de pelotón llegados a la ciudad hacía un par de meses desde el desierto del Sáhara, a fin de completar a las clases de tropa del Batallón Tetuán, de guarnición en la Plaza, Unidad designada expedicionaria a Ifni en las últimas semanas. Próximo a cumplir los dieciocho años, el jefe del tercer pelotón de ametralladoras, cercano ex combatiente africano, ya ostentaba dos condecoraciones en su uniforme militar, y había participado, junto a sus otros compañeros recién incorporados a Castellón, en diversas acciones de guerra en Villa-Bens, territorio del Sáhara Occidental. Todos estos cabos primeros

procedentes del desierto, cuyas edades oscilaban entre los diecisiete y veintidós años, los llamados con mayor o menor simpatía los "saharauis", habían demostrado ser poseedores de una notable disciplina y un acusado espíritu militar durante la puesta a punto del Batallón de maniobras en Montaña Negra. Los conocimientos adquiridos por estos hombres en meses de sufrimientos, privaciones y... ¡ miedos !, significaban una pequeña ayuda para el futuro buen desenvolvimiento de la tropa en tierras africanas; aunque, cierto es que, en las previsibles operaciones que pudieran llevarse a cabo con el Batallón en aquel territorio, el Mando poco o nada contaría con ellos para la planificación de sus actividades, dados sus elementales conocimientos de la táctica y la logística. Su presencia en las Compañías, sin embargo, sería muy beneficiosa para la instrucción y preparación de las pequeñas unidades, como son la escuadra y el pelotón. Es seguro, también, que la mayoría de la tropa tendría en los "saharauis" a unos buenos mandos y consejeros, incluso para problemas personales; y hasta habría expedicionarios que, enseñados por algunos de estos veteranos, aprenderían a leer y a escribir en Ifni, saliendo así del oscuro mundo del analfabetismo. ¡ Un año de posición en posición, de trinchera en trinchera, daba para mucho !...

Pepe Nebot, el burrianense, segundo sirviente o primer proveedor de la ametralladora, había enmudecido y avivado el paso al acercarse su jefe de pelotón. No le caía mal Durán, casi diría que hasta sentía una cierta satisfacción al saber que en el lejano lugar al que se dirigían, con mil peligros y problemas dispuestos a aparecer en cualquier momento, le acompañaría este introvertido "castellá", todo militarote, con el que podría contar en caso de verdadero apuro; pero le molestaba un poco la extremada juventud de su superior. Él, con veintiún años, no toleraba muy bien tener que encontrarse bajo las órdenes de quien aún poseía el aspecto de estar tomando el biberón, ¡ casi no se afeitaba !, y al que, de cuando en cuando, se le escapaba alguna que otra chiquillada. No obstante, le agradaba su serio y discreto carácter, así como los conocimientos militares que demostraba, los cuales, aunque muy rudimentarios todavía, producían ánimo y templanza entre sus subordinados. Si uno se fijaba en el aspecto exterior de Durán, o lo contemplaba por vez primera, no infundía mucha simpatía. Prácticamente podía verse en él al vivo retrato del recién salido de un tétrico orfanato: acusadamente delgado,

tez pálida, cabellos negros y lisos con cresta de gallo en la coronilla, ojos marrones oscuros de larga mirada, nariz poco estética, pómulos salientes y labios más bien gruesos. Su hablar y comportamiento, siempre identificados con el mundo castrense, al que se había entregado en cuerpo y alma a los dieciséis años, confirmaban, no obstante, en todo momento, la honestidad de su conducta y pensamiento. Solamente con hablar un par de veces con este joven soldado se comprobaba perfectamente que su físico andaba por un lado y sus cualidades personales por otro. También los mandos de la Compañía, en general, eran personas sensatas y responsables. La Quinta Compañía, o Armas Pesadas, como igualmente se la conocía, tenía fama de contar con los mejores mandos del Batallón. Se decía que en las Unidades de fusileros había una de cal y dos o tres de arena; pero en cambio, en la Quinta, la Compañía de la dureza y el sufrimiento por sus pesados materiales -morteros, cañones y ametralladoras medias- y por contar con rebelde y en ocasiones peligroso ganado mular para facilitar el transporte de los armamentos y municiones, había un conjunto de oficiales y suboficiales de excelentes virtudes personales. El capitán, alto y recio, voz de trueno (¡ Austria !) y constantemente activo allá donde estuviere, contaba con el afecto y la confianza de toda su tropa. Los últimos meses, los duros meses dedicados a la preparación y puesta a punto de la Unidad con vistas a su probable salida hacia Ifni, le habían ocasionado una perceptible pérdida de peso; y en su frente, la despejada frente de un brioso hombre de treinta y pocos años, se apreciaban ligeras arrugas de preocupación y responsabilidad. Amante de su profesión, el jefe de la Quinta Compañía, marchando en aquellos momentos en cabeza de la Unidad, pensaba con cierta prevención en las obligadas carencias de sus secciones de armas. Muy conocedor de las interioridades de la milicia, y experto en el manejo de los hombres, sabía que en las tierras africanas a las que se dirigían, pronto se le presentarían innumerables problemas, para muchos de los cuales no encontraría las soluciones adecuadas, desgraciadamente. Su mayor intranquilidad, y lo que verdaderamente casi le atormentaba, era el conseguir mantener a toda costa el bienestar físico y moral de su gente. Por las informaciones de que disponía, no esperaba participar en importantes acciones de guerra, tal vez en alguna leve escaramuza, dada la paz reinante en la zona, después de la reciente entrega de Cabo Jubi a Marruecos;

pero sí le preocupaba, en cambio, la adaptación de sus hombres al medio al que se incorporaban, así como la resistencia psicológica de éstos a la especial situación de verse tanto tiempo separados de sus familias, y en condiciones que, a veces, podrían resultar demasiado duras. Deseaba de todo corazón que el regreso fuera pronto (el General Gobernador Militar les había asegurado que los turrónes de aquel Diciembre de 1958 los comerían juntos en Castellón) y que nadie faltara a la lista de ordenanza que se pasara el primer día de la llegada. Así lo deseaba fervientemente.

El teniente López González, jefe de los cañones sin retroceso, el subalterno más antiguo de la Compañía, caminaba en silencio junto a su capitán. De carácter apacible y de natural bondadoso, este oficial constituía el principal apoyo del mando de la Unidad. Inteligente, flexible, trabajador infatigable y de trato muy agradable para con todos sus subordinados, el teniente López González encarnaba, sin duda alguna, al jefe que muchas personas desean tener en su vida, sea dentro o fuera de la milicia. Nada peor podría haber ocurrido a la Quinta Compañía que el responsable de cañones hubiera sido destinado a otra Unidad. Sus mandos de pelotón tenían en él al ejemplo vivo que todos buscaban, y cuyas órdenes e indicaciones siempre resultaban fáciles de cumplir. Era un hombre que sabía castigar cuando se veía empujado a ello, que no toleraba a los inferiores el descuido en sus obligaciones, y que jamás pronunciaba una palabra agria o indecorosa contra nadie. También sus pensamientos en aquellos momentos estaban en Africa. No tenía tantas preocupaciones familiares como su capitán, y esto le permitía estar más tranquilo y confiado.

Si el conjunto de oficiales de la Compañía gozaba de buena fama dentro del Batallón Tetuán, por fortuna no se quedaba atrás la propia de los suboficiales. De entre estos profesionales cabe destacar, por la huella y el imborrable recuerdo que dejaba en quienes, cada año, cumplían su servicio militar bajo su mando, al sargento Muñoz. Lo mismo que se ha dicho del teniente López González podía aplicarse a este distinguido suboficial, que constantemente irradiaba simpatía y buen hacer, siendo por ello muy querido y respetado por la tropa. Sus continuas y socarronas "fábulas" y "proverbios", amén de una retahíla interminable de "sermones", cuando el momento o las circunstancias así lo requerían, animaban el espíritu de toda la Compañía, consiguiendo que la moral de sus componentes estuviera siempre alta. De la

misma o parecida edad que el capitán, ni los morteros medios, ni los cañones sin retroceso, ni tampoco las ametralladoras, guardaban misterio alguno para este competente sargento. Avezado perito en la conducción de soldados, había conseguido lo más difícil de obtener en la milicia : ser querido y respetado por sus subordinados. Si llegara a encontrarse en apuros en Ifni, el cien por cien de la Compañía estaría dispuesta a realizar cualquier sacrificio con tal de ayudarle. Su sencillez, su falta de pretensión, su palabra convincente, la nula exageración que ponía en hacer las cosas... ¡ Todo en el sargento Muñoz era naturalidad y buen empeño ! Los oficiales mostraban hacia él gran respeto y consideración, y cuando alguno de ellos recibía el encargo de llevar a cabo un cometido un tanto complicado, el sargento Muñoz, invariablemente, era el elegido por este oficial para colaborar en su cumplimiento, lo que aumentaba más aún su prestigio.

El grueso del Batallón acababa de atravesar la carretera nacional 340, a la altura del cruce que va hacia Borriol, y con paso firme y seguro se aproximaba al lugar donde se encontraba estacionado el largo convoy que debía conducirlo hasta el puerto de Valencia, para, desde allí, partir rumbo a Sidi-Ifni, vía Canarias. En los rostros de los expedicionarios, la mayoría de ellos originarios de la provincia de Castellón, aunque también había bastantes de las de Murcia y Valencia, podían adivinarse los más dispares sentimientos, según las características psicológicas de cada uno de los hombres: alegría y entusiasmo, tristeza y preocupación, temor... Los infantes, en sus conversaciones de los últimos días, habían intentado disimular lo que verdaderamente pasaba por sus mentes. Aun poseedores de alta moral, no podía evitarse que los miembros del Batallón Tetuán, quitando las habituales excepciones, empezaran a ser presa de cierto nerviosismo, según iban acercándose al andén de las vías muertas. La creciente presencia en la estación -ya una multitud- de familiares y amigos que acudían anhelantes y preocupados a despedir a los soldados, complicaba todavía más la estabilidad emocional de quienes hacían verdaderos esfuerzos por esconder lo que realmente sentían sus corazones.

Fue un día señaladamente triste para muchas mujeres castellonenses: madres, novias, hermanas... Los familiares varones, buena parte de ellos veteranos de la fratricida guerra civil española, se esforzaban cuanto podían por mantener su mejor

entereza, y huir así de derramar gruesas lágrimas de pesar al ver partir a sus hijos o hermanos en dirección a peligrosas tierras africanas. No todos lo consiguieron...

Durán, apoyado en una de las ventanillas del vagón de cabeza, observaba en silencio las emotivas escenas de la despedida. Pensaba en su familia, a la que hacía algo más de un año no veía, y sentía una fuerte nostalgia en toda su alma. En aquellos instantes hubiera dado cualquier cosa por tener junto a sí a su madre y hermanos pequeños. Tuvo que hacer serios esfuerzos para contener la emoción que casi le atenazaba, y evitar que le sorprendieran con los ojos humedecidos. Las imágenes de aquellas madres abrazadas intensamente a sus hijos, con el corazón quebrado ante la idea de no volverlos a ver nunca; el profundo sentimiento que ocasionaba aquel padre que, tembloroso, estrechaba entre sus brazos a quien todo lo representaba para él en la vida; las llorosas jovencitas que se apoyaban tiernamente en el pecho de quienes compartían con ellas tantos sueños de futuro; los pequeños castellonenses que se apretaban con fuerza contra el cuello de sus progenitores... ¡ Un duro e impresionante espectáculo que producía honda tristeza y pesar en muchos de los que partían !

Allí estaban con su familia, Carlos Agramunt, de Borriol; Gil Torrejón, de Altura; Tico Arrufat, de Bechí; Manuel Herrero...

Aunque no sin esfuerzos, también había huecos para la esperanza. Los padres de Esteban, cabo jefe de la primera escuadra de ametralladoras de Durán, que habían acudido desde Onda para despedir a su hijo, conversaban serena y animadamente con éste junto al quiosquillo. Se notaban los esfuerzos que los tres realizaban por mantener la calma, y, evidentemente, lo lograban. La gran resignación de la madre, sobre todo, hacía que la despedida resultara mucho menos dolorosa.

Escasos habían sido los familiares llegados desde Murcia, Albacete u otras localidades lejanas para despedir a los expedicionarios procedentes de estas tierras, pues la distancia y la penuria económica del momento constituyeron punto insalvable para la inmensa mayoría de tales gentes.

Próximos al vagón donde había embarcado Durán, mezclados entre la muchedumbre, se encontraban algunos de sus entrañables compañeros, antiguos miembros expedicionarios del histórico

Guadalajara 20, de Valencia, y participantes como él en diversas acciones bélicas llevadas a cabo en Villa-Bens (Cabo Jubi).

Campillo Blanco y Castellanos Muñoz explicaban, al parecer con bastante detalle, la rutina de la vida diaria en las trincheras a varios padres de soldados de su Compañía, a los que trataban de dar ánimo en la triste despedida de sus hijos. Sáiz Martínez, Pardo Villena y Ferrín Ferrer hablaban del duro viaje que les aguardaba, esperando que llegara la hora de la partida; Virgilio Medrano recibía indicaciones del sargento Zunzarren sobre la forma en que la tropa debía colocar la impedimenta en los vagones; Esparcia y Alfonso, algo más apartados del gentío, se sentían conmovidos por las copiosas lágrimas que una mujer derramaba, apoyada su cabeza sobre el hombro de quien, sin duda ninguna, era su hijo. Ellos mismos habían tenido una despedida similar pocos meses antes en el puerto de Valencia, y no podían evitar, al recordarlo, que un nudo se les formara en la garganta.

Durán, cada vez con el estómago más encogido a causa de la tristeza y emoción de aquel obligado adiós -iera mucho para él!-, y con lágrimas que traidoramente se le escapaban de los ojos y empezaban a resbalar por sus pálidas mejillas, y que trataba de eliminar de un seco manotazo, casi avergonzado de su debilidad por si alguien las descubría, sintió un escalofrío al pensar en que algunas de aquellas pobres mujeres no volvieran a ver al hijo al que con tanto amor abrazaban. ¡ No quiso pensarlo ! ...

Su mirada se posó en Castellanos Muñoz y en Campillo Blanco, ¡ sus inseparables camaradas desde hacía más de un año !, y a los cuales apreciaba sinceramente y se enorgullecía de que también le acompañaran a Ifni. Eran jóvenes como él, diecinueve años, e igualmente lucían condecoraciones en sus uniformes. Sus personalidades, aunque muy diferentes entre sí, se complementaban perfectamente, lo que les hacía inseparables. Castellanos Muñoz, andaluz de pura cepa, más bien bajo y fuerte, cantaor de flamenco y guitarrista, pendenciero y camorrista si se le provocaba, amigo leal y sincero de todos sus compañeros, a los que jamás abandonaba si necesitaban de su ayuda; Campillo Blanco, de parecidas características físicas, no tan fuerte, conguense declarado, discreto, poco hablador, amable, corazón de oro para sus soldados -¡ Fray Campillo !-, contaba con el especial afecto de Durán, pues juntos habían compartido malos momentos en el Sáhara. ¡ Ay, el Sáhara ! Durán aún notaba en sus oídos el inconfundible sonido

del siroco; aún soñaba algunas noches con el continuo movimiento de las dunas y con la dramática marcha a través del desierto del Batallón Guadalajara, persiguiendo inútilmente a aquellos invisibles moros rebeldes que se les escapaban de entre las manos. "La Muda", posición defensiva que ocupó con su escuadra para la defensa de Villa-Bens, también era otra importante nostalgia que guardaba en su pensamiento. Allí, en el lugar de honor de sus recuerdos, estaban los sirvientes de su ametralladora y el pelotón de fusileros canarios, ¡ aquéllos con los que compartió tantos días y noches de pesadilla, tantas miserias y tristezas, tanta sed y tanta hambre !

Demasiada emoción para Durán reunir en un solo sentimiento la despedida del Tetuán y la marcha sahariana del Guadalajara, con sus hombres abatidos por la sed y el cansancio, y cantando con denuedo y ardor el Himno de Infantería para elevar la moral que les abandonaba.

Se dejó caer en su asiento y, con los ojos cerrados, intentó apartar de su corazón la tristeza que había empezado a embargarle. Al jefe del tercer pelotón de ametralladoras no se le podía considerar "blandengue", ¡ no, en absoluto !; pero sí se volvía , a veces, demasiado tristón y sentimental con las lágrimas y los dolores ajenos, ¡ y más si éstos procedían de mujeres y niños !, lo que producía en él un acusado decaimiento. Ya había procurado subirse rápidamente a su vagón, porque, caso de haber estado entre la gente, o cerca de los familiares de sus subordinados, habría hecho un ridículo espantoso al no poder mantener el control de la situación. El mostrarse frío y dominador, impertérrito y seguro de sí mismo no le resultaba nada fácil. Tal vez daba esta imagen frente a sus hombres, ¡ ya le costaba bastante el conseguirlo !, pero con sus familias, especialmente ante las entristecidas y llorosas madres, le hubiera sido imposible de lograr. No lo pensó dos veces y se alejó sin dudarle de aquel más que seguro peligro, metiéndose en el vagón del tren que tenía asignado.

Durán miró de nuevo a través de la ventanilla y su vista se encontró con el escribiente de la Compañía, Robles, que daba un sentido adiós, un beso de sincero amor, a su novia. Más allá, a escasos metros, Ventura, el peluquero, hacía carantoñas a un bebé de pocos meses que llevaba en brazos una guapa jovencita, y del cual seguramente él sería el padre, ¡ qué callado se lo tenía el bribón ! En la puerta del bar de la estación, con lágrimas que intentaba

disimular, Ripollés no conseguía zafarse del abrazo de su madre para poder dirigirse al tren, que estaba a punto de partir.

Como también los había que no les hacía mella ni la tristeza ni la melancolía - la gran mayoría -, y otros que no tenían junto a sí ni a sus padres ni a otros familiares que les despidieran, formaban pequeños grupos o corros, que, en espera de oír la señal o aviso de embarque, e inmersos en triviales conversaciones, se reían hasta de su propia sombra, creyendo que aquella aventura africana era poco menos que pan comido.

Durán prestó atención a los mandos del Batallón que aún permanecían en los andenes. El capitán Oliver, su capitán, se despedía de allegados y amigos, y quitaba preocupación a más de un padre de sus soldados, que se acercaban respetuosos a saludarle. Estos padres confiaban en él y sabían que sus hijos estaban en buenas manos. El teniente López, sin perder la sonrisa que siempre se reflejaba en su rostro, iba de aquí para allá cumpliendo órdenes del jefe de su Compañía y estrechando al mismo tiempo las manos que, de cuando en cuando, le despedían. El sargento Muñoz y otros suboficiales, entre ellos el eficiente y recto brigada de Armas Pesadas, departían con sus familiares, y algunos de ellos ya empezaban a impacientarse, pensando que pronto se daría la orden de embarque y partida. Mientras esta orden no se produjera, los expedicionarios aprovecharían al máximo el tiempo disponible para estar junto a sus familias y amigos.

Autoridades y personas importantes de la capital y provincia, desplazadas a la estación de ferrocarril para estar presentes en la salida del Batallón, charlaban animadamente con el coronel jefe del Regimiento, a cuyo lado, comunicativo y sonriente, se encontraba quien sería el máximo responsable de la columna que de forma inminente saldría rumbo a Africa: el comandante Arpón, hombre competente y de recio temperamento. Sólo con la presencia y palabra de este jefe era suficiente para que todos estuvieran plenamente tranquilos y confiados. El Ayudante del Batallón, que no lo dejaba ni a sol ni a sombra, conversaba no lejos de allí con dos de los oficiales de la fuerza expedicionaria.

Las órdenes y las voces de mando pusieron fin a los minutos de discreción otorgados por los superiores, y pronto el convoy, entre vítores, cánticos y flamear de pañuelos, fue alejándose de la capital castellonense....

El regreso, un año más tarde, sería inenarrable.

I I I

El Monte Amboto, anclado en el puerto de Valencia, lanzaba los últimos avisos previos a su partida. En sus amplias bodegas y salones, y desde pocas horas antes, habían quedado alojados los componentes del Batallón Tetuán, muchos de los cuales, en aquellos instantes, a punto de iniciarse ya el movimiento del barco, agitaban con alegre desenfado sus brazos y pañuelos, y gritaban desaforadamente para corresponder a los efusivos saludos de despedida de los numerosos valencianos y castellonenses - estos últimos desplazados desde la capital y provincia de La Plana - que les daban, emocionados, su adiós desde los muelles.

Si para Tonet, Pepe Nebot y Esteban - su cabo - ésta era la primera vez que asistían como actores a semejante representación, para Durán y los "saharauis" significaba repetir de nuevo muy próximas experiencias. Los antiguos defensores africanos volvían a sentir en propia carne tiempos pasados, fechas que habían marcado profundamente sus vidas y que nunca imaginaron llegaron a repetirse. Su anterior partida hacia Villa-Bens (Cabo Jubi), encuadrados como expedicionarios en el Batallón Guadalajara, de guarnición en Valencia, meses atrás, en pleno invierno, con la responsabilidad de ser jefes de escuadra, dentro de las distintas Compañías de fusileros, se había producido también desde este activo puerto valenciano. En su pensamiento estaba ahora el ferviente deseo de no revivir los amargos sinsabores de aquella funesta travesía, y que las condiciones meteorológicas que les acompañaran fueran de la mayor bonanza posible. Aún tenían muy cercanos los nauseabundos olores del Dómine, barco gemelo al Monte Amboto, producidos éstos por el hacinamiento en sus bodegas de las Unidades expedicionarias (Batallón Guadalajara, de Paterna, y Batallón San Fernando, de Alicante) y por el continuo vomitar de muchos de sus hombres, buena parte de los cuales obtenían de tan desagradable forma lo que, algunos, con impertinente ironía, denominaban jocosamente "bautismo de mar".

El áspero chirrido originado por la elevación del ancla del

barco dio rápido paso a un suave deslizarse de éste por las aguas de las instalaciones portuarias valencianas, que, en pocos minutos, y siempre acompañados por los estridentes graznidos de cientos de gaviotas, quedaron como puntos lejanos frente a los ojos de los embarcados. Los expedicionarios, todavía inmersos en la emoción de la despedida, se desparramaban en numerosos grupos por toda la superficie de la cubierta del Monte Amboto.

Tonet, Nebot y Esteban, ya con sólo mar por horizonte, se dirigieron hacia la parte posterior del sótano principal del buque, bajando por una de las escalerillas de babor, a fin de reunirse con los demás miembros de su sección de ametralladoras. Los hombres de la Quinta Compañía, a causa de las armas y material que transportaban, no habían tenido la suerte de otros compañeros, que se encontraban alojados en mejores condiciones que ellos. ¡ Tampoco se les autorizaría a vagar libremente por el barco ! Los oficiales y suboficiales tendrían a su disposición varios camarotes, que les permitirían hacer severa "penitencia" durante la travesía.

Nebot, ajustándose el correa a la cintura, y mirando a sus compañeros sin dejar de andar, comentó un tanto escéptico :

- Supongo que no estaremos mucho tiempo en este cochino trasto. Sería de una jodida mala leche.

- Durán nos dijo ayer, en la revista del comandante - añadió Tonet - que no hay quien nos quite cuatro o cinco días de viaje. Él tardó siete en llegar y desembarcar en Villa-Bens, que está algo más alejado, al sur...

Esteban, interrumpiendo al tirador de su ametralladora, dijo :

- Y por cierto que las pasaron canutas. Debe ser repelente estar muchos días medio enterrados en unos sótanos como los de este barco, y el mar moviéndose a sus anchas, ¡ puaf...!

- Ya lo creo - intervino de nuevo Nebot -. Y no es que estemos apretados como sardinas, pero..., ¡ todo son prohibiciones !

- Vamos a tener que armarnos de mucha paciencia - sentenció Tonet, dejando aparecer una comprensiva sonrisa en sus labios.

Con algún que otro empujón y diversos saludos a compañeros, los tres castellonenses no tardaron en llegar a la zona reservada para las Armas Pesadas. Quiquet, el segundo proveedor de la escuadra, hasta aquel día y por su expreso deseo encargado de cuidar el mulo que transportaba el material y municiones de la máquina, uno más de los treinta y tantos acemileros del Batallón, permanecía sentado junto a la ametralladora, el equipo y el armamento de toda la

escuadra. Como en él era habitual, se había prestado voluntario para vigilar y cuidar todas las pertenencias de la pequeña unidad, pues era obligatorio que alguien estuviera allí de servicio, y gracias a él no hubo necesidad de realizar sorteo alguno. El villarrealense, que en Noviembre cumpliría diecisiete años (había ingresado voluntario en el Tetuán para adelantar el cumplimiento de su servicio militar, y " ¡ Para que lo espabilen y hagan de él un hombre ! ", según había comentado su rudo padre), al ver llegar a sus camaradas se levantó presuroso. La poca edad y experiencia del ex acemilero, unidas a la vida aislada y nada cómoda llevada por éste en una apartada alquería de Villarreal hasta su ingreso en filas, así como su falta de maldad y la constante ingenuidad que ponía en todas sus acciones, hacían de él un magnífico proveedor, fiel servidor de la ametralladora, y, en ocasiones, un excelente confidente para sus compañeros de escuadra.

Más de uno había intentado tomar el pelo o abusar de la buena fe y bondad de Quiquet - ¡ siempre gente ajena a los más allegados ! -, pero la dureza de Nebot, el sensato razonamiento de Tonet, e incluso la amenaza de los galones de Esteban, habían sido suficientes para que estos indeseables abandonaran tan indignas pretensiones. Hasta el sargento Muñoz, terrible e implacable azote para con los cabecillas y facinerosos de la Compañía, ¡ esos eternos cuatro o cinco individuos que trastornan a todo bicho viviente con su continuo mal comportamiento !, tuvo que intervenir en cierta ocasión, y muy eficazmente por cierto, para castigar el atropello sufrido por Quiquet a manos de uno de estos matones.

Ocurrió durante uno de los últimos ejercicios de tiro en Montaña Negra. El bueno de Quiquet, terminada su tanda de participación, se dispuso a clavar el diente en el bocadillo que, como de costumbre, se había traído de casa, cuando notó en su brazo izquierdo la inconfundible presión de los dedos de Fernández Castro.

- Me invitas a un bocado, ¿verdad ?-le soltó el pirata, socarrón.

Quiquet, molesto y contrariado por la presencia del camillero de morteros, palideció levemente. Nada le molestaba más en este mundo que tener cerca de sí al mayor camorrista y pendenciero de la Compañía. Su semblante enrojeció de impotencia, y, sin articular palabra alguna, profundamente irritado, ofreció al filibustero, no sin cierta resistencia interior, parte de su almuerzo.

- ¡ Qué suerte tenéis los pases de pernocta ! ¡ Dormís y coméis en vuestra casa como verdaderos cerdos, mientras los demás, los

desgraciados como yo, tenemos que hacer mil gilipollices en este puto cuartel ! Vosotros andáis por la calle de paisano, tan tranquilos, tocando el culo a las chavalas, y nosotros aquí, quitando la mierda de todos. ¿ Sabes lo que he desayunado esta mañana ?, ¡ pues lo de siempre !, ¡ un asqueroso cazo de eso que llaman café con leche ! ¡ Y así a aguantar hasta que llegue la hora de los garbanzos ! ¡ Mierda de mierda !

Lleno de rabia y envidia, tragando casi en un solo bocado la parte de bocadillo entregada por Quiquet, Castro profirió varios insultos, naturalmente masculados en voz baja para que ningún superior pudiera oírle.

Por diversas causas, la principal de ellas derivada de su larga permanencia como emigrante en el extranjero, la incorporación a la mili de tan famoso personaje se había producido con cinco años de retraso respecto a sus compañeros de quinta, lo cual le daba una cierta ascendencia entre la inmensa mayoría de la tropa. Sus veintiséis años de edad, vividos casi siempre de forma tortuosa; su aspecto un tanto depravado y provocativo; el despreciativo gesto que empleaba continuamente para hablar con todo el mundo y la amenazadora mirada de sus ojos de hielo, atemorizaban con frecuencia al villarrealense.

Quiquet no era cobarde y así lo había demostrado en momentos de verdadera importancia; sin embargo, para evitar posibles complicaciones, rehúsa la presencia del camillero todo lo que podía. ¡ Qué duro habría sido para él que Castro formara parte de su escuadra o pelotón !

No contento el albaceteño con haber conseguido casi la mitad del bocadillo de su compañero, quiso obtener nuevos beneficios :

- Necesito cinco pesetas con urgencia, ¿ me las prestas ?

Quiquet, que no sabía en qué consistía eso de tener cinco pesetas en el bolsillo, se disculpó con una forzada sonrisa :

- No tengo ni una mala peseta, lo siento.

- ¡ Eres un jodido tacaño, asqueroso ! ¡ Si fuera otro el que te las pidiera, seguro que se las prestabas !

Quiquet, ya un poco alterado, fue a contestar algo, pero Castro le propinó un fuerte empujón que le hizo tambalearse.

El joven villarrealense, para mayor desgracia suya, vio acercarse presuroso al sargento Muñoz, quien no lejos de allí parecía haber estado observando todo lo sucedido. Se puso un poco nervioso y se estremeció al pensar que podría tener dificultades

con el segundo jefe de morteros.

Saludó a su superior, poniéndose firmes disciplinadamente, cuando éste llegó al lugar donde se encontraba junto al albaceteño.

- ¡ Qué diablos pasa aquí, Castro ! ¿ Otra vez tengo que meterte en vereda ? ¡ Estoy hasta los cojones de tí, puffetero !

El aludido, no sin cierta arrogancia en su actitud, quiso quitar hierro a su forma de tratar a Quiquet, pero sus palabras resultaron poco convincentes. El sargento, después de agarrarle con energía por la solapa de su nada aseado mono, y de casi asesinarle con la mirada, ¡ y por maltrato a compañero !, le arrestó a varios días de prevención y a cuatro monumentales cocinas.

Quiquet hubiera preferido que el albaceteño no sufriera aquel correctivo, sin embargo el sargento Muñoz conocía demasiado bien al mayor de los camorristas de la Compañía, y jamás le perdonaba la más mínima de sus pillerías. Frecuentemente le decía que terminaría con sus huesos en el Batallón Disciplinario si no se corregía. Como ningún oficial ni suboficial quería tenerlo bajo sus órdenes, Castro, finalmente, y con disgusto de su nuevo jefe, fue encuadrado como camillero en la sección de morteros. La presencia en la Compañía de naturales de la noble tierra albaceteña, queridos y respetados por todos, disminuía y eliminaba, en parte, la antipatía que podía surgir cuando se pronunciaba el gentilicio albaceteño. Estos paisanos suyos, conociendo su mala reputación y carácter, rechazaban de plano su amistad y compañía, evitando en todo momento el tratar con él, a no ser que fuera para asuntos del servicio.

Esteban, recibidas las correspondientes novedades por parte del disciplinado Quiquet, ordenó desmontar la ametralladora e iniciar su limpieza y engrase. Convenía asegurarse de que todo estaba en perfectas condiciones antes de que llegara Durán. También la segunda escuadra del pelotón procedía en aquellos instantes a realizar idénticas operaciones, y el bigotudo Sánchez, recién estrenados los galones, no parecía estar muy de acuerdo con uno de sus soldados proveedores, al cual recriminaba agriamente la falta de interés que ponía en cumplir lo que se le ordenaba.

- ¿ Tú te crees que yo me he caído de un olivo, Andreu ? - casi le chillaba - ¡ Llévate cuidado conmigo, porque de lo contrario vas a tener problemas ! ¿ Te enteras ?...

Seguramente aquel 20 de Junio de 1958 conseguiría alterar la

susceptibilidad de más de uno...

En tanto se preparaban las armas, equipos y municiones para la revista, ¡ hasta en los sótanos de los barcos se pasaban revistas !, Tonet, medio distraído, pensaba en la situación en la que se encontraban. Moralmente, él se veía muy entero, pero maldijo no haber podido tener los años y la facilidad de Quiquet para dar rienda suelta a su tristeza, y que las lágrimas hubieran desahogado su espíritu en el momento de despedirse de su familia. ¿ Por qué a las mujeres se les permitía que lloraran todo lo que quisieran y los hombres debían tragarse las lágrimas al precio que fuera? Además, estaba Lidón junto a sus padres, y ¡cualquiera se ponía a echar unas lagrimitas! Se sentía preocupado...¿ Acaso tenía miedo ?... ¿ Eran ciertas todas aquellas atrocidades que se contaban de Ifni y del Sáhara ? Resultaba dramático el pensar que toda una Compañía de legionarios hubiera quedado diezmada en una de las emboscadas preparadas por los rebeldes; también el traicionero ametrallamiento de los paracaidistas, conforme éstos iban descendiendo a tierra ; igualmente el degollamiento de varios "escuchas" a altas horas de la madrugada, por haberse quedado medio dormidos en sus puestos de vigilancia. Varios europeos, según comentaban las mismas lenguas, habían sido literalmente rajados, y a otros les habían introducido en la boca sus genitales, brutalmente separados de su cuerpo. No podía creer que toda aquella bestialidad fuera posible, pero al no ser una guerra de las llamadas convencionales, para muchos resultaba totalmente verosímil.

Los "saharauis" habían traído noticias africanas para todos los gustos, en general bastante comedidas y discretas; pero alguno de ellos olvidó que entre los componentes del Tetuán, como en todas partes, se encontraban personas impresionables y...

Sin dejar de pasar el paño humedecido en aceite por las cintas metálicas de los maletines, Tonet observó con atención el sitio donde se hallaban alojados. Era una profunda y espaciosa bodega, un poco lúgubre y húmeda, repleta de bultos y cajones de madera en uno de sus laterales, que acogía en su interior a unos pocos vehículos, todas las armas pesadas del Batallón y a muchos hombres y equipos, estos últimos diseminados por el suelo sin demasiado orden. No obstante llevar escasos minutos de travesía, empezaban a notarse ya los primeros síntomas del mareo. Pronto vendrían los estragos, y, en el ordinario recuento de las Unidades, contarían como

principales novedades las forzadas ausencias de bastantes de sus hombres. El viciado aire del interior de la bodega no tardaría en hacerse irrespirable, y resultaría insoportable el permanecer junto a las armas y los equipos. Los alojados en la parte alta del buque habían tenido más suerte; pero nadie, o muy pocos, se librarían de que el estómago les llegara a la garganta. Observó a sus compañeros de escuadra, aquéllos con los que conviviría estrechamente durante largos meses, y una ligera sonrisa de aprecio y simpatía se dibujó en su semblante. Sin duda, la diosa fortuna había sido la culpable de que pudiera contar con tan buenos camaradas. Tenían sus defectos, desde luego, pero él tampoco era ningún santo. Su padre le comentó en cierta ocasión que las penalidades sufridas por él en los años de la guerra civil fueron menos duras gracias a contar con excelentes compañeros y amigos. Le habría resultado terrible hacer frente a dos guerras : la de verdad y la de una mala convivencia con los camaradas.

A Tonet le preocupaba un poco la inexperiencia de Quiquet. Su juventud y su carácter retraído, a veces demasiado servicial, podrían jugarle una mala pasada en Ifni. Físicamente no aparentaba más allá de los catorce o quince años, a pesar de que iba ya camino de los diecisiete. Recordaba cómo un par de meses atrás Quiquet había regalado las hojas de afeitar de su equipo militar al ahora cabo Sánchez. ¡ Todavía no las necesitaba ! En varios aspectos se asemejaba bastante a Durán, aunque este último, seguramente como consecuencia de su permanencia en el desierto, demostraba a todos una personalidad más entera y singular, haciendo sentir en ocasiones a quien estuviera a su lado un cierto complejo de inferioridad. Pepe Nebot era otra cosa. Sin ser lo que se dice un busca pleitos, la paciencia, como virtud, no siempre le acompañaba. Su fuerte musculatura y corpulencia, conseguidas en gran medida gracias a la pasión que sentía por la gimnasia y la halterofilia (estuvo a punto de ser "gastador" en el Regimiento), infundían algo más que respeto entre los que le rodeaban; y cuando sus pobladas cejas se arrugaban, que a menudo así sucedía, lo mejor que podía hacerse era abandonar pronto su cercanía. Nebot no contaba con ningún enemigo en Armas Pesadas, salvo el indeseable Fernández Castro. A raíz del suceso de Montaña Negra, que costó al albaceteño un justo arresto por el atropello cometido con Quiquet, el burrianense había tenido que parar los pies en más de una ocasión a tan despreciable sujeto, saliendo en defensa de su camarada de

escuadra. Aun siendo los sirvientes de la máquina de caracteres bien diferentes, se entendían perfectamente, y ello hacía que reinara una excelente armonía en la ametralladora media.

Tonet miró de soslayo a Esteban y no pudo evitar el recordar el día en que éste se hizo cargo del arma y de sus sirvientes. Procedía de la Plana Mayor de la Compañía y, debido a un reajuste de plantillas, pasó a ocupar el puesto que inicialmente, y por antigüedad, correspondía a Núñez, un cabo murciano de mucho temple y buen mandar, por aquellas fechas trasladado a una de las Unidades de fusileros.

Esteban únicamente tenía muy elementales conocimientos de lo que era una ametralladora media, pero su capacidad de comprensión, interés y perseverancia por aprenderla y dominarla habían hecho de él uno de los mejores especialistas del arma. Al principio hubo los inevitables roces y pequeñas discusiones, mas pronto el buen juicio y la sensatez hicieron su aparición entre los miembros de la escuadra, y la competencia y buenas maneras de Esteban terminaron por imponerse rotundamente.

Abandonado el puerto de Valencia, las horas fueron sucediéndose con relativa celeridad y la noche no tardó en caer sobre la cubierta del Monte Amboto. El cansancio y las tensiones acumulados durante los últimos días, pronto dieron paso a un relajante y beneficioso silencio de corneta, que todo el mundo, sin distinción de clases ni categorías militares, se dispuso a cumplir y respetar. Sólo el suave mecer de las olas, algunos que otros ronquidos y el sonido inconfundible producido por el roce de diversos elementos del barco en su continuo navegar, parecieron querer romper la quietud y la paz de la noche.

Las estrellas, infinitas y centelleantes en el cielo mediterráneo, daban la sensación de querer acompañar y proteger a los fusileros expedicionarios del Tetuán 14 en su incierta y probablemente nada fácil aventura africana...

I V

La costa africana fue haciéndose cada vez más patente a los ojos de los expedicionarios. Las primeras luces del amanecer permitían observar sin grandes dificultades el accidentado contorno del territorio bajo soberanía nacional, notablemente amesetado en la zona ocupada por su capital, Sidi-Ifni, que ese mismo año se convertiría en una nueva provincia española.

El territorio comprendía una faja costera de unos 100 kilómetros de largo por 20 de ancho, y estaba subdividido en diversas cabilas (tribus de beduinos y bereberes) que ocupaban el N. y S. de Ifni. Antiguamente se conocía este enclave como Santa Cruz de Mar pequeña, cedido a España por el sultán de Marruecos en 1860; no habiendo hecho acto de presencia en él los españoles hasta 1934. La población no llegaba a 50.000 habitantes, de ellos unos 2.000 europeos, casi todos residentes en la capital. Su clima semidesértico y una producción agrícola y ganadera de escasa importancia (dátiles, frutas, verduras, caprino, ovino), así como la nula existencia en el lugar de cualquier tipo de industria, lo hacían poco atractivo para el comercio. Únicamente la pesca parecía interesar a los armadores canarios.

Al obtener Marruecos su independencia, dos años atrás, el gobierno marroquí había dado inicio a serias reivindicaciones sobre el territorio, apoyando, según se pensaba, a partidas de guerrilleros que el año anterior habían puesto en grave peligro a la capital con sus acciones, consiguiendo tales grupos rebeldes que el pánico hiciera presa en la mayoría de sus habitantes. A consecuencia de estos sucesos, la modesta guarnición española tuvo que ser ampliamente reforzada en sus efectivos, y varios Batallones expedicionarios fueron enviados para defender a toda costa sus 2.000 kilómetros cuadrados de superficie. El Lepanto 2, el Argel 27, el Ceuta 54 y el Tetuán 14 llegaban por aquellas fechas a Ifni, y su misión no ofrecía duda: ocupar sin pérdida de tiempo distintos Puntos de Apoyo y Elementos de Resistencia (Compañías y Secciones) en toda la extensión de la frontera con Marruecos, y relevar a otras Unidades que, como el Soria 9,

Tiradores de Ifni y la Legión habían sido duramente castigadas.

El toque del cornetín de órdenes llamando a reunión a los oficiales puso sobre aviso a los componentes del Batallón. Todo el mundo estaba convencido de que pronto se iniciaría el desembarco. Así lo daba a entender el hecho de que las Compañías mantuvieran concentrados a sus hombres en cubierta y la llegada de las dos barcas de la Marina de Guerra española, que acababan de situarse junto al Monte Amboto. El tiempo era bueno y no habría grandes problemas a la hora de descolgarse por las gruesas redes sujetas a la barandilla de estribor de la nave, maniobra obligada para el desembarco, dada la inexistencia en el territorio de un muelle que reuniera las condiciones adecuadas para estos fines, pues el que poseía Sidi-Ifni no contaba, al parecer, con la profundidad necesaria para llevar a cabo un seguro atraque del barco.

El pequeño infierno vivido en el transporte de tropas durante los últimos cuatro días, como una salvación, había tocado a su fin. De los malos momentos y pésima alimentación recibida en el barco no podía objetarse nada a los mandos del Batallón, quienes, como unos soldados más, también reflejaban en sus rostros las duras jornadas pasadas en alta mar. Solamente el primer día resultó algo más llevadero. La suerte de ir provistos de rancho en frío evitó el tener que tragar aquellos desagradables guisos, con los cuales fueron obsequiados los expedicionarios durante las 96 horas que duró la travesía. Es cierto que muchos de los embarcados llevaron poca comida a sus estómagos, en tanto permanecieron en el barco; también, que otros, sobre todo la mayoría de los castellonenses, tuvieron la enorme fortuna - y poder económico - de ir convenientemente avituallados; pero, como siempre, los más pobres, los más desheredados, se vieron obligados a ingerir aquellos, para bastantes de los embarcados, espantosos alimentos.

Quiquet, como de costumbre todo corazón, había "aflojado" sus reservas, repartiendo a unos y a otros las pocas provisiones que su madre pudo prepararle. Esteban, cuyo padre se dedicaba de forma próspera al negocio del azulejo, cargaba su mochila con gran cantidad de latas de conserva y embutidos, llevando también consigo una importante cantidad de dinero. Sabía que no tendría problemas económicos, pasara lo que pasara, y esto le tranquilizaba enormemente. De la misma forma que había hecho Quiquet, puso a disposición de la escuadra todo cuanto llevaba. Pepe Nebot contaba con unos pequeños ahorros, conseguidos gracias

a su trabajo de "collidor" en la última campaña naranjera, y, además de la cartilla de ahorros de la Caja Postal, guardaba en su cartera un par de cientos de pesetas. Él, lo único que deseaba era que no le faltaran sellos para escribir a Mari Carmen, su novia, y, ¡ cómo no !, igualmente a sus padres. Tonet se encontraba más bien en el grupo de los "aventureros". Le gustaba vivir las dificultades del momento y superar con sus propios esfuerzos los inconvenientes de cada día. Si estaba escrito que debería pasarlas canutas, las pasaría. No le gustaba ser protegido por nadie, y, cosa natural en él, no quiso, de ninguna de las maneras, introducir en su mochila los alimentos que su madre, la señora Tónica, insistentemente, le aconsejó que se llevara para el viaje. Su padre, empleado en una compañía de autobuses castellonense, se había mostrado contrariado ante la absurda terquedad de su hijo de negarse a coger las provisiones imprescindibles para lo que él temía fuera un duro trayecto, pero en el fondo se sentía muy orgulloso de su primogénito, ¡ era todo un hombre !

Una vez se hubo levantado el día, con el cielo y la costa africana como testigos, se inició el descenso por las redes del buque. La pequeña agonía vivida en el Monte Amboto iba a tener como acto final el, para la mayoría de los fusileros, temido desembarco. Las caras de algunos de ellos, demacradas por la funesta experiencia recién sufrida, dibujaban en sus labios un mal disimulado pavor y una grave contrariedad, que no desaparecían del todo hasta que se encontraban bien sentados en las barcasas. La penosidad de cargar con la mochila, el armamento, casco y algún que otro material colectivo, así como el continuo y traidor movimiento de los vehículos de desembarco, añadían aún más dificultades para poder conseguir poner los pies con éxito en las barcasas. Más de uno tuvo que ser "amistosamente" animado, a fin de proporcionarle el coraje suficiente para que se descolgara por el casco del buque. También hubo quien dio espectacularmente con sus huesos en la barcaza... ¡ y en el agua !

La Compañía de Armas Pesadas fue la primera en abandonar el barco, y con ella el pelotón de ametralladoras de Durán. Por necesidades de espacio, la escuadra de Esteban se vio obligada a adelantarse y ocupar la barcaza de cabeza, lo cual les permitió ser de los primeros expedicionarios en contemplar la ciudad de Sidi-Ifni, que, poco a poco, se fue agrandando ante sus ojos.

Según se iban acercando a la costa podían divisar con mayor

claridad el pequeño embarcadero, de poca actividad, un modesto aeropuerto a la derecha, montes no muy altos y de exiguo arbolado al este, casi empujando al pueblo hacia el mar; líneas de típicas edificaciones morunas en el extrarradio de la población y, finalmente, el núcleo central de la capital, ocupado por unos cuantos edificios de moderna construcción, pero todos ellos de irrelevante altura. De no ser por las viviendas de los nativos y por el exotismo que producía su abundancia de palmeras y chumberas, Sidi-Ifni habría podido confundirse con cualquier modesto pueblo del sur de la geografía española.

El 24 de Junio de 1958, día del ansiado desembarco, difícilmente sería olvidado por los cuatro compañeros castellonenses. Quiquet, seguramente debido a la poca fortaleza física de su cuerpo, se había visto obligado a soportar la peor parte de todas. Fueron sus rezos, su ánimo y la inquebrantable voluntad de su espíritu los que consiguieron que no diera con las narices en el suelo de la barcaza. Poco más tarde le pareció imposible haber salido victorioso de aquella prueba. Al coraje de tener que mantener el equilibrio sobre la red, tuvo que añadir el esfuerzo de cargar sobre sus espaldas con la mochila, el mosquetón, los cañones de repuesto de la ametralladora, cintas de munición..., ¡ una verdadera montaña ! Sus nietos no darían crédito a esta aventura africana cuando se la contara, ¡ si es que salía de allí con vida para contársela ! ¡ Ahora se sentía orgulloso de haberlo conseguido ! Su semblante se oscureció al recordar la despreciativa sonrisa de Castro, situado en cubierta detrás de él, siempre dispuesto a pasárselo en grande con el desdichado que tuviera la mala fortuna de sufrir algún percance. ¡ Maldito Castro ! ¡ Ojalá se pudriera en los infiernos !

Tras el primer viaje de las barcazas, fueron sucediéndose otros tantos, hasta que todo el Batallón quedó concentrado en una pequeña playa. Pasadas las revistas y controles de rigor, las Unidades, acompañadas por los oficiales y suboficiales que habían acudido a recibir a los expedicionarios, comisionados por el Gobernador General del territorio, se dirigieron al campamento de Paracaidistas, situado al N. E. de la ciudad, campamento que quedaba como destacamento o cuartel provisional del Tetuán. En el recorrido del Batallón por las calles de la localidad, los nativos que iban encontrando a su paso, vestidos la inmensa mayoría de ellos con los tradicionales ropajes árabes, miraban a los recién

llegados con una mezcla de curiosidad e indiferencia. Sólo las pocas personas vestidas a la europea, y especialmente los militares de la guarnición que se cruzaban con los expedicionarios, dieron inequívocas muestras de simpatía ante su presencia. ¡ Eran los esperados y deseados refuerzos para la defensa de Ifni ! ¡ El ansiado relevo para algunas Unidades !

Con la llegada de la noche, el Tetuán quedó ubicado frente a Tiradores, y sus hombres pudieron, ¡ por fin !, saborear unas buenas horas de reposo sin padecer el infernal traqueteo del barco. Pero no todos disfrutaron de tan merecido descanso. Un rígido servicio de seguridad fue montado inmediatamente alrededor del campamento, servicio que se completó con el correspondiente nombramiento de imaginarias (vigilancia en las proximidades de los dormitorios para velar el sueño y el descanso de la tropa).

El día siguiente, hasta bien entradas las cinco de la tarde, las Unidades lo dedicaron a terminar de instalar al Batallón y a acondicionar los armamentos y las municiones. Estas últimas fueron depositadas en un cercano polvorín, fuertemente protegidas por personal de la propia Unidad. Los dormitorios de la tropa y de los mandos estaban constituidos por dos calles de tiendas de campaña y por pequeños habitáculos situados en la zona central del vivac o campamento, con capacidad para unas quince o veinte personas cada uno; siendo estos habitáculos de forma cilíndrica y de color blanco, con techo abovedado. El jefe del Batallón y su Plana Mayor, así como un improvisado Botiquín y el cuerpo de guardia, quedaron alojados en edificaciones de similares características.

Para el servicio de cocina hubo que levantar dos tiendas cónicas junto a los fregaderos, y como el perímetro de aquel vivac sólo contaba con alambradas, fue necesario también nombrar varios centinelas, reforzándolos con las consiguientes patrullas de seguridad y enlace, que recorrían sin cesar todo el contorno del campamento, tanto de día como de noche.

El azar quiso jugar una mala pasada al pelotón de Durán, y éste fue acomodado junto a una escuadra de morteros y la plana mayor de estas armas de tiro curvo. ¡ Castro compartiría con ellos su techo ! Pero, afortunadamente, sólo sería por unos días.

Las escasas jornadas permanecidas en la modesta capital de Ifni, las justas y necesarias para instruir a mandos y soldados en lo que deberían ser sus obligaciones y responsabilidades en el territorio, fueron aprovechadas por los expedicionarios, en sus

pocas horas de descanso, para conocer lo mejor posible aquellos alrededores. Generalmente se salía en pequeños grupos de paseo, casi siempre formados éstos por quienes compartían determinadas afinidades: misma Compañía, paisanaje, amistad surgida durante la fase de reclutas...

Ciertamente, poca cosa había para admirar o disfrutar en el pueblo, dadas sus reducidas dimensiones y la falta de locales de recreo adecuados, donde, a precios que no fueran abusivos, poder pasar unas horas de verdadera distracción y entretenimiento. Tan sólo un cine cerca del Gobierno General, de costumbre totalmente abarrotado, conseguiría llenar algunos de los ratos de ocio de los recién llegados, cuando los horarios y las circunstancias así lo permitieran. El zoco, el barrio árabe, el Tamadaba (el más concurrido de los cuatro o cinco bares existentes en la localidad), eran los lugares más frecuentados por la tropa de la guarnición militar, naturalmente lugares mucho menos visitados que el renombrado burdel de Sidi-Ifni (¡ Ay las famosas bascas del burdel !).

Este burdel, muy popular entre la tropa, y del cual se hablará más adelante, llegaría a ser punto de cita y encuentro para muchos "tetuaníes" en sus diversas salidas al pueblo, tras haber permanecido todos ellos tres meses ininterrumpidos en las trincheras del cinturón defensivo levantado en torno a la capital del territorio. En él, cierto día, pasaría una fundamental experiencia el villarrealense Quiquet.

Para Castro, en cambio, aquel poco recomendable antro (según lo calificaban los santones del Batallón), sería como regresar a su paraíso perdido...

El 4 de Julio, diez días después de su llegada a Ifni, el Batallón Tetuán, en columna de aproximación a pie, se dirigía a las posiciones defensivas designadas por el Mando. Pronto se harían populares entre todos sus miembros "Sidi Mohamed Bendaoud", "Huerta Madame", "La Seguera", "La Universidad", la cota "254", "Ussugún"...

Tales posiciones, de entidad tipo Compañía, sección y pelotón, estaban identificadas, en general, como puntos de apoyo, elementos y subelementos de resistencia, que eran extensiones superficiales de unos ochocientos a cien metros de ancho por unos cuatrocientos a cincuenta de largo o fondo, siempre rodeadas de alambradas y minas, y en cuyo interior se distribuían viales o trincheras de comunicación de metro y medio a dos metros de profundidad, según las dificultades del terreno en su construcción, que enlazaban los distintos pozos de tirador, asentamientos de armas colectivas, puestos de mando, depósitos de municiones, pequeños y subterráneos dormitorios y, a veces, algún que otro botiquín de emergencia. Si las peculiaridades de la posición lo permitían, se disponía igualmente de una pequeña cantina-comedor, aunque este exquisito lujo estaba reservado para áreas defensivas de cierta envergadura, casi siempre ocupadas por Compañías o secciones muy reforzadas, como era el caso de la cota " 254 ", lugar al que fue a parar, como agregado, el pelotón de ametralladoras medias de Durán.

A las diez de la mañana de aquel día, el teniente Castresana, nuevo jefe de la "254", uno de los tres elementos de resistencia asignados a la Primera Compañía, seguido de cerca por los jefes de pelotón de su sección, por los jefes del cañón sin retroceso y del mortero de 81 milímetros incluidos en el área defensiva, y por Durán (como jefe de las dos ametralladoras medias), así como por los dos cabos responsables de las escuadras de lanzagranadas y mortero de 50 milímetros, hacía el recorrido por los distintos subelementos, comprobando personalmente que todos sus acompañantes se habían enterado perfectamente del cometido recibido durante el relevo a la Legión, que acababan de finalizar; es decir,

asegurándose de que sus hombres habían asimilado sin ninguna clase de duda la orden de defensa. Las misiones principales y eventuales de las armas colectivas constituían piezas fundamentales en el esqueleto de la " 254 ", y nadie debía tener la menor duda en su comprensión, llegado el momento de tener que ser ejecutadas.

Esteban, como jefe y responsable de la primera ametralladora del pelotón, se hizo cargo del "nido" oriental de la posición, que tenía como obligación principal cerrar el flanco compartido con " Sidi Mohamed Bendaoud ", cruzando sus fuegos con una máquina del segundo pelotón, situada en dicho elemento de resistencia, y "barrer" su parte frontal, apoyando al mismo tiempo con sus fuegos el esfuerzo de la escuadra de Sánchez, asentada en el "nido" occidental. Ambas ametralladoras contarían en todo caso con la cooperación de los fuegos de los tres fusiles ametralladores ubicados en la " 254 ", uno por cada subelemento de resistencia. El mortero medio y el cañon sin retroceso evitarían o harían más difícil una hipotética concentración o movimiento de rebeldes en la amplia llanura que se extendía delante de la posición defensiva (territorio marroquí "enemigo"), llanura que contaba con pequeñas e innumerables colinas, zonas de palmerales y senderos que enlazaban las dos o tres cabilas o caseríos del lugar.

La " 254 " estaba situada en el límite N. E. de Ifni, en lo que se podía llamar primera línea de combate, a escasa distancia del área defensiva donde una sección del Soria 9 había pagado con muchas vidas su heroica y ejemplar defensa.

Tonet, concentrado en la comprobación de la flexibilidad de las líneas de tiro de su ametralladora, a través de las troneras del "nido", no pudo evitar que un ligero escalofrío le recorriera todo su cuerpo. Dirigiéndose a sus compañeros, dijo ;

- Ya estamos en el lío. La hora de la verdad ha llegado.

Esteban, cerrando el maletín de los accesorios, y medio suspirando, añadió :

- Si todo va bien no hay quien nos quite dos o tres meses por estos parajes. Como vaya mal...

Pepe Nebot dejó las pesadas cintas de munición que llevaba encima y gruñó más que dijo :

- Desde hace varios meses, según los "legías", esta zona está muy tranquila. No creo que seamos tan gafes como para que de nuevo empiece la gresca. De todas formas, como lleguen a atreverse..., ¡ que se preparen ! ¡ Aquí estamos los de Castellón !

Quiquet, sonriendo levemente y limpiando de su frente las gruesas gotas de sudor aparecidas en su rostro como consecuencia de la colaboración prestada en el transporte y descarga de las armas e impedimenta de la sección, agregó en tono despreocupado :

- Con el arsenal que hay entre estas alambradas no creo que se arriesguen a atacarnos cara a cara. De no ser así...

La llegada de Durán interrumpió los comentarios.

- ¿ Cómo va eso, muchachos ? - preguntó el jefe del pelotón, asomándose por una de las ventanillas de tiro - ¿ Habéis comprobado las trayectorias de las aspilleras ? ¿ Está todo el asentamiento en perfectas condiciones ?...

Esteban hizo un gesto afirmativo con la cabeza e invitó a su superior a que hiciera las correspondientes verificaciones. Quedó absolutamente claro que no habría la menor duda en los sirvientes, caso de tener que cumplir con alguna de las misiones.

Durán, serio e imperturbable como en él era habitual, pero ahora bastante más que en otras ocasiones, mirando fijamente a sus hombres, continuó hablando :

- Aquí hay que resistir a toda costa, pase lo que pase. Esas son las órdenes que se han recibido. Si nos atacan los rebeldes, suceda lo que suceda, tendremos que aguantar por encima de todo. El teniente Castresana nos ha dicho a los jefes de pelotón, medio en broma, medio en serio, que de la " 254 " al cielo o... ¡ al paredón !

Nebot preguntó con ligera ironía :

- Supongo que si uno resulta herido, habrá una tercera vía o solución, ¿ no ?

Durán, que apreciaba sinceramente a Pepe Nebot, contestó :

- Mejor será que no pensemos en lo que pueda venir. De momento estamos instalados en, digamos buenas condiciones, y debemos mentalizarnos de que los rebeldes no lo han de tener nada fácil con nosotros. Por propia experiencia os diré que esta gente sólo ataca a los que bajan la guardia y se confían demasiado, a las posiciones que son débiles. Estad tranquilos y sin problemas, pero continuamente atentos. Y no olvidéis nunca que no siempre el trueno y el rayo preceden a la tormenta.

Durán dió una suave palmada en el hombro de Quiquet y salió del nido de la ametralladora, no sin antes haber comprobado la eficacia de sus subordinados en la puesta a punto del asentamiento. No podía evitar sentir cierta preocupación por sus

hombres, especialmente por el segundo proveedor del arma, y esperaba y deseaba que, en las duras pruebas que se avecinarían con su permanencia en las trincheras, la suerte no les abandonara. Del buen hacer y de las cualidades personales del antiguo acemilero tenía pocas dudas; sin embargo, la presión psíquica que se padecía en aquellos lugares y el no menos duro esfuerzo físico que se ha de realizar día tras día con el constante mejoramiento de una posición defensiva, fundamentalmente la construcción de nuevas y necesarias trincheras, es posible que llegaran a hundir el ánimo de su demasiado joven proveedor. En su piel había pasado por tan terrible prueba, y casi estuvo a punto de no lograr superarla. Intentaría ayudarle todo lo que pudiera.

Una vez dispuesto el "nido" de la ametralladora, los componentes de la escuadra se introdujeron en otro hueco cercano, situado en la parte opuesta de la misma trinchera, y que había sido habilitado como dormitorio de los sirvientes del arma colectiva.

Con la misma o parecida profundidad que el resto de pozos y asentamientos, con un techo de adobes y ramas perfectamente disimulado con su entorno, aquel "huevo", como familiarmente se conocía a estos alojamientos subterráneos, no tenía más allá de cuatro o cinco metros cuadrados, lo que, a la hora de repartirse la superficie entre los cuatro compañeros, portadores todos ellos de voluminosos equipos, surgieron algunas pequeñas diferencias. La inexcusable obligación de que junto a la ametralladora, tanto de día como de noche, debía encontrarse siempre de servicio un componente de la escuadra, facilitó finalmente dicha distribución o reparto, desapareciendo las malas caras.

No obstante su conocida predisposición y conformismo para con todo, Quiquet hizo un gesto de no demasiada resignación con su suerte, en tanto colocaba sus pertenencias en el lugar que le había correspondido.

- Este sitio es para partírsele a uno el corazón. Jamás había visto nada más siniestro - se lamentó.

Nebot, más expresivo, exclamó :

- ¡ La madre que lo parió ! ¿ Y aquí tenemos que aguantar durante un montón de semanas ?...

Esteban, deshaciendo parte de su mochila, pensó que, efectivamente, resultaría harto difícil el permanecer mucho tiempo en aquel oscuro hueco, entre aquellas frías y desnudas paredes de

suelo desnivelado y pedregoso, cuyo acceso desde la trinchera era disimulado por una tosca cortina de sacos terreros.

Tonet, al cual le había correspondido situar su "cama" cerca de la de Nebot, intentó levantar la moral de sus camaradas. Dijo en tono animoso :

- Estoy seguro de que nuestros padres, por lo que cuentan, lo pasaron mucho peor que nosotros en su guerra. ¡ Tampoco nos van a preparar un hotel !, ¿ no ?

Nebot, con gesto algo destemplado, repuso :

- Tanto como un hotel, no. Pero al menos que este suelo se encontrara más decente, y no hecho una mierda. ¿ Tú crees que con estos "colchones" vamos a poder pegar ojo por las noches ?

Guardaron silencio unos instantes, a la vez que, de forma casi instintiva, dirigían la vista hacia el suelo. Nadie pudo evitar que un cierto desaliento entrara en sus corazones...

- Nos vamos a acordar demasiado de Castellón -dijo Esteban, moviendo significativamente la cabeza-. Pero hay que armarse de paciencia y valor y sufrir todo lo que sea necesario. ¡ Qué remedio !

Quiquet, encogiéndose de hombros, agregó :

- Yo, con tal de no tener cerca de nosotros al borde de Castro, resistiré cuanto me echen encima. Si tuviéramos en la escuadra a ese bandido, entonces sí que os digo que no podría soportar esto más de una semana, ¡ y digo mucho !...

- Ese hijo de puta debería estar en la otra parte de las alambradas, con los moros - masculló Nebot - . ¡ Algún día me voy a partir la cara con él !...

El toque de corneta llamando a reunirse cortó la conversación de los cuatro camaradas.

Como la mayoría de los recién llegados estaba todavía inmersa en la finalización de distintos quehaceres, la concentración de los nuevos defensores de la "254" se llevó a cabo con cierta lentitud. El teniente Castresana, del cual no tenían muchas referencias los miembros del pelotón de Durán, esperaba con paciencia a que acudieran a la llamada toda su sección y equipos agregados. Naturalmente, de esta reunión se había excluido a los centinelas-observadores, quienes, aleccionados debidamente por los salientes de la Legión y por el suboficial de servicio de cuáles eran sus cometidos, realizaban su misión desde lugares ocultos y disimulados, ayudados por prismáticos.

Al teniente Castresana le acompañaban los suboficiales y

cabos primeros jefes de pelotón, que esperaban junto a él, en silencio, a que éste dirigiera la palabra a quienes acababan de ocupar la posición, unos ochenta hombres, aproximadamente.

- Todos sabemos para qué estamos aquí - empezó a decir el oficial -. Desconozco el tiempo que vamos a permanecer en esta posición defensiva y, por descontado, los problemas que se nos van a presentar. Lo único que quiero deciros y pidiros es que realicéis bien vuestro trabajo y que si nos atacan los rebeldes echéis un par de cojones al cumplimiento de nuestro deber. La defensa que tenemos que hacer de la "254" es sin idea de retroceso ; es decir, ¡a muerte ! De aquí no puede salir nadie si no es porque es relevado de su puesto y obligaciones. Si cayera nuestra posición, ¡ no quiero pensarlo !, los rebeldes entrarían en Sidi-Ifni como Pedro por su casa...Va a ser muy duro el tiempo que se nos va a venir encima. De día trabajaréis a base de pico y pala para mantener y mejorar continuamente las instalaciones defensivas que la Legión nos ha dejado, y de noche bastantes de vosotros os convertiréis en atentos y eficaces "escuchas ", para asegurar nuestro descanso y evitar ser sorprendidos por el enemigo. Seré inflexible y riguroso con quienes no cumplan bien con sus obligaciones o nos traigan algún tipo de problemas que alteren nuestra sana convivencia.

Tras insistir en la buena armonía que debía reinar entre todos los defensores de la posición y dar algunos consejos generales, el teniente Castresana terminó diciendo :

- Nadie puede salir ni entrar de los límites de las alambradas sin mi autorización o la del sargento de servicio. ¿ Queda esto claro ?

Hubo asentimiento general.

Dirigiéndose al sargento Amancio, el oficial preguntó :

- Amancio, ¿ cómo va la instalación de la cocina ?

- Bien, mi teniente. Los dos rancheros están terminando de descargar el material. Pronto la tendremos preparada.

- ¿ Has tenido pegas con el sargento legionario ?

- No, al contrario; nos ha dejado varias cosas que vamos a necesitar, y que difícilmente habríamos podido obtener de la Compañía o del Batallón. ¡ Son buena gente !

Con un "podéis marcharos" a la tropa, el jefe de la "254" dio por finalizada la concentración, no sin antes dar una serie de advertencias e informaciones complementarias : mantenimiento

continuo de la limpieza de personal y equipos; "huevos" y asentamientos de armas colectivas siempre en perfectas condiciones; sistema a utilizar para mandar y recibir correspondencia a través de la estafeta militar de Sidi-Ifni, y forma de atender a las necesidades médicas. Para la correspondencia se utilizaría el vehículo de suministro que el Batallón había puesto a disposición de la Compañía, y que enlazaría a diario a esta última con su Unidad superior, e incluso habría también algún que otro viaje a Sidi-Ifni, cuando, por determinada necesidad, así se dispusiera. Para atender a posibles enfermos o heridos, según la gravedad de cada caso, existirían el propio botiquín-enfermería de la posición defensiva y el Puesto de Socorro del Batallón, situado a unos tres o cuatro kilómetros a retaguardia.

El teniente Castresana, hombre de unos treinta años, enjuto, de mediana estatura y de poblado y largo bigote, terminado su discurso se refugió en el puesto de mando de la sección, siempre acompañado por sus jefes de subelemento y de armas colectivas, dispuesto a terminar de concretar todo lo relacionado con la defensa de la "254". También este puesto de mando se disimulaba bajo tierra, comunicándose por diversas trincheras con las tres posiciones defensivas de pelotón, que, aunque juntas físicamente, se hallaban perfectamente delimitadas por alambradas y obstáculos de todo tipo (minas, cristales, botes "sonajeros", alambres con espinos...). A sus defensores les proporcionaba una cierta tranquilidad el estar enterados de que delante de los límites de la posición, en caso necesario, estaba previsto desarrollar una potente concentración de fuegos por parte de la artillería propia. A su paso por la "Huerta Madame" para dirigirse a efectuar el relevo de la "254", habían podido observar, en plena preparación y ensayo, a una de estas Baterías.

Dado que la retaguardia del área defensiva, por la configuración del terreno, se encontraba oculta a probables vistas del enemigo, en ella había construido la Legión, con adobes, cañizo y diversos materiales ligeros, una espaciosa cabaña que servía de cantina a todos los ocupantes de la posición defensiva. No lejos de allí, y aprovechando las singularidades del entorno, estas Fuerzas Especiales habían levantado igualmente una rudimentaria cocina, por la cual, su responsable en esos momentos, el sargento Amancio, persona eficiente y experimentado ex

combatiente de la guerra civil española, pululaba dando órdenes y consignas a rancheros y personal nombrado de servicio para ese día.

Este suboficial, duro y recio pero de convincentes maneras, con poco más de cuarenta años a sus espaldas, brillaba con luz propia y su presencia era siempre agradecida allá donde estuviera. Era persona campechana, pero ojo : ¡ Ay de aquel que se metiera con su tropa o no pusiera el máximo de esfuerzo e interés en el cumplimiento de sus tareas ! Aquellos que le conocían perfectamente sabían que el rancho no sería uno de los principales motivos de preocupación de los defensores de la "254", pues de eso, de una u otra manera, ya se encargaría el sargento Amancio.

Más quisquilloso venía a ser el sargento Fernández, llamado "Vinagre" por algunos de sus hombres, debido al temperamento un tanto irascible y poco tolerante que empleaba para con sus subordinados. Sobre él recaía mayor responsabilidad en la defensa, pues su encuadramiento como segundo jefe de la sección, por ser el más antiguo, le convertía en el principal sucesor del teniente Castresana, caso de que éste sufriera algún percance. También era veterano de la campaña española, en la cual había resultado herido en dos ocasiones; y si es verdad que no era acreedor o merecedor de muchas simpatías por su amargado carácter, sí reconocían todos en él su notable capacidad de trabajo.

Riquelme y Decelis, dos jefes de pelotón de fusileros con los que Durán había congeniado durante el período de instrucción y preparación de Montaña Negra, le harían a éste más llevadero su enclaustramiento en la "254" las semanas que seguirían. El primero, valenciano de Paterna, era lo que se dice un durillo para la tropa: exigente, pertinaz, meticuloso... ¡ casi buscaba la cuadratura del círculo ! Su propio pelotón, al que rápidamente se identificaba de entre todos los demás por el modo tan peculiar que tenía de entender las prácticas de combate y las formaciones, le apodaba, no muy desatinadamente por cierto, " Don Reglamento "; pues de ahí, de ese ostentoso libro de normas y recomendaciones, no se salía nunca aunque lo mataran. Su genio, fuerte y de poco aguante, no facilitaba demasiado un buen entendimiento con quienes con él convivían; pero Durán, hombre que procuraba adaptarse a todas las situaciones y circunstancias, se esforzaba por comprender su endiablado carácter y llevar con él una relación lo más amistosa posible, ¡ qué remedio le quedaba !

Con Juanito Decelis, ¡ gran amigo y compañero !, era otra cosa bien diferente. Aunque éste sólo permanecería tres meses en el territorio por tener que acudir su promoción de cabos primeros a la Escuela de Formación de Sargentos, el coincidir estos tres meses en la misma posición defensiva facilitaría a Durán el disponer de alguien a quien poder acudir para mitigar sus problemas y soledades, que afortunadamente no serían muchos.

Decelis, por quien el jefe de ametralladoras siempre había sentido particular simpatía, se distinguía por ser el polo opuesto de Riquelme. Las órdenes y reglamentos los cumplía, ¡ naturalmente !, pero no le obsesionaban ni quitaban el sueño como al valenciano. Su personalidad abierta y de gran llaneza, así como el ser de los primeros en acudir en ayuda del compañero que lo necesitara, harían de él un camarada excelente en la "254".

Tenía Decelis un gran sentido del humor y difícilmente se podía estar mucho tiempo cerca de él sin soltar la gran carcajada. Su pelotón se encontraba satisfecho de tenerlo como jefe, estando todo él convencido de que, podría no tener muchos reglamentos, normas e instrucciones metidos en la cabeza, como Riquelme, ¡ menos mal !, pero era hombre de buena disposición para con sus subordinados, de cuyo bienestar sabía preocuparse adecuadamente.

Para Durán, ya se ha dicho, sería importante la presencia de este compañero en la "254", y a él, a su veteranía, a su edad y experiencia acudiría en busca de consejo cuando se le presentara alguna dificultad que no fuera rutinaria, pues sabía que Decelis le informaría y pondría al tanto de todo lo que él supiera, sin colocarle jamás la zancadilla para conseguir "puntos positivos" ante el mando a costa del prestigio o la buena fama de otro camarada; algo que, desgraciadamente, también en la milicia solía ocurrir de vez en cuando. ¡ En todas partes cuecen habas !,

Aun con todo, Durán y sus hombres deberían hacer algunos pequeños esfuerzos para integrarse en una Unidad que no era la suya, y a cuyos componentes prácticamente desconocían. Las funciones y estilo de vida de un pelotón o sección de fusileros resultaban evidentemente distintos a los de un equipo de ametralladoras, así como también sus misiones específicas, a pesar de que todos trabajaran para el mismo fin : el éxito en el cumplimiento de la misión encomendada.

Es seguro que pronto conseguirían adaptarse a la nueva situación. Durán así lo creía firmemente...

VI

Quiquet sintió que se le paralizaba el corazón. A escasos quince o veinte metros de su puesto de "escucha", justo situado éste delante del asentamiento de la ametralladora, muy próximo a las alambradas, le había parecido que algo se arrastraba. Agudizó los cinco sentidos y concentró toda su atención en aquel punto. La luna permitía observar con bastante claridad toda su zona de responsabilidad, facilitándole una labor de vigilancia con mejores perspectivas que de costumbre. Llevaba a cabo el peor turno de la noche, de dos a cinco de la madrugada, y como además acumulaba el cansancio de las varias horas dedicadas a realizar trabajos de pico y pala, no estaba muy seguro de que, efectivamente, "aquello" que acababa de ver fuera real o únicamente producto de su imaginación. También sus ojos, por mucho empeño que ponía en que esto no sucediera, se le cerraban de cuando en cuando y, por tal motivo, dudaba entre encontrarse frente a una realidad tangible o tan sólo ante una falsa alarma. Frecuentemente se producían tiroteos en algunas posiciones defensivas, ocasionados las más de las veces por el agotamiento físico o poca serenidad de sus "escuchas", que, erróneamente, confundían el nocturno deambular de algún perro, burro o conejo con el sigiloso y astuto movimiento de un guerrillero rebelde, alertando inútilmente a todos los ocupantes de las posiciones, y originándose con ello, en este o aquel punto de la línea defensiva, una verdadera batalla de fuego. La tensión, siempre grande y a flor de piel, y el paso de las monótonas semanas enclaustrados en tan solitarios lugares, no siempre en buenas condiciones de vida, viendo las mismas caras y el mismo desolador panorama ; recordando, un día sí y otro también, para qué estaban en aquellas lejanas tierras, conseguían que los ánimos y la moral se resintieran. Su mano derecha acarició con decisión una de las granadas colocadas en el hoyo de "escucha", dispuestas allí para ser lanzadas a la más mínima sospecha. Perfectamente camuflado en el terreno, Quiquet, serenándose lo mejor que pudo, prestó la máxima atención al lugar donde le había parecido observar la sombra en movimiento.

Tensamente quieto, casi conteniendo la respiración, el villarrealense no dejó de observar el fatídico punto. Nada perturbaba el silencio y la quietud de la noche. Insistió con interés durante unos minutos más y, finalmente, seguro de que allí no había nada, su alterado ritmo cardíaco volvió poco a poco a la normalidad. No era la primera vez que esto le ocurría, pero en esta ocasión, el susto, sin duda, había sido de más envergadura. Hacía diez o doce noches que su temple tuvo que soportar una experiencia similar, no tan "real" como ahora, pero que también le hizo ser presa de cierto desasosiego... ¡ Estaba cansado de tantas horas robadas al sueño, del implacable calor reinante durante el día, de la sempiterna elaboración de adobes, del dramático trabajo en las trincheras, que tenía a sus manos llenas de ampollas y llagas; de las rígidas condiciones de vida de la "254" !...¿ Era necesario todo aquello ? ¿ Por qué ? ¿ Para qué ? ¡ Echaba tanto de menos a sus padres y hermanos ! Ahora se daba cuenta de lo mucho que añoraba la paz y tranquilidad de su vieja alquería, el humano calor de su Villarreal, su tierra toda... Recordaba los todavía cercanos días de su infancia, encaramado a la higuera que crecía junto al corral de su casa; lo fenomenal que se lo pasaba tumbado medio desnudo bajo el algarrobo próximo al cañar del río, comiendo la uva temprana de los parrales y sin que ninguna preocupación turbara sus pensamientos; los estupendos ratos vividos con la pandilla en los naranjales, en la playa, en la Virgen de Gracia, en las fiestas del pueblo...

Quiquet alzó sus ojos hacia las estrellas y, triste y acongojado, no pudo evitar que dos lágrimas cayeran por sus mejillas. El primer mes todo había funcionado bien, pero ya entrados en el segundo y tercero, ese mismo todo parecía resquebrajarse. Los cuatro y cinco años de diferencia de edad con sus compañeros, a veces le pesaban como una losa. Poseía menos resistencia física que ellos, y su entereza y moral, por uno u otro motivo, no siempre estaban a la altura de las circunstancias. Se sentía un poco inútil y le daba una enorme vergüenza cuando, por ejemplo, antes de tiempo, Durán le relevaba de trabajar en la construcción de los nuevos ramales que debían unir el asentamiento de morteros con el puesto de municionamiento de la posición. El saber que se encontraba sirviendo a su país, aunque fuera en tan lejano lugar, le estimulaba lo suficiente para resistir todas aquellas dificultades, e intentaba, con el mejor de sus ánimos,

actuar como cualquier otro buen patriota, permaneciendo en su puesto contra viento y marea. Se sentía orgulloso de ser soldado español, aun a pesar de verse obligado a pagar un precio tan alto. ¡ Sería incapaz de presentarse ante su familia, castigado como responsable de algún indigno comportamiento ! ¡ Antes preferiría morir ! Por otro lado, comprendía que sus sólo diciséis años fueran para él como una pesada carga, ocasionándole todavía mayores contratiempos para poder sobrellevar la dureza de la vida en campaña, una campaña que le había proporcionado hasta entonces más miserias que verdaderas acciones bélicas. Esporádicas falsas alarmas nocturnas, producidas generalmente por la accidentada explosión de esta o aquella mina, siempre activadas por animales errantes, o la equivocada señal de alerta dada por el despiste del "escucha" de turno, habían sido hasta entonces, bien que afortunadamente, sus únicas experiencias guerreras.

Quiquet recordó la primera de estas falsas alarmas ocurrida en la posición defensiva. Sucedió a los doce o catorce días de haber ocupado las trincheras, y significó un momento que jamás podría olvidar, por muchos años que viviera. Nunca antes en su vida había experimentado aquellas extrañas sensaciones. Él, de acuerdo con el lugar que le había correspondido en el sorteo, dormía al lado del cabo Esteban, cuando, sobre las cuatro de la madrugada, se escuchó en los alrededores de la posición el estallido de una granada de mano, que a los pocos instantes se vió acompañada e incrementada por otras nuevas explosiones. Simultáneamente a estos fuertes estruendos empezaron a oírse murmullos y siseos por todas partes, así como un frenético deambular de gente por las trincheras. Junto a sus compañeros de escuadra, excepto Nebot que estaba de servicio, se levantó apresuradamente, muy sobresaltado, y casi a empujones consiguió llegar al puesto que tenía asignado en el asentamiento de la ametralladora. Los disparos de fusil llegaban de muchas direcciones, e incluso el inconfundible repiquetear de más de una ametralladora se dejaba oír en la lejanía. Le palpitaba exageradamente el corazón y notaba un pequeño temblor en sus manos, firmemente agarradas a las cintas de munición que debía proporcionar a Pepe Nebot, para que éste las introdujera en el mecanismo de alimentación de la ametralladora, cuando Tonet, como tirador, así se lo indicara. Sus compañeros de escuadra, que se habían precipitado tanto como él en ocupar sus puestos de combate,

reflejaban en sus rostros, ligeramente iluminados por la luz de la luna que entraba por las estrechas mirillas de fuego, idénticas o parecidas sensaciones a las suyas. No le daba vergüenza ahora confesarse a sí mismo el terrible miedo que pasó al principio, en aquellos primeros instantes. Estuvo casi a punto de gritar, pero, por suerte, todos sus temores se desvanecieron rápidamente y volvió a ser dueño de su serenidad y entereza, aunque sin desaparecer por completo todas sus preocupaciones. Reconoció en sus compañeros mayor dominio emocional del que él mismo tenía sobre su persona, habiendo podido comprobar, especialmente en Tonet, una tranquilidad y frialdad casi a prueba de bomba. Éste, de forma insistente, atento y prevenido, dirigía inmutable la línea de tiro de la ametralladora, aún en el más absoluto y cortante de los silencios, a una y otra de las direcciones de fuego asignadas, como queriendo descubrir, bajo la celeste bóveda africana, a un poderoso enemigo presto a realizar su asalto a la posición defensiva. Recordaba cómo Durán, el jefe del pelotón, había hecho acto de presencia en el "nido" a los pocos minutos de encontrarse la escuadra en condiciones de llevar a cabo su cometido, y tras haber comprobado éste igualmente la situación en la que se hallaba su otra ametralladora, la de Sánchez. Las palabras del responsable de las dos máquinas proporcionaron serena calma y tranquilidad a todos los sirvientes del arma.

- Veo que ya estáis preparados - les dijo en voz baja, al entrar en el asentamiento -. Permaneced así, en silencio y atentos. No os pongáis nerviosos por nada, que lo más probable es que sólo sea una falsa alarma. La primera vez que esto ocurre produce una sensación desagradable y sientes mucho desasosiego, pero esto es normal. A mí, no me da vergüenza reconocerlo, hasta me rechinaron los dientes y casi no podía moverme cuando, en cierta ocasión, un soldado de mi escuadra, siendo yo cabo jefe de una ametralladora en Villa-Bens, me despertó una noche, y en un murmullo que más bien parecía un grito contenido, me dijo medio aterrado :

- " ¡ Durán, levanta rápido ! ; ¡ estamos rodeados por un Batallón de moros ! "...

- Os aseguro que en mi vida había pasado más miedo. Pero lo importante no es tener más o menos miedo, ¡ el miedo es libre !, lo importante es superarlo y estar concentrados en nuestro deber, pase lo que pase. Si ahora empezáramos con un tiroteo, un tiroteo de verdad, se os marcharían todas las preocupaciones y no

pensaríais en nada que no fuera tener a la máquina disparando sin cesar. Aunque no lo parezca, acabáis de pasar por vuestra primera experiencia de fuego.

Estas palabras, siempre pronunciadas en un murmullo y en tono animoso, sirvieron para elevar su moral y también la de sus compañeros de escuadra, aunque éstos lo necesitaran mucho menos que él; y no volverían, en sucesivos y parecidos incidentes, en un par de ocasiones con la ametralladora en funcionamiento, a necesitar frases de estímulo de su jefe de pelotón, cuya misión consistía, además de en mandar a sus hombres y elevarles la moral cuando lo precisaran, en coordinar el fuego de las dos escuadras y enlazar constantemente con el jefe de la "254", por si se veían obligados a variar las acciones principales, eventuales o secundarias encomendadas a las dos ametralladoras.

Es posible que fuera debido a su poca edad para andar por entre alambradas y trincheras, pero estaba seguro de que fue él quien peor lo pasó aquella aciaga noche. Agradeció que este hecho se produjera en una oscuridad casi absoluta, pues debido a tan clara ventaja se le notaron bastante menos sus "intranquilidades". Aunque por un lado no le desagradaba nada en absoluto que sus compañeros le tuvieran ciertas consideraciones por su bisoñez, y en esta ocasión probablemente se las habrían tenido, caso de haberlo visto a la luz del día, por otro se sentía un poco contrariado al no hallarse totalmente integrado con todos sus camaradas, de tú a tú, y ser a menudo blanco de pequeñas bromas o chanzas, la mayoría de las veces relacionadas con la fuerza física, ¡el peso de los cojones!...o el sexo. Particularmente cuando las conversaciones giraban en torno al sexo, no lo podía evitar, se le subían los colores a las mejillas como si fuera un inocente colegial. ¡Había cada bestia en la posición!...

Al recordar algunas de tales conversaciones, vino a su memoria la guarrada que se comentaba por las trincheras. Se decía que la burra de la "254", utilizada para traer provisiones desde el puesto de mando de la Compañía o del Batallón, era objeto del oscuro deseo de más de un aguerrido fusilero, cosa que, naturalmente, él no creía, y pensaba que sólo eran puras invenciones de las "salidas" y calenturientas mentes de más de cuatro degenerados. Ciertamente es que allí había mucha necesidad de "eso"..., de materia amorosa, pero llegar a tanto...

Quiquet, ya sereno y dueño de la situación tras el sobresalto

sufrido en su turno de servicio, a falta todavía de casi una hora para ser relevado, quiso pasar revista a lo que había sido de su vida hasta entonces en la "254".

No le habían ido mal del todo las cosas, ciertamente. Otros tenían motivos para pensar lo contrario. Sus compañeros de escuadra, ¡ tres pedazos de tíos !, eran lo que él presentía desde la época de reclutas : unos magníficos camaradas, casi unos hermanos. ¿ Que tenían sus rarezas ? ¡ Naturalmente ! ¡ Él también tenía unas cuantas ! La obligada convivencia en las trincheras las veinticuatro horas del día, el no poder tener secretos a tantos kilómetros de distancia, el ser de la misma tierra... ; todas estas cosas facilitaban un gran entendimiento entre los cuatro camaradas, sin querer decir con ello que no se presentaran pequeños roces de vez en cuando, siempre superados con la mejor de las voluntades. El horario, un tanto flexible en ocasiones, pero machacón y tenaz en determinados aspectos, marcaba a fuego vivo las horas que más temía : las de trabajo en las trincheras. A menudo debían ser utilizados los explosivos facilitados por los zapadores para poder eliminar la roca con la que se topaban, un día sí y otro también, y que impedía profundizar en sus entrañas. No sólo él se veía obligado a proteger sus manos con trapos o pañuelos para suavizar los perniciosos efectos de la utilización del pico y la pala, sino también, los más de los defensores, debían recurrir a este sistema si querían mitigar su dolor y evitar que sus ampollas sangraran (atender estas pequeñas lesiones constituía uno de los rutinarios trabajos de los enfermeros). Era duro, muy duro. El día que le tocaba participar en la confección de adobes, ese día descansaba ; igualmente respiraba a gusto cuando su nombre aparecía en la lista de los nombrados de servicio de cocina. ¡ Viva el pelar patatas !

Con el transcurrir de las semanas pudo comprobar cómo la férrea disciplina cuartelera iba dejando paso a una menos tensa relación entre mandos y subordinados. La ametralladora de Sánchez, con la que poca o ninguna intimidación había tenido hasta llegar a Ifni, se convirtió, tanto para él como para sus camaradas de escuadra, en magnífico refugio donde ahuyentar algunos malos momentos. Canito, el cantaor de flamenco "más grande que habían dado todos los tiempos" -según su cabo-, y tirador de la segunda ametralladora, con una voz verdaderamente prodigiosa, conseguía hacer olvidar las nostalgias y sinsabores que acompañaban a muchos

de los expedicionarios. Natural de la capital albacetefía, siempre estaba dispuesto a compartir unas horas de fiesta con los compañeros, pues sabía o intuía que su cante aliviaba muchas penas. Sánchez, genio y figura hasta la sepultura, lleno de sano humor, se pegaba cuatro zapatazos, bien fuera por seguidillas, bulerías o sevillanas, igual le daba, ¡no tenía manías! Hasta Vicent, el primer proveedor de su ametralladora, de común reservado y poco comunicativo, ajustaba sobre su nariz sus diminutas gafas y se unía al resto del pelotón para participar en el jolgorio, y lo mismo hacía el impenitente Andreu. En varias ocasiones, en la cantina, con el teniente y los sargentos como testigos, Canito había deleitado con su generosa voz a prácticamente todos los defensores. No hay que negar que en el "hogar" se vendía alcohol, pero existía prudencia en su consumo. Si alguien se extralimitaba..., ¡era mejor no estar en su pellejo!

Con los fusileros hubo al principio relativa dificultad de entendimiento, cosa lógica por otra parte, ya que pertenecían a distintas Compañías y especialidades; sin embargo, este necesario período de adaptación duró escasos días.

A Durán, por ejemplo, y según sus propios comentarios, no le habría importado nada seguir bajo las órdenes del teniente Castresana, en tanto hubiesen tenido que permanecer en Ifni. A su jefe de ametralladoras le caía particularmente bien el sargento Amancio, dada la constante preocupación que este suboficial tenía por mejorar las condiciones de vida de toda la tropa de la posición. Nadie comprendía cómo se las arreglaba este profesional de la milicia, pero siempre se comía mejor en la "254" que en las posiciones vecinas. No obstante lo difícil que resultaba el poder conseguir un par de botas o alguna que otra camisa para quienes lo necesitaran, él siempre aparecía sonriente con estas prendas, al regresar de cualquier viaje de suministro. Todo el mundo reconocía en su persona al paño de lágrimas del área defensiva y al encargado de solucionar los más variados problemas.

En la buena marcha y armonía reinante en la "254", ¡cómo no!, había un gusano que complicaba la vida al resto de los expedicionarios, y que él, por las continuas porquerías que escupía por su boca, fuera de día o de noche, detestaba particularmente: Pedro Ernesto Gironés. Si la mala raza se pesara, los pocos kilos de este fusilero se habrían más que centuplicado. Soberbio, mal educado, borrachín, agresivo y pendenciero para con

los débiles, embustero... ¡ Allá donde se desatara alguna disputa o desacuerdo, allá estaba Pedro Ernesto Gironés ! Su cara cuadrada, sus ojos de mirar envidioso, y una boca siempre venenosa, fustigaban constantemente la moral de sus compañeros. Como sucedía con Castro, casi más que con aquél, ninguno lo apreciaba y la mayoría lo soportaba. Dos o tres noches había sido sorprendido en un mal cumplimiento de su turno de "escucha", que unido a su reincidencia en otras numerosas faltas, hacían que la cocina y el trabajo extra en las trincheras conocieran mucho de su existencia. Irritable y derrotista, fastidiaba a los camaradas con las peores insidias y murmuraciones. ¡ Cómo lo detestaba !

- ¡ Somos unos desgraciados burros de carga ! ¡ El día que menos lo pensemos, los morárganos nos van a dar por el culo ! - se quejaba con infinita frecuencia.

La duración de los servicios, la buena o mala calidad de las comidas, la torturante soledad de las trincheras, el trabajo de pico y pala..., ¡ nada se salvaba de sus destructivas críticas, cuando los mandos no estaban cerca !

- ¡ De aquí vamos a ir al infierno ! ¡ La puta madre que los trajo al mundo !... - exclamaba colérico, si las cosas no salían según su interés y conveniencia.

La gran mayoría de los defensores sufría con ánimo y templanza las carencias y dificultades por las que atravesaban cada día en la "254", pues era de hombres el resistir tales inconvenientes.

Pero no sólo Canito era el único que levantaba la moral de los fusileros con sus canciones, pues también estaba Miguel Edo, uno de los cargadores de cañones sin retroceso, cuya simpatía y buen humor les hacía olvidar el lugar al cual habían ido a parar con sus huesos ; y José Cuesta, el enfermero nacido en Cartagena, que, con cientos de chistes y chirigotas, llenaba muchas horas en las esperadas reuniones de los sábados y domingos, días en que los horarios y mandos se tornaban más humanos y sensibles. Tampoco faltaban las batallitas del sargento Amancio, -¡ fenomenales! -, sufridas por él durante la guerra civil española. Tan duras e impresionantes parecían que a su lado los sucesos en la "254" se podían considerar como verdadera jauja. En su opinión, solamente eran necesarias unas cuantas chavalas para que aquel inhóspito paraje se convirtiera en un verdadero paraíso. ¡ Se lo regalaban!...

Sin duda, las carencias que más echaban de menos todos los defensores eran la falta de una modesta luz por las noches y una

fresca ducha a media mañana. ¡ Qué fantástico hubiera sido el disponer de ambas cosas !

Particularmente, a él le encantaba recibir correspondencia, y aunque sólo tenía modestos conocimientos de la escritura, se pasaba largas horas practicándola para sus padres y sus dos más íntimos amigos, Chimet y Cuco. Recordaba con nostalgia a Elisa, una de las chicas de la pandilla por la que se sentía un poco "colado", pero a quien no se había atrevido a pedir su dirección para escribirle, por miedo a que ésta le rechazara. La recepción de una carta era como recibir un hermoso tesoro. Cuando junto a la cantina se procedía a la distribución del correo, su corazón se sobresaltaba al oír pronunciar su nombre, por desgracia no escuchado tan a menudo como él hubiera deseado. En aquellos dos meses y medio pudo reunir unas ocho de estas misivas, pocas desde luego, pero pronto recibiría un montón de ellas. Había escrito a varias chicas que se ofrecían en algunas revistas para ser "madrinas de guerra" de los expedicionarios africanos, y no tardaría mucho en ser contestado. Estaba ansioso por saber lo que le dirían. ¡ Sería estupendo !

La lectura de libros y novelas no le entusiasmaba demasiado, lo contrario que ocurría con su cabo Esteban, y prefería leer una y otra vez las cartas que le mandaban. Le hacía sufrir el recuerdo de su madre y no podía apartar de su mente la imagen que de ella llevaba grabada en su pecho desde el día de la despedida de Castellón. Se daba perfecta cuenta de que su forma de ver el mundo, su personalidad y carácter se transformaban vertiginosamente y que ya no pensaba igual que cuatro o cinco meses atrás. Estaba dejando de ser un niño para convertirse en un hombre.

No se sentía inseguro en la "254" y comprendía que alguien debía estar allí, habiéndole tocado a él esa negra suerte. Peor parte habían recibido los paracaidistas, los "tiradores", los legionarios y el Soria 9.

No, no consentiría que los despreciables comentarios de Gironés hicieran mella en su ánimo, que es lo que seguramente buscaba este individuo. Es verdad que se hacía casi insoportable el aguantar las tensas horas de "escucha" de cada noche, viendo o creyendo ver siniestras y amenazadoras sombras por todas partes ; también el no poder evitar pensar en si algún día regresaría junto a su familia o si se quedaría allí para siempre. Pero no podía

dejarse desanimar por nadie y debía mostrarse lleno de buen espíritu y coraje, como sucedía con sus compañeros de escuadra, quienes, ¿ lo disimulaban ?, aparentaban buen talante la mayoría de las veces. Él, como decía Gironés de sí mismo, ¡ también tenía un par de cojones !...

Ensimismado en sus pensamientos, Quiquet casi no se apercibió de que ya se acercaba la patrulla de relevo y enlace. Justamente el cabo Sánchez iba al mando de ella, y, al llegar a la altura de su hoyo, le dijo en voz baja :

- Vamos, picha, es la hora...

Quiquet, con los huesos un poco entumecidos por la forzada postura mantenida durante las tres horas del servicio, sin articular ninguna palabra, plegó la manta con la cual se había estado abrigando mientras permanecía en el pozo y se incorporó a las cuatro siluetas que componían la patrulla. El entrante, Jeremías, tapado con uno de los tabardos heredados de los legionarios, hizo un gesto con la mano y pasó a ocupar el puesto dejado por el villarrealense.

Un día más sin que ninguna desagradable incidencia hubiera ocurrido, y este "éxito" le llenaba de completa satisfacción. Pronto se cumplirían los tres meses de estancia en la "254" y, según los comentarios más generalizados, el Batallón Tetuán sería relevado por otra Unidad de segunda línea, para que los de La Plana pudieran descansar unos días en Sidi-Ifni, antes de, en rotación, ocupar nuevas zonas defensivas. Si tales rumores se confirmaban, todos los "tetuaníes", sin excepción, recibirían una grata alegría. Las posiciones, ocupadas durante tanto tiempo ininterrumpido, empezaban a convertirse en verdaderos y peligrosos monstruos para muchos de sus defensores...

El 23 de Septiembre, Durán, acompañado por Esteban, y requerido telefónicamente por el jefe de la sección de ametralladoras, el teniente Castejón, se dirigió al Puesto de Mando del Batallón, situado a dos kilómetros más a retaguardia, a fin de retirar del Centro de Resistencia las piezas de repuesto de la máquina que había sufrido diversas averías en las prácticas reglamentarias de tiro. Era la primera vez, en casi tres meses, que abandonaban las alambradas de la posición defensiva, y aunque sólo fuera para acercarse al Puesto de Mando del Batallón, ese día

les pareció algo más especial que de costumbre. No conocían cómo se desarrollaba la vida en el corazón del Centro de Resistencia, y aquella mañana tendrían oportunidad de poner los pies en su interior y, más que seguro, de saludar a gente conocida.

Poco menos de veinticinco minutos tardaron en llegar a la zona ocupada por la Plana Mayor del Batallón, utilizando la mayoría de esos minutos el pequeño sendero empleado por la burra de suministro de la "254" en sus frecuentes idas y venidas al Punto de Apoyo y al Puesto de Mando.

Lo primero que les llamó la atención, ya próximos al cerebro del área defensiva del Norte, fueron los dos asentamientos de morteros de 81 milímetros emplazados al este y al oeste de las alambradas, perfectamente disimulados en unas pequeñas vaguadas cercanas a los obstáculos pasivos que rodeaban a todo aquel centro de mando y apoyo, convenientemente enmascarados con redes y ramajes, e inmediatos a unas zanjias de ocultación de hombres, materiales y municiones. Junto a uno de estos morteros, y con manifiesta alegría por parte de Durán, pudieron descubrir al sargento Muñoz, que conversaba con un grupo de sirvientes de tales armas. Varios rostros conocidos a los que no veían desde que se instalaron en el elemento de resistencia de la Primera Compañía de fusileros aparecieron ante ellos.

Unos pocos metros de desvío les bastaron para llegar hasta la pieza de morteros en la que se encontraba el enemigo número uno de Castro, quien, al verlos aparecer, exclamó con simpatía :

- ¡Hombre, los de ametralladoras! ¿Qué es de vuestra vida?...

Durán y Esteban se cuadraron y saludaron militarmente a su superior con la sonrisa en los labios.

- Hemos venido a recoger unas piezas de repuesto- dijo Durán, estrechando la mano que amistosamente le tendía el suboficial de morteros, y saludando con un " ¡ Hola !, ¿ cómo estáis ?... " al resto de los compañeros. Esteban, por su parte, estrechó la mano de los presentes, recibiendo el abrazo entrañable de algunos de sus camaradas, especialmente ligados a él en la época de reclutas.

- ¿ Cómo os trata la Primera Compañía ? - preguntó el sargento Muñoz con su habitual campechanería.

- Muy bien - contestó Durán -. Estamos de maravilla, dentro de las dificultades propias de encontrarnos en defensiva. ¿Y ustedes? ¿ Cómo les tratan los "peces" gordos ?

- Bien, bien. Aquí todo va sobre ruedas.

Los recién llegados se interesaron a continuación por conocer cómo les iba la vida a otros miembros de la Compañía, y, tras breves minutos de animada conversación, se despidieron del sargento y sus acompañantes para entrar en la extensa zona de alambradas del Puesto de Mando.

Como Esteban no había visto nunca un Puesto de Mando de Batallón - sí de Compañía - se fijó con curiosidad en todo lo que iba encontrando a su paso, según atravesaban las alambradas por una puerta de acceso perfectamente disimulada, lugar donde eran controlados tanto los vehículos como las personas.

Lo primero que pudo observar el de Onda fue la existencia de tres grandes antenas de radio y diez o doce vehículos que estaban aparcados en la pequeña explanada que había que salvar antes de entrar en el área de coordinación del Norte. Un sendero con pretensiones de carretera, que serpenteaba por algunas de las laderas de las cercanas elevaciones, moría en la barrera de hierros y alambres de espino que, obligadamente, había que traspasar para poder acceder al interior del Puesto de Mando. Dos asentamientos de cañones de 75 milímetros, que cerraban intervalos de Compañías, bien contruidos y disimulados, y otros de armas colectivas medias (morteros de 81 m/m, lanzagranadas y ametralladoras), así como varios puestos de tiro y "escucha" de fusileros, constituían el esqueleto de apoyo y defensa inmediata del Puesto de Mando del Centro de Resistencia, que pudo ir viendo Esteban, mientras avanzaban sin demasiada prisa por su interior. Había diversas construcciones de adobe y alguna que otra tienda de campaña, y por todas partes se veían letreros que informaban sobre lugares, mandos, prohibiciones, ect. : "Botiquín", "Ayudante", "Combustible", "Jefe de Bón.", "Polvorín", "Cantina", "letrinas"... Las trincheras casi brillaban por su ausencia -lógico, pensó Esteban, porque los puestos de mando generalmente ni atacan ni defienden, dirigen y coordinan-, aunque podían observarse unos cuantos ramales interiores, cerca de las alambradas, en la parte más avanzada de la posición, contruidos allí probablemente para la colocación de "escuchas", observadores y evitar sorpresas.

Con anterioridad, al llegar a las alambradas, y tras ser ambos compañeros identificados por el centinela de turno (estaba de servicio el delineante de la plana mayor de la Compañía de Armas Pesadas, conocido por tanto de Durán y Esteban), los dos de

ametralladoras habían sido informados de la presencia en el Centro de Resistencia del teniente Castejón.

Durán, llegados al lugar indicado por Monferrer, que era un "huevo" semisubterráneo donde había un letrero atado a una piqueta que anunciaba "Oficiales", y en tanto Esteban se quedaba aguardando a pocos metros de distancia, pidió permiso para acceder al interior del recinto.

La voz del teniente Castejón le invitó a entrar con un escueto " ¡ Pasa, Durán ! "

- ¡ A la orden de usted, mi teniente ! - saludó el jefe del pelotón de ametralladoras, cuadrándose ante su superior con la marcialidad que en él era habitual.

El oficial le tendió la mano (hacía doce o trece días que no veía al responsable de las dos ametralladoras que tenía destacadas en la "254", justo desde la visita de inspección realizada a dicha posición en la primera decena de ese mes) y tras darle la bienvenida y hacerle varias preguntas relacionadas con sus obligaciones, e interesarse asimismo por la marcha de sus hombres y armas cerca del teniente Castresana, le invitó a que se sentara en una de las sillas plegables del habitáculo.

No habían transcurrido más de tres o cuatro minutos de la llegada de Durán cuando entraron en la pequeña estancia el mando de la Compañía y el teniente López González.

- ¿ Qué hay, Durán, cómo te va la vida ?- se interesó el capitán Oliver, al descubrir al acompañante del teniente Castejón, de quien poco o nada sabía desde muchos días antes -. La última vez que lo tuvo a su presencia fue en la visita realizada a la "254", acompañando al comandante Arpón (el jefe del Batallón) junto con el capitán Salvador (Ayudante), el capitán Rojas (cabeza visible de la Compañía de fusileros que iban a revistar), y el teniente Peña, jefe de los morteros medios.

Durán se alegró sinceramente de ver al responsable de su Unidad y al teniente de cañones sin retroceso, a los cuales, como todo el mundo de Armas Pesadas, respetaba y apreciaba como cosa propia.

Con indisimulada satisfacción estrechó la mano de los dos oficiales, no olvidando exteriorizar en ningún momento las consabidas muestras de subordinación y disciplina.

Tras responder a nuevas preguntas del capitán y de los tenientes, y recibidas las pequeñas piezas de repuesto con destino

a la ametralladora de Sánchez, así como un sobre cerrado para entregar en mano al teniente Castresana, Durán, autorizado por el jefe de su Compañía, abandonó el alojamiento de oficiales y, tras saludar a otros sargentos y cabos primeros jefes de pelotón del Centro de Resistencia, inició el regreso al área defensiva de su sección de agregación, acompañado siempre por el cabo Esteban.

.....

Nebot encogió las piernas, acomodó la cabeza entre sus manos y se abrigó cuanto pudo debajo de su manta. Las primeras luces de la mañana entraban ya en el alojamiento de la escuadra a través de la poco tupida cortina de sacos terreros, y pronto se escucharía el inevitable toque de diana. Después del susto de la "general" de horas antes, al primer proveedor de la ametralladora media se le había atragantado el maldito "turuta". Esteban y Quiquet dormían en santo y pacífico sueño, y Tonet cumplía con su turno de "escucha" a escasos metros de las alambradas, delante del arma colectiva. El burrianense, tras dudarlo unos instantes, alargó un brazo, cogió el paquete de tabaco americano que tenía a su costado derecho, en el suelo, y encendió un cigarrillo. Aunque nunca antes había fumado (siempre puso buen cuidado en rechazar el tabaco que le ofrecían), desde hacía tres o cuatro semanas se había aficionado a saborear uno de aquellos pitillos que tan agradable relajamiento le proporcionaban. Succionó con gran deleite de la punta del cigarrillo y exhaló a continuación una gran bocanada de humo. Los primeros días, sus ojos y garganta no habrían podido soportar aquella enorme cantidad de humo; ahora, en cambio, no sólo lo soportaban sin inmutarse, sino que incluso lo agradecían. Afortunadamente, el precio del tabaco rubio americano en el territorio resultaba muy económico, y no suponía, por tanto, un excesivo gasto para su bolsillo.

El corazón y el pensamiento de Nebot, sin que su voluntad pudiera evitarlo, volaron con fuerza hacia Burriana, y antiguos recuerdos y nostalgias acudieron a su mente...

De nuevo se vió inmerso en sus días de adolescencia, terriblemente enamorado de Mari Carmen, y otra vez volvió a sentir la desazón que entonces le produjeron las continuas calabazas de

su amada. Él, que desde que vestía pantalón corto iba buscando el hacerla su chica, se vió obligado, sin embargo, a aguantar muchos desplantes y negativas, hasta que, por fin, consiguió que ella le diera su sí definitivo. Ciertó es que disponía de poca fortuna para ofrecerle, ni siquiera dominaba un mal oficio, pero tenía mucho apego al trabajo y estaba seguro de que, con él, nunca le faltaría de nada. Los padres de Mari Carmen eran gentes de muchas tierras, y sabía que su humilde persona no era precisamente el modelo de bienestar que éstos deseaban para la más pequeña de sus dos hijas. Le había costado incluso hasta humillaciones el conseguir el amor de su novia, pero ahora se sentía inmensamente feliz al saber que aquella preciosa mujer era ya suya. ¡ Casi se volvía loco de amor cada vez que la estrechaba entre sus brazos !, pero siempre la respetaba. ¡ Cuántos esfuerzos para lograrlo ! ¡ Era y es tan hermosa ! ¡ Tiene un cuerpo tan maravilloso !...

Las calles de su Burriana querida sabían mucho de sus juveniles andanzas. Sus amigos de toda la vida le dispensaban un fraternal afecto, y su opinión entre ellos era siempre muy valorada, a pesar de la pobreza en la que se desenvolvía.

La vida no había sido nunca fácil para él, y a los once años ya ayudaba a mantener la modesta economía de su familia, participando en cualquiera de los mil y un trabajillos que surgieran. Su padre, hombre nada conocedor de letras ni de profesión alguna, era, no obstante, persona honrada y trabajadora, al que sólo se le podía achacar un defecto : le gustaba demasiado el vino y la taberna; su madre, que jamás decía una palabra más alta que la otra, se dedicaba a realizar modestos trabajos de limpieza en varias casas del pueblo, lo que la mantenía continuamente ocupada; ayudándole estas pequeñas ganancias a sacar adelante a toda su numerosa prole. Como su padre no siempre trabajaba, y el vino resultaba bastante caro para las disponibilidades dinerarias de la casa, él, que era el mayor de los cinco hijos del matrimonio, debía avivar mucho el ingenio para aportar su necesario granito de arena. Muchos días de invierno, con frío, viento y agua, tuvo que hacer grandes esfuerzos para que otros "collidores" de más edad que la suya no descubrieran las lágrimas que, rebeldes, luchaban por inundar sus mejillas...

Nebot notó que sus ojos se humedecían y, ligeramente afectado, encendió otro cigarrillo. Lanzó una nueva bocanada de humo... No quería seguir pensando en tiempos pasados, ¿ para qué ? Tenía

mucho futuro por delante y no deseaba recordar cosas que le entristecieran. ¡ Malditas las trincheras que le convertían a uno en un tonto sensiblero ! Antes de llegar al territorio jamás le venían a la mente aquellos pensamientos; ahora le visitaban con excesiva frecuencia. ¡ En cuanto bajaran a Sidi-Ifni se iba a pegar dos días seguidos de juerga ! ¡ Ya lo creo ! Si los comentarios no fallaban, tan sólo les quedaba media semana de estancia en la posición defensiva. ¿ Serían ciertos los rumores ?...

Nebot creía haber hecho su última cocina en la "254", pero a causa del deplorable estado sanitario en que se encontraban las manos de Rodríguez Melgarejo -el cargador de morteros-, que era a quien verdaderamente correspondía este servicio, tuvo que ocupar su puesto nada más finalizar el desayuno.

Muchos preferían desempeñar la ingrata labor de pelar patatas y limpiar perolas, antes que realizar los trabajos de mejora o nueva construcción de trincheras; sin embargo, a él se le hacía bastante insoportable el deambular tantas horas seguidas por la cocina, y se encontraba más a gusto colocando explosivos en los ramales o en los pozos, intentando eliminar el engorroso estorbo de alguna endemoniada piedra, o echando una mano al camarada que pasaba dificultades y apuros en el manejo del pico y la pala.

Hasta cerca de las seis de la tarde había estado el de Burriana realizando pequeños menesteres culinarios junto a Martorell, Juanjo Fernández y Dionisio (también le habían reclamado para colocar y explosionar un par de petardos), y todo había marchado sobre ruedas. Sus compañeros de servicio eran buena gente (tal vez un poco loco el Dionisio) y el trabajo de pelar patatas, limpiar perolas o cumplir las órdenes del cabo Pedralba - ¡ se creía un coronel ! - no había sido más complicado que otras veces.

Martorell, muy racanillo y hablador, siempre con su eterno : " Yo paso de...", hasta el momento no había hecho enfurecer demasiado al sargento Amancio.

Juanjo Fernández, el filósofo de la Primera Compañía, escribiente regimental antes de la partida hacia Ifni, fiel cumplidor de sus obligaciones, hombre de intachable conducta y amistoso trato para con todo el mundo, había pasado el día sin, como de costumbre, hacer notar más de lo necesario su presencia. Su ligero deje o dificultad en la pronunciación de las palabras

hacía inconfundible el sonido de su voz, contrariedad que éste lograba salvar, gracias al interés con el que generalmente era escuchado por sus interlocutores; pues jamás decía cosa alguna que no tuviera pies y cabeza, o no fuera exacta y verdadera. Todo el mundo le respetaba y bastantes pensaban de él que llegaría a ser persona importante en el futuro. Igual que Esteban, poseía también una extensa cultura y destacaba notablemente de entre los demás compañeros, siendo, como el jefe de la ametralladora, muy aficionado a la buena lectura. Algunos, los más ignorantes, pensaban de Juanjo que estaba más loco que un cencerro, cosa que, generalmente, y por desgracia, suele pensarse de aquellos que, por su natural valer e inteligencia, sobresalen de la abundante mediocridad del conjunto; pero, ciertamente, no era de aquel pie del que cojeaba el antiguo escribiente.

El Loqueras, Loquillo, o el Pájaro Loco, amistosos apodos con los que era conocido el Dionisio, siempre de coña y de charanga, se había pasado todo el día dando la tabarra a sus camaradas y, especialmente, "tocando las pelotas" a Pedralba; por lo que el cabo de cocina estaba de él hasta las mismísimas narices y deseando que llegara la hora de la cena para perderlo de vista. Como Dionisio no se burlaba de nadie con mala uva - ¡ sólo era un palizas ! - , pocos lo tomaban en serio.

El semblante grave y reservado de Juanjo, del cual sobresalían unas gafas plateadas de miope, contrastaba fuertemente con el rostro mordaz y dicharachero de Loquillo, lo que venía a hacerse más patente todavía, cuando ambos, por cualquier circunstancia que fuera, se encontraban juntos de charla con otros compañeros.

Nebot, al igual que el resto de su escuadra y pelotón, había congeniado mucho con aquellos fusileros - bastante menos con Martorell - y consideraba a los tres como si fueran de su propia Unidad, estando verdaderamente satisfecho de haber compartido con ellos los cerca de tres meses que ya llevaban en las trincheras.

Sentados alrededor de una de las perolas que se utilizaban para confeccionar los guisos del primer plato, los cuatro soldados designados para el servicio de cocina de ese día mondaban las patatas que el ranchero García les había preparado para la cena, cena que consistía aquella noche, como muchas otras veces, en el muy sano hervido valenciano y la típica tortilla española.

Era la tranquila y genuina estampa cuartelera que se podía observar en cualquier zona de cocinas, de cualquier

acuartelamiento de España ..., ¡ hasta que llegó Gironés !

Su presentación y saludos fueron los de costumbre :

- ¡ Aquí me tenéis, cabroncetes ! ¡ Vengo a echaros una jodida mano, que ojalá pudiera ser al cuello !...

La presencia de aquel individuo por la cocina, aun esperada por casi todos los reunidos - ¡ siempre estaba arrestado a la hora de finalizar la jornada ! -, no sentó muy bien a más de uno...

El Sapo, Serpiente, o Babosa, "afectuosos" nombres comunes con los que era conocido el recién llegado, originó división de opiniones entre los presentes.

Pedralba se echó a temblar de cabreo...

-¡ No me vengas armando camorra, Sapo. Siéntate ahí con esos y mantén tu boca cerrada !... ¿ Lo tienes claro, o no ?

El aludido refunfuñó, hizo un gesto despectivo, pero finalmente cogió uno de los cuchillos que había encima de una mesa cercana a los trébedes y se dirigió, de mala gana, a donde los demás pelaban pacientemente las patatas.

- ¡ Mueve el culo, capullo !- espetó al Loqueras, al llegar junto a sus camaradas, a la vez que daba al de cocina un pequeño empujón para que le dejara sentarse a su lado, en el banquillo que ocupaba frente a sus compañeros, teniendo en medio de ellos la perola a la que iban a parar las patatas, ya mondadas.

- ¡ Macho, ya te han "endiñao" otro "palo" ! - dijo burlón el Dionisio - ¡ Eres el rey de los arrestos !

Gironés no contestó a las palabras de Loquillo : se limitó a lanzarle una de sus retorcidas miradas...

- ¡ Eres un cachondo mental, Sapo ! - intervino igual de zumbón Martorell - ¡ Siempre estás metido en todos los follones !

- ¿ Y a tí que leches te importa ? -cortó amenazador Gironés- ¡ Ten cuidado con el pico y sigue pelando patatas !

Nebot y Juanjo no despegaron la boca. Se notaba en ellos que aquel sujeto no era precisamente persona con la que congeniaran demasiado. Si bien el rostro del "filósofo" no dio muestras de animadversión hacia el tipejo que les acababa de llegar, el de Nebot, en cambio, sí pareció irritarse bastante.

- ¿ Quién te ha metido el "paquete" esta vez ? - preguntó chancero el Dionisio, que no se callaba nunca aunque lo mataran.

- ¡ Y a tí que cojones te importa, mamón ! Hay mucho cabrón suelto por el mundo y cualquier baboso ha podido ser el que me ha tocado las bolas. ¿ Quieres tocármelas tú también ?...

Pedralba, que no quería discusiones en sus dominios, se acercó para advertir nuevamente al arrestado:

- ¡ No me vengas armando jaleos, Gironés ! ¡ Ya te he dicho que mantengas tu boca cerrada, y pela patatas hasta que te salgan por las orejas !

- No empieces a meterte conmigo, cabo. Déjame en paz, ¿quieres?

- Pues a callar y a pelar.

Gironés lanzó una mirada asesina a Pedralba, pero bajó la vista y agarró con rabia una de las muchas patatas que se amontonaban en el suelo. ¡ Si no fuera por los galones de cabo, y porque estaba en la mili, aquel piojoso, aquel mamón, se iba a enterar !... ¡ Nadie podía quitarle el derecho a hablar lo que le diera la gana, ¿ qué se había creído él ?

Llegó el sargento Amancio a la cocina...

- ¿ Hay problemas, cabo ?

-No, mi sargento.

- ¿ Dónde están los rancheros ?

- Como hasta las seis y media no tienen que hacer la cena, les he dado permiso para que se vayan un rato a la cantina.

- Bien; pero ya es tarde. Ve y diles que vengan.

El cabo, sin poner objeción a lo ordenado, salió de la cocina y se dirigió hacia la cantina, en tanto el sargento, después de asegurarse de que todo marchaba perfectamente por aquellos alrededores, y de que la hora de iniciar la preparación de la segunda comida era la adecuada, abandonó momentáneamente el lugar. Antes se aproximó hasta donde estaban los que pelaban las patatas y comprobó que el carota y sinvergüenza de Gironés se había presentado en la cocina para cumplir el primero de los tres días de arresto que le había impuesto su compañero, el sargento Fernández, ¡ por maltrato de material ! ¡ El muy cretino había roto intencionadamente el mango de uno de los mejores picos de la posición ! ¡ Si lo hubiera tenido a su alcance...!

- Dame un cigarro, Nebot - pidió Gironés al proveedor de ametralladoras, nada más ver que el sargento abandonaba la cocina.

El aludido vaciló unos instantes, pero finalmente sacó el paquete de tabaco del bolsillo de su camisa y se lo alargó a su compañero sin decir nada; éste, tras coger uno de los cigarrillos del interior de la cajetilla (estuvo a punto de sacar otro más para guardárselo, pero lo pensó mejor y desistió de su empeño), se la devolvió a su camarada con un seco y nada amable "gracias".

- ¡ A ver si te compras tabaco de una puta vez, Sapo !
¡ Siempre estás en plan "gorrón" ! - soltó Loquillo, pinchón.

- ¡ Vete a la gran mierda, pavo ! ¡ Y ráscame aquí abajo !

El Loqueras soltó una carcajada y, como si le hubiera dado un repentino ataque de epilepsia, se puso a imitar con gran ruido al pájaro loco... ¡ Estaba como una cabra !

Tras sus frenéticos graznidos, y con más puya todavía, siguió el Loquillo en sus trece :

- ¡ Que te rasque la burra, que para eso es la "tía" con la que te acuestas todas las noches ! ¡ Mírala qué cachonda está ! - dijo señalando al pobre animal, que en aquellos instantes se encontraba mordisqueando, apaciblemente tumbado en el suelo, atado a una piqueta de hierro que había clavada cerca de la cocina.

- ¡ Coño, basta ya ! No seáis guarros y dejad a la burra en paz - intervino Martorell con estruendosa risotada -. ¡ Bastante tiene la pobre con estar todo el día de un lado para otro y encima tener que aguantar nuestras payasadas !

- Y tú, ¿ no sueltas uno de tus finos discursos ? ¿ No dices ninguna de tus muchas pijadas ? - preguntó Gironés en tono despectivo y guasón al silencioso Juanjo - ¡ Dí algo, hombre ! ¿ Qué te cuentas, mierdecilla ?

- ¿ Y qué quieres que diga ? - respondió sin alterarse el "filósofo" - Cuando uno no tiene nada que decir lo mejor que puede hacer es permanecer con la boca cerrada, escuchando a los demás...

- ¡ No empieces con tus jodidos discursos, capullo ! - cortó ofensivo Gironés -. Los tipos como tú dais la sensación de no haber roto nunca un plato, y sois unos zorros de mucha labia y poco fiar. ¡ Si lo sabré yo !...

Juanjo pareció molestarse un poco, pero supo mantener en todo momento su sangre fría y buenas maneras.

- No quiero discutir contigo, Gironés -le cortó resolutivo, pero sin dar tono beligerante a sus palabras, pues no deseaba enfrentarse inútilmente a aquel carroñero, y que pudiera, por tal motivo, amargarle el resto de la tarde. Parecía que ese día el Sapo estaba más pacífico que de costumbre, y no quería, por tanto, darle ocasión para que sacara a relucir todo su desagradable carácter, que era mucho. Procuraría que esto no sucediera.

Olvidándose de Gironés, Juanjo preguntó a Nebot :

- ¿ Tenéis alguna noticia en Armas Pesadas sobre el relevo ?

El de Burriana, al que ya habían empezado a hinchársele las

venas del cuello por culpa del repugnante Gironés --¡ mala señal !-, contestó :

- No, ninguna. Espero que, de acuerdo con "radio macuto", no tarden más de dos o tres días en relevarnos. Veremos...

El Sapo soltó varias de sus venenosas parrafadas :

- ¡ Estos cabrones nos van a tener en la "254" hasta que nos pudramos ! ¡ No somos más que unos gusanos para ellos ! ¡ No sé como aguantamos todo esto ! ¡ La...

Nebot no quiso que las palabras de Gironés fueran a mayores. Fue tajante :

- ¡ Calla ya, Gironés, y no digas más chorradas ! ¿ Quieres ?...

Martorell y Dionisio se echaron a reír estrepitosamente, haciendo acto seguido jocosos y ácidos comentarios en contra del Sapo, con la clara intención de irritar más todavía el siempre amargado espíritu de su compañero. Juanjo, prudente, intentó llevar la conversación por otros derroteros, dado que veía peligrar la buena armonía que había reinado en la cocina durante toda la tarde, y conociendo como conocía el poco aguante de Nebot, la retorcida inclinación de Martorell y Loquillo por sacar de quicio a todo el mundo, y la mala... ¡ la muy mala leche de Gironés !

La aparición del cabo de cocina y de los rancheros no pudo ser más oportuna. Las aguas, aunque un poco turbias, volvieron de nuevo a su cauce, y ya, afortunadamente, Nebot pudo hacerse dueño absoluto de su puntilloso genio. Verdad es que Juanjo tuvo que intervenir en un par de ocasiones más con su moderación y sensatez, hasta que finalizó el servicio a las diez de la noche; pues de no haberlo hecho así, el de ametralladoras habría cogido por el pescuezo a la víbora de Gironés para estrellarlo contra las perolas.

Juanjo no tuvo la menor duda de que, gracias a la presencia del de Burriana, el Sapo les complicó mucho menos su servicio de cocina.

Para Nebot, aun con la desagradable compañía del Sapo, aquella tarde fue una más de las muchas que ya llevaba cumplidas en la "254". Muy pronto podría pasear por las calles de la capital ifneña y, como él decía, pegarse un par de días de juerga en cualquiera de sus locales de recreo...

V I I

Tonet, sentado en la caja del camión que le transportaba a Sidi-Ifni (la mayoría del Batallón marchaba a pie), incómodamente aprisionado entre sus compañeros, con la barbilla apoyada sobre la manta de su mochila, miró pensativo y por última vez las trincheras de la "254"...

El 7 de Octubre de 1958 significaba la conclusión de su permanencia en aquella posición defensiva. Por fin había llegado el ansiado relevo y el Batallón marchaba en busca de un bien merecido descanso. No pudo evitar, sin embargo, sentir una cierta tristeza. Seguro que no echaría de menos la dureza y privaciones de aquellos largos meses pasados en el elemento de resistencia, pero sí añoraría, en cambio, los entrañables ratos vividos junto a sus camaradas de pelotón. La sincera amistad nacida del intenso trato mantenido con algunos de ellos, estaba convencido, duraría toda su vida. Había podido comprobar cómo cambiaban las personas, según las circunstancias por las que éstas atravesaran. Compañeros que al principio de conocerlos no fueron objeto de su especial estima, se distinguían ahora, con más profundo conocimiento de su personalidad y carácter, entre sus mejores amigos. Esteban, por ejemplo, cuya nada "triumfal" incorporación a la escuadra creó en él una indisimulada antipatía, poseía en esos momentos su mayor consideración y respeto. Podía decir, sin temor a equivocarse, que los malos instantes soportados en la "254" le habían dado como recompensa a aquel excelente amigo y compañero. Desinteresado en su conducta y generoso con sus pertenencias (los paquetes de víveres recibidos desde Onda sirvieron para que toda la escuadra pudiera disponer de una pequeña ayuda alimenticia durante muchas de las tardes pasadas en la posición defensiva), Esteban jamás se ufanaba de la próspera economía de sus padres o de estar en posesión de un importante bachillerato, atesorando unas virtudes

personales tan notables que, al descubrirlas en una relación más estrecha, impulsaba a quien así lo trataba a formar parte de sus amigos más próximos. Para Quiquet, el cabo se había convertido en norte y guía de todas sus actuaciones, máxime desde que consiguiera que éste le redactara varias cartas para sus distintas "madrinas de guerra". Nebot, cuya paciencia y genio tenían corto límite, había aprendido, al menos en parte, y gracias a los consejos de su cabo, a dominar sus impulsos, sin variar en lo fundamental su manera de ser; y cuando alguna vez coincidían, contra su voluntad por supuesto, con Gironés u otro individuo de parecida mala catadura, procuraba salirse lo menos posible del tablero. Efectivamente, Esteban poseía ese "algo" que pocas personas atesoran, y cuya posesión le hacía conseguir, con poco esfuerzo de su parte, ser altamente apreciado por quienes le rodeaban. ¡Qué gran compañero!

Durán, el jefe del pelotón, aunque con trato menos directo, también había confirmado sus primeras impresiones de Montaña Negra. Más famélico e introvertido cada día, nunca daba órdenes o recomendaciones que pudieran complicar la vida de sus hombres. Ni siquiera en su dieciocho cumpleaños, ya instalados en la "254", se le pudo ver esbozar más de una sonrisa. No era seco ni cortante en su trato, pero sí de una acusada meticulosidad en las obligaciones que no facilitaba demasiado el intimar con él más de lo preciso. Cuando, rara vez, participaba Durán con el pelotón en alguna pequeña "juerguecilla", más obligado por ser su jefe que por puro deseo personal de estar en ella, procuraba situarse en un segundo plano, permaneciendo allí el tiempo mínimo indispensable para cumplir con la invitación de sus hombres, dejando así que éstos, más libres sin su presencia, pudieran dar rienda suelta a sus cantes y bailoteos. En los comentarios dentro de las dos escuadras, pocas veces salía a relucir su persona, lo que constituía señal inequívoca de que en el pelotón no existían problemas con su mando. Si alguna vez aparecían críticas o desacuerdos con sus órdenes, Pepe Nebot, Vicent y Quiquet, invariablemente, se convertían en sus más principales valedores.

De entre todos los acontecimientos vividos en la "254", el espíritu de abnegación y superación de Quiquet, el magnífico compañerismo demostrado por la escuadra de Sánchez, con Canito a la cabeza, y el buen trato recibido por parte de todo el personal de la sección de fusileros de la Primera Compañía, quedaban como recuerdos más sobresalientes de su paso por la posición defensiva

que en esos momentos abandonaba.

La corta edad y la personalidad aún por formar de su joven compañero Quiquet no habían sido obstáculos para que éste saliera triunfador de la dura prueba con la que acababa de enfrentarse. La estancia en primera línea debió de ser realmente dura para su compañero. Una sonrisa de sincera amistad apareció en los labios de Tonet, al recordar la imagen seriamente alterada de su camarada, agachado junto a las cajas de munición en el interior del asentamiento de la ametralladora, la noche del 19 de Julio. ¡ Tuvo un enorme corazón para aguantar aquel chaparrón ! No hubo en él ni un mal gesto ni una desagradable palabra que denotaran miedo o cobardía, pasada la natural impresión del primer instante.

Para Nebot, la experiencia de la "254" había sido otra cosa. Curtido en una vida personal de dura lucha, trabajador infatigable - ¡ uno de los mejores y más productivos hombres en el manejo de los explosivos y la construcción de trincheras ! -, había superado brillantemente su paso por la zona defensiva. Además de su ya conocida fortaleza física, su mente sana y despierta le permitía soportar, casi sin inmutarse, los cotidianos y duros quehaceres de las trincheras. Sólo cuando se le disparaba lo que algunos denominaban "mala leche", pero que para sus compañeros de escuadra únicamente se trataba de encendido genio, era cuando fácilmente se acordaba de todos los antepasados de quienes se atrevían a poner en tela de juicio su palabra. Por lo demás, el de Burriana no había pasado por mayores dificultades, excepto la conocida obsesión que padecía cuando se retrasaba alguna carta de su novia.

Con viaje molesto, pero relativamente corto, los expedicionarios de Armas Pesadas del Tetuán, todas las Compañías relevadas de sus posiciones, llegaron al campamento que habían ocupado al desembarcar en Sidi-Ifni. Dado que en dicho campamento había quedado una pequeña representación del Batallón para atender a las distintas necesidades de las Unidades, una de ellas la de mejoramiento de las instalaciones de la Base que de nuevo volvían a utilizar, casi todas sus dependencias presentaban ahora mejores condiciones de habitabilidad que al principio de ser ocupadas.

Los rostros de muchos compañeros a los que Tonet no veía desde que salieron en dirección a las líneas defensivas, fueron apareciendo ante él, conforme los bravos y duros "de a pie", iban llegando al campamento. Pocos ofrecían anchas sonrisas, y unas acusadas ojeras se podían observar en la mayoría de las demacradas

caras de los expedicionarios castellonenses. Innumerables abrazos y efusivos apretones de manos se sucedieron durante toda la mañana en distintos puntos de la explanada del campamento, pero la calidad de las risas y bromas de antaño, desgraciadamente, ya no era la misma.

Había cansancio y amplios indicios de no haberlo pasado nada bien durante aquel largo verano, prácticamente enterrados en las trincheras de la parte norte del territorio; sin embargo, una cosa llenaba a los "tetuaníes" de plena satisfacción : todos estaban allí, nadie faltaba al control rutinario.

Según los informes de "radio macuto", al Tetuán le aguardaba ahora un mes de descanso en el campamento. ¡ Un mes sin pico y pala ! ¡ Un mes de pueblo y duchas ! Los informes, por desgracia, resultaron ser una verdad a medias, y Tonet y sus compañeros así lo pudieron comprobar desde los primeros días posteriores al relevo. Cuando no se encontraban de guardia protegiendo los alrededores de la central eléctrica, reforzaban el servicio de seguridad del aeropuerto, de la telefónica, de la emisora de radio, del Cuartel General o del propio campamento; sin olvidar nunca, por supuesto, las patrullas callejeras de vigilancia o los servicios internos del Batallón; algunos se decían con pesar: "¡Vaya descanso...!" ; "¡ Menos da una piedra...!", decían otros.

Pero era absolutamente necesario que los expedicionarios de Castellón huyeran de la imperturbable soledad y monotonía de las trincheras, aunque sólo fuera por unos días y en aquellas condiciones, y eso lo sabía muy bien el Mando.

De nuevo las escasas calles de corte europeo y los barrios moros de Sidi-Ifni volvieron a ser recorridos, esta vez con verdadero entusiasmo, por los jóvenes castellonenses. Las pocas tardes libres disponibles eran aprovechadas al máximo por todos ellos para airear la mente y olvidar las tensas noches de duro servicio cumplido en los puestos de "escucha" de las posiciones.

Cada cual se lo montaba lo mejor que podía o sabía, sin molestar o meterse con el de al lado.

Mateo, por ejemplo, de Segorbe, se paseaba con Benito, de Murcia, por los jardines cercanos al Gobierno General, ambos siempre pensando en regresar pronto junto a sus familias ; Aparici y Fabregat, de Castellón, acudían a la misa que se celebraba a las siete de la tarde en la iglesia parroquial de Sidi-Ifni ; Pablo Doménech, de Almenara, rebajado de servicio por tener un brazo

escayolado a consecuencia de una infortunada caída en una trinchera, era autorizado por su capitán a salir de paseo y distraerse por el pueblo (el bravo de Doménech soportaba resignadamente su infortunio. ¡ Tuvo la mala pata de sufrir el accidente sólo pocos días antes de dejar las posiciones! Uno le dijo : "¡ Qué desgraciado eres ! ¡ Mira que joderte el brazo ahora que nos vamos !"), siendo el zoco el lugar que más frecuentaba con su brazo en cabestrillo.

También había otros tipos de distracciones. Beltrán, Agut y Monferrer gustaban de recorrer el barrio moro, situado más al Este, pues para ellos tenía un encanto especial, a pesar de lo humilde de sus construcciones ; en el cafetín de Ben Alí solían hacer "la parada del té", como decía Agut. El Tamadaba era sitio obligado de reunión para la mayoría de los legionarios, quienes no hacían demasiados ascos cuando algunos "pipis" o "pistolos" (los de Infantería) les obsequiaban con su, para ellos, cateta presencia; no sucediendo lo mismo si se trataba de "tiradores" de Ifni, con los cuales tenían ciertas diferencias a causa del campeonato de fútbol que se desarrollaba en la guarnición, y en el que participaban todas las Unidades de la Plaza. Cosa rara, y hasta el momento, en los tres partidos disputados por el Tetuán con distintos equipos no había ocurrido ningún incidente (por lo general siempre surgían pequeñas rencillas), más adelante...

Pero el lugar culminante de encuentro de toda la guarnición, el punto de reunión y cita más celebrado (según algunos rumores "protegido por el Ejército"), y que se llevaba la palma de la mano de entre todos los establecimientos de recreo y solaz del territorio, era, no podía ser de otra manera, el burdel de Sidi-Ifni.

Odiado por unos pocos y ensalzado por buena parte de la tropa, aquel antro o paraíso, según el color del cristal con el que cada uno lo mirara, hacía pasar, no cabía la menor duda, unos buenos ratos a quienes, ansiosos de tener cerca de sí a una mujer, acudían presurosos a sus dominios.

Tonet y sus compañeros de escuadra ya habían estado allí en un par de ocasiones a últimos de Junio, durante los primeros días de estancia en Sidi-Ifni; entonces tomaron una botella de cerveza, observaron el ajetreado ir y venir de algunas de sus meretrices, comprobaron que también los paisanos y algunos pocos árabes solicitaban los favores de las prostitutas, y se marcharon tras pagar las correspondientes consumiciones, sin dejar de hacer antes

los comentarios habituales: "¡ Qué buena está la Tere !"... "¡ Qué fantástica "pechuga" la de la Mari !"..."¡ Cómo empinan el codo los legionarios !"..."¡ Qué gracia la tía de las palanganas !"...

Si en los inicios del verano los servicios del burdel fueron escasamente solicitados por los expedicionarios castellonenses, tras la permanencia de éstos en las trincheras aumentó vertiginosamente la demanda. ¡ No daban abasto las prostitutas ! Unos llegaban por satisfacer su lujurioso deseo; otros, por aplacar la casi obsesiva necesidad que tenían de retozar con miembros del sexo femenino, y la mayoría de ellos por zambullirse en un mundo que les era totalmente nuevo y desconocido. El caso es que, desde las seis de la tarde hasta las diez de la noche, no se podía andar por el interior del burdel, totalmente abarrotado de legionarios, "tiradores" de Ifni, soldados expedicionarios, etc...

El prostíbulo se encontraba situado en un viejo caserón árabe, a unos cientos de metros del zoco y del "Tamadaba". Era un edificio de planta baja, de adobe reforzado, con un amplio patio interior de forma rectangular, que tenía adosadas a sus paredes siete u ocho puertas, de donde salían y entraban continuamente toda clase y color de uniformes. Un estrecho pasillo, entrando a la izquierda, desembocaba en un bar no muy espacioso, cuya barra era atendida por dos de las prostitutas, y donde resultaba muy difícil, a horas punta, ser adecuadamente atendido. Completaban toda aquella distribución cinco o seis bancos de mampostería, colocados no lejos de las puertas del patio, en los que, con más o menos paciencia, aguardaban sentados su turno posibles clientes, y un par de aseos generales. Ciertamente, los " servicios " se llevaban a cabo con tanta celeridad que no resultaba nada extraño oír gritar a la Carmen, de cuando en cuando, mientras vaciaba su palangana en medio del patio : "¡A ver quién hace el dieciocho!"... "¡Quién va a ser el veinticuatro!"...

Los sobados bancos, generalmente bastante ocupados, escuchaban inmovibles decenas de quejas, anécdotas y experiencias vividas en las trincheras por los defensores de Ifni. Como sucede siempre en estos casos, había putas más baratas y otras que resultaban inalcanzables para muchos bolsillos . Aquí tenían ventaja los legionarios sobre los "pipis".

Quienes frecuentaban el burdel sin llevar encima un mal duro se contentaban con husmear por sus rincones, limitándose a admirar - ¡ que ya era bastante ! - las generosas " pechugas " y ajustados

vaqueros de las rameras (¡qué palabra más desagradable!), especialmente de las encargadas de lo que llamaban "barra americana". Los que sí llevaban dinero, pero en principio no deseaban tener ningún "encuentro", terminaban por sucumbir a la tentación, salvo raras excepciones, dejando vacías sus carteras.

En la escuadra de Tonet, y sobre la idea e inclinación de visitar con más o menos asiduidad el famoso burdel, había disparidad de opiniones. Esteban, al igual que sus compañeros, lo visitaba de vez en cuando, sí, pero de ahí no pasaba jamás; Nebot y Tonet, ¿por qué no decirlo?, pronto hicieron sus pinitos; y Quiquet, ¡ ay el bueno de Quiquet !, ¡ Quiquet se encasquillaba ! Al pobre le venía un color y otro se le marchaba, cuando, siempre obligado por las circunstancias, tenía que hacer acto de presencia en aquel, según Jeremías, repelente antro. Lo rehúsa lo más que podía, aunque luego, por la noche, en el silencio y oscuridad de su litera, aforaba el poder seguir admirando el bien plantado busto de esta o aquella prostituta.

A últimos de Octubre se confirmó la continuidad del Tetuán en la retaguardia hasta nueva orden, lo que fue motivo de general alegría. Si en Navidad debía estar el Batallón de regreso en Castellón, ¡ poca trinchera les quedaba por pisar !

Los bulos y macutazos estaban a la orden del día : "¡ El barco ya tiene fecha para recogernos !" ; "¡ Dicen que el martes que viene estará el Monte Amboto en Ifni !" ; "¡ Nos van a licenciar antes, por haber estado en Africa !"...

A mediados de Noviembre, tras mes y pico de estancia en Sidi-Ifni, los rostros de muchos expedicionarios se habían recuperado. Se veían menos ojeras y las sonrisas eran más abiertas y expresivas. El Tetuán llevaba a cabo la vida típica de guarnición, aunque mucho más recargada de servicios. La escuadra de Esteban, que en esta ocasión, afortunadamente, no tenía que soportar la presencia del demoniaco Castro en su mismo alojamiento, cumplía un régimen de vida parecido a cuando estaban en Montaña Negra: instrucción de combate, ejercicios de tiro, prácticas de asentamientos...El burdel, los servicios ordinarios y generales, ¡ y el fútbol !, copaban la mayor parte de las conversaciones ; de seguir así la marcha del equipo, el Tetuán 14 sería campeón indiscutible del torneo liguero.

Como consecuencia de los muchos servicios a que atender, rara vez coincidían libres de obligaciones los cuatro sirvientes de la

primera de las ametralladoras de Durán. Generalmente, dos solían librar en un mismo día, y a veces, por no querer cualquiera de ellos acercarse a la ciudad, que se encontraba a escasos tres kilómetros de distancia, solamente uno de la máquina quedaba en condiciones de salir de paseo, lo que originaba, de cuando en cuando, que éste buscara a otro "allegado" de la Compañía, para no realizar en solitario su salida.

Así, en esta situación de falta de camarada de escuadra para compartir unas horas de asueto, y tras aceptar la invitación de Martín, sirviente de cañones, nacido y criado en Almazora, y al que Quiquet había aprendido a estimar durante su estancia en la "254", el villarrealense abandonó el campamento dispuesto a dar una vuelta por Sidi-Ifni. Esteban "pelaba" su guardia en la central eléctrica, Tonet "disfrutaba" de una hermosa cocina, y Nebot no había querido ir con él para poder escribir tranquilamente a su novia, a la que por cierto remitía casi diariamente largos y amorosos testamentos.

Martín, efectivamente, era una gran persona, pero tenía un pequeño defecto : le gustaban demasiado las mujeres. Por la mañana había cobrado un giro de doscientas pesetas y estaba más alegre que unas castañuelas. Castro, astuto y zorro como pocos, conocedor del manejable carácter de su compañero, quiso que éste le invitara a una copa en Sidi-Ifni, cuando, casualmente, lo vio salir de cartería llevando todavía el dinero del giro en la mano. El de cañones, que detestaba como el que más al albaceteño, se excusó diciéndole que el dinero que acababa de recibir de Castellón era para adquirir unos encargos de su hermano en el zoco, y que no sabía si saldría aquella tarde. Con sus acostumbradas y ofensivas imprecaciones, Castro dejó tranquilo a Martín y siguió su camino, mientras éste suspiraba aliviado por haberse podido quitar de encima a tan desagradable tipejo. El dinero, así era, se lo había mandado su hermano Juan, el casado, pero no para que le llevara a él ningún encargo, sino para sus propios gastos en Ifni. Le molestaba tener que engañar a alguien, mas tratándose de Castro no le importaba lo más mínimo. ¡ Que se fuera a la putísima mierda!

Martín estaba deseoso de dar una vuelta por la ciudad, y como, al igual que Quiquet, no contaba con nadie para salir ese día, había invitado al de ametralladoras a tomar una cerveza en cualquier parte. Llevaba casi tres semanas con tan sólo calderilla en los bolsillos y estaba ansioso por poder echar una cana al

aire." ¿ Con quién iría mejor acompañado que con Quiquet ?" - se había preguntado antes. El villarrealense era un excelente camarada, tal vez demasiado joven y candoroso para ciertas cosas, pero se entendían estupendamente. En la "254" se habían hecho buenos amigos y, aunque él era casi cinco años mayor que su compañero, tenían una forma de ser muy parecida.

Se sintió, pues, satisfecho el de Almazora al comprobar que Quiquet aceptaba complacido salir con él...

V I I I

Quiquet, que era noble y leal con sus compañeros, no quiso poner ninguna objeción a Martín, cuando éste, aun contrariándole, le propuso realizar una visita al burdel, luego de haber tomado un par de cervezas cada uno en una concurrida tasca cercana al Tamadaba.

Dispuesto a corresponder con una ronda a las invitaciones de su camarada, y conocedor de que en el prostíbulo las consumiciones eran bastante más elevadas que en cualquier otra parte, hizo recuento mental del dinero que llevaba encima...Entre papel y moneda calculó unas veintisiete pesetas, por lo que pensó debería obrar con prudencia si no quería quedarse limpio como una patena. Sería difícil que su madre, ¡pobre!, pudiera mandarle pronto otras cien pesetas. Además, ¡no le gustaba malgastar el dinero en bebidas y en sitios poco recomendables en los que, si te descuidabas, te dejaban sin una mala "pela" ! Su acompañante, con fama en la Unidad de ser más que un asiduo visitante del burdel, impaciente, casi le arrastró hasta la puerta del lugar donde más se practicaba el sexo de todo Ifni. A Martín se le notaba pletórico y audaz, e intercambiaba palabras llenas de socarronería y doble intención cuando se cruzaban con algún que otro compañero conocido. Quiquet necesitaba poco alcohol para que se le fuera la vergüenza, y empezaba también a dar muestras de estar más entusiasmado que de costumbre. ¡ Sólo dos cervezas y ya empezaba a ver nubes y a sentir cosquilleos !...

Entraron en la "barra americana" como dos fieras, como dos auténticos campeones...

- ¡ Aquí están los del Tetuán ! -casi chilló eufórico Martín, saludando a todos los presentes, brazo en alto.

- ¡ Los de la Quinta Compañía ! -completó Quiquet, pasando orgulloso su brazo por encima del hombro del de cañones-. ¡ Los mejores !...

Pocos de los numerosos parroquianos presentes en la barra giraron sus cabezas para mirarlos. Estaban acostumbrados a aquellas ridículas y "fantasmales" apariciones. ¡ Bah !...

- ¡ Y un huevo ! - exclamó a lo lejos un legionario.

- ¡ Y dos...y dos mierdas ! - añadió un artillero regordete, algo ebrio, y al cual parecía costarle trabajo mantener el equilibrio sobre sus arqueadas piernas, por lo que se agarraba a un extremo del mostrador para no dar con sus narices en el suelo.

Dos o tres " ¡ fuera ! " -y algún que otro silbido-, completaron el recibimiento dado a los infantes, quienes, con el mejor de sus humores, siempre con la sonrisa en los labios, se colocaron, no sin antes ayudarse de unos cuantos empujones, en el centro de la barra.

Por estar todavía reciente el toque de paseo, la clientela del patio no era excesivamente numerosa; pero ya, sobre todo los más introducidos y expertos, empezaban a tomar posiciones cerca de los no siempre discretos apartados.

- ¡ Eh, tú, "chorbo" ! - exclamó de nuevo el legionario que había gritado "¡un huevo!", dirigiéndose a Quiquet - ¿ Has tomado ya el biberón de las seis de la tarde ?

Quiquet, que de común acuerdo con Martín, iba a pedir dos copas de coñac a la Merche, contestó sin alterarse y siguiendo la corriente.

- ¡ Y también el de las siete ! ¡ Pasa algo !...

El legionario, contrariado, fue a soltar algo desagradable al "pistolo", pero vio llegar a la Isa y, con gesto soez y despectivo hacia aquel estúpido macaco, se retiró de la barra a la que acababa de aproximarse.

Quiquet, libre de más objeciones, se encogió de hombros y pidió las copas de coñac para él y para su compañero. ¡ No valía la pena armar jaleo por tan poca cosa !...

Martín, que verdaderamente estaba "salido" desde hacía días, pero sin un duro, no había dejado de mirar a la prostituta que ayudaba a la Merche en la barra. Debía de ser nueva, pues no la había visto hasta aquella tarde.

- ¿ Es que ya ha venido el nuevo "ganado" que se esperaba ? - preguntó a la veterana.

- Hay cuatro nuevas. Dentro de un par de días vendrán otras dos o tres - le contestó la Merche - En estos momentos se encuentran en Las Palmas esperando tener pasaje.

La nueva, una rubia de buen ver, de unos veintiocho años de edad, busto erguido en un bien proporcionado cuerpo, atendía expertamente y con la mejor de sus sonrisas las consumiciones que los soldados le pedían.

La Merche miró a Quiquet y le pareció recordar haberlo visto por allí antes, no hacía mucho tiempo; su cara de niño no pasaba desapercibida vestido de uniforme. Preguntó a Martín con guasa :

- Y a éste, ¿ adónde lo llevas ?

- ¿ A éste ? - interrogó divertido Martín, señalando al villarrealense - ¡ A éste lo llevo conmigo para que aprenda lo que es la vida !

Quiquet, ante esta alusión, sonrió malicioso, guiñó un ojo a la Merche y se llevó la copa de coñac a los labios.

Cada instante que pasaban en el local se sentían más a gusto. Martín, que vió aparecer a la Pili por el hueco de la puerta del bar, salió presuroso a su encuentro para tratar de colocarse en su horario. Era de las que más le gustaban, y su precio resultaba bastante asequible.

Preguntó a Quiquet si él también quería "entrar" con la Pili.

- ¡ Quiquet ! - llamó desde la puerta - ¿ Quieres ? - le dijo señalando a la Pili.

El de ametralladoras dirigió su vista hacia la prostituta y, ante la pregunta de su compañero, no pudo evitar azorarse un poco..

- No, hoy no me he traído dinero - se excusó algo nervioso, y creyéndose objeto de todas las miradas -. Mañana o pasado quedaré con ella.

Martín iba a replicar algo gracioso y picante a su camarada, cuando notó que alguien, detrás de él, le empujaba con fuerza.

- ¡ Quita de en medio, cangrejo ! - oyó exclamar a Castro - ¡ Siempre estás ocupando el sitio de los jueves, paleta !

El de Almazora se volvió malhumorado y se encontró frente a un hostil albaceteño, que llevaba a su lado a una de las nuevas titulares del establecimiento. Quiquet, a pesar de su conocido disgusto a meterse en pendencias o alborotos, por los problemas que éstos podrían acarrearle, fuertemente contrariado por la presencia y la manera de tratar el albaceteño a Martín, se acercó con rapidez al lugar donde se encontraban sus dos compañeros. No quería dejar solo al de cañones, ¡ eso de ninguna de las maneras !

Castro, al ver al de ametralladoras, se enfureció más todavía.

- ¡ El que faltaba ! ¡ El otro tonto de la Compañía !, pero con menos años. ¡ Dios los cría y ellos se juntan !...

La Pili, ayudada por la novata Bea, que así se llamaba la recién incorporada al burdel, intentó que la cosa no fuera a mayores.

- ¡ Chicos, chicos...! No hay que enfadarse...

Castro ignoró las palabras de la prostituta y volvió a arremeter contra sus camaradas.

- ¿ Pero no ves que son dos mierdas de tíos, que más de una vez me han tocado las castañas ?, ¡ mamones del pijo !...

Martín no pudo seguir callado. ¡ Estaba a punto de explotar !

- ¡ No te pases, no te pases !... Te gusta hacerte el chulo con todos y algún día te van a partir la cara.

- ¿ No serás tú el huevudo que me la parta, verdad ? ¡ Te faltan muchos cojones para eso!

Quiquet intervino en apoyo del de Almazora.

- ¡ Lárgate por ahí y déjanos en paz ! ¡ Estamos hartos de matones como t...

Castro no dejó que Quiquet terminara de hablar y lo agarró con ira por el cuello de la guerrera, zarandeándolo con rabia.

- ¡ A tí te la tengo yo reservada desde hace tiempo, cabrito ! Te voy a...

Bea cogió del brazo al mayor de los satanes de Armas Pesadas y con frases amistosas y algunas pocas carantoñas consiguió que éste soltara al antiguo acemilero.

- ¿ No ves que todavía es un niño ? - comentó sonriente y amable, al ver que el albaceteño, aunque de muy mala gana, dejaba a su presa -. No tiene cara de querer hacer daño a nadie, ¿ verdad que no ? - dijo mirando con tierna simpatía a Quiquet, a la vez que le acariciaba suavemente la barbilla.

Quiquet, confundido y cortado, algo avergonzado por el denigrante trato que acababa de recibir delante de todo el mundo, lo único que pudo hacer fue ponerse algo colorado y agradecer para sus adentros la intervención de la prostituta. A su pesar, era la primera vez en su vida que se alegraba de no ser muy consciente de lo que hacía. Las dos cervezas y la copa de coñac que burbujeaban por su estómago y cerebro, aun sin alterar demasiado su conciencia, sí trastornaban lo suficiente su entendimiento como para hacerle resistir aquella humillante prueba. Si hubiera sido dueño absoluto de sus cabales, habría asesinado al de morteros, ¡ canalla entre los canallas !, ¡ maldito entre los malditos !...

Bea, agarrada al brazo de Castro, y para zanjar el incidente que había empezado a interesar a muchos de los presentes - ¡ hubo pitidos y bronca ! - propuso a todos tomar una copa juntos.

El de Albacete no pareció interesado en la propuesta, pero la

insistencia de la Pili en apoyo de su compañera consiguió arrastrarle con los demás hasta el fondo de la barra.

Martín se había tranquilizado y pensaba que tendría que aguantar pocos minutos a aquella carroña, a aquel pedazo de animal. El entrar con la Pili estaba ya acordado y ella no tardaría en llevárselo de allí en volandas.

Quiquet, que de nuevo acababa de ser objeto de una tierna caricia por parte de Bea, y dado el panorama que le rodeaba, no tuvo más remedio que aceptar la propuesta de la acompañante de Castro. Sólo supo balbucear :

- Me parece bien...

Bea y la Pili, tras pedir las correspondientes consumiciones a la Merche, y entre risas y bromas, intentaron animar a los tres soldados, quitando hierro a lo sucedido. Quiquet, al que empezaba a dolerle un poco la cabeza, únicamente había pedido que le sirvieran un batido de vainilla, ¡ que jamás debería haber solicitado en tan incómodo lugar y con aquella compañía, estando en su sano juicio ! ¡ Qué risas y qué pitorreo siguieron !...

Mientras hablaban y reían las prostitutas, el villarrealense observó con disimulo a Bea. Le gustaba, sí. Sus manos suaves acariciando su cara le habían hecho estremecerse. ¿ Se habría dado cuenta de ello ? Era guapa, muy guapa. Podría tener veinticinco, veintiocho, tal vez treinta años; pero era distinta a las otras : más elegante y distinguida, más afectuosa, más tierna... Para ser mujer era alta, algo más que él, que todavía estaba en edad de crecer. Su cara, de piel suave y sonrosada, con labios rojos y sensuales que al reír dejaban asomar unos dientes blancos, casi perfectos, albergaba unos ojos oscuros y misteriosos como las noches de ifni; ojos que miraban en todo momento con intensidad amorosa e inducían a acariciarlos con pasión y ternura. Su pelo, largo y negro, caía libre y rebelde por su armoniosa espalda ; y su cuerpo, un cuerpo bello e incitante donde los hubiera, dejaba admirar a todo aquel que lo deseara una amplia zona del nacimiento de sus tentadores pechos. ¡ No tardaría mucho en encontrarse entre las más cotizadas del prostíbulo, si es que no lo estaba ya !

Quiquet no comprendía cómo una mujer tan hermosa podía encontrarse en aquel antro de mala muerte. Tampoco entendía que el tiparraco de Castro hubiera hecho acto de presencia en el bar - entrada triunfal diría él-, acompañado por ella. ¿ Habrían quedado en hacer el amor? ¿ Cuánto costaría "entrar" con Bea ?

Castro lo sacó de sus pensamientos.

- Qué, ¿ te has comido ya algún roscó, pardillo ?

El de ametralladoras no contestó.

- No te van las tías, ¿ verdad ? - insistió sarcástico el albaceteño, mientras hacía un gesto entre burlón y afeminado.

Quiquet, al que por desgracia empezaban a desaparecerle ya los efectos del poco alcohol consumido hasta entonces, notó que la Pili y Bea le miraban entre regocijadas y comprensivas.

Martín es posible que fuera de pocas luces, pero era amigo de sus amigos ; cortó con acritud :

- ¡ No empieces, Castro ! Si quieres meterte con alguien, busca a quien desee hacerte frente.

Bea intervino de nuevo apaciguadora.

- Ya está bien. Déjalo en paz que el muchacho no se mete contigo.

Quiquet, sufriendo con desespero la gran timidez que siempre le acompañaba cuando estaba cerca de una mujer, dijo como para justificarse :

- No todos tenemos la suerte de llevar la cartera repleta para montárselo a lo grande. ¡ Quién pudiera !...

- ¡ Si tú estás virgen todavía ! - se ensañó Castro - ¡ En tu puta vida has visto a una tía desnuda !

El de Villarreal sintió que se le doblaban las piernas... Contestó lo primero que le vino a la cabeza :

- Seguramente me he acostado con más mujeres que tú, cuando tenías mi edad (¡ mentira, mentira !).

La Pili, que ya empezaba su turno de "trabajo", cogió de la mano a Martín y dijo :

- Bueno, muchachos, nosotros vamos a lo nuestro. Hasta luego.

Bea hizo un guiño cariñoso a su compañera y acarició afectuosa una de las mejillas del de Almazora, quien sonriente y satisfecho se dejó llevar por su pareja. Dijo a Quiquet antes de irse :

- Te invito a una consumición. Espérame y nos marcharemos juntos al campamento.

Quiquet asintió con la cabeza y vio cómo se alejaba el de cañones. No tardó en darse cuenta de que se había quedado solo con Castro y su acompañante, y un desagradable malestar empezó a invadirle.

Bea le solicitó amable :

- ¿ Cuántos años tienes ?

No le gustó la pregunta, pero como Castro sabía los que tenía no pudo mentirle.

- A últimos de mes cumpliré diecisiete - contestó de mala gana.

- ¿ Ya casi diecisiete ? - se sorprendió Bea -. Juraría que no tienes más de quince. Sin el uniforme no te echaría más de catorce.

Quiquet se volvió a sonrojar. ¡ Ya estábamos con la edad !

Castro, por su parte, echó más leña al fuego.

- Y tiene la cara de decir que se ha acostado con un montón de tías. Mucha jeta tienes, chaval - Pensó en algo que le pareció brillante y festivo...

- Oye, tú - dijo cicatero - ¿ Por qué no nos demuestras que lo que dices es cierto ?. Que sea Bea parte y testigo. ¡ " Entra " con ella ! ¡ Veremos cuánta experiencia tienes !...

Quiquet, como cogido en grave falta, se quedó medio helado, poniéndose colorado. Reaccionó con aparente tranquilidad.

- ¡ Ojalá pudiera !, pero...no tengo dinero.

Bea sonrió divertida. Le conmovió el candor y las dificultades por las que atravesaba aquel jovencísimo soldado. Lo vio aturdido, nervioso, tímido...

- Déjalo, Castro. no te metas más con él. No todos son tan lanzados como tú.

- Yo creo que es medio marica... - insistió con redoblada saña Castro. ¡ Quería vengarse del arresto que por su culpa le había impuesto el sargento Muñoz en Montaña Negra !

Quiquet ya no pudo soportarlo más. ¡ Aguantaba todo lo que fuera menos que le llamaran marica, y menos delante de una mujer ! Sin pensárselo dos veces, excitado y furioso, se abalanzó sobre el cuello de quien consideraba era su peor enemigo...

Varios de los soldados que se encontraban en el local, de distintas Armas y Cuerpos, se precipitaron rápidamente sobre ellos para evitar que la pelea fuera a mayores y que el prostíbulo se convirtiera en un foco de complicaciones, nada bueno para ninguno de los presentes. Sin embargo, Castro tuvo tiempo de agarrar con fuerza al de ametralladoras y de lanzarlo con saña contra la pared opuesta a la barra. El pobre Quiquet, una hormiga al lado de un gigantesco elefante, salió rodando por los suelos...

Hubo suerte de que no se encontrara en el local ninguna patrulla de vigilancia de cualquiera de las Unidades de la

guarnición, que de vez en cuando solían rondar por la zona, pues ambos compañeros hubieran ido a parar, con toda seguridad, a la guardia que ese mes desempeñaba el retén de Principal.

Bea, sorprendida por la violenta e inesperada reacción de Quiquet, por otra parte comprensible, se había quedado sin habla. Reconoció de inmediato la culpabilidad de Castro, y no dudó en echárselo a éste en cara, mientras ayudaba al pobre Quiquet a que se levantara del suelo.

- Te has portado como un verdadero bruto. El viernes, cuando te conocí, no me pareciste tan bestia - le dijo con enfado.

Castro, seguramente influenciado por las palabras y presencia de Bea, que no por ver maltrecho a su joven y odiado camarada, se sintió en cierta manera culpable de lo ocurrido, Pensó igualmente que tampoco le interesaba mucho meterse en jaleos, dado lo fichado que ya estaba en la Compañía. Raro en él, y aunque no de muy buena gana, dijo que lo sentía.

Bea, cariñosa y amable, tras ayudar a Quiquet a levantarse, invitó a éste a que fuera con ella a su cuarto para cepillarle el uniforme : lo llevaba todo manchado de cal, y el pobre había quedado, además de magullado y dolorido por el tremendo golpe recibido, medio descamisado. ¡ De pena !...

Quiquet aceptó la invitación con un apagado "bueno".

El albaceteño, que no quiso o no pudo objetar nada a la invitación hecha por Bea, se quedó en la barra terminando de beber el vaso de anís con agua que con anterioridad había pagado Martín.

La habitación de Bea, poco espaciosa y con una pequeña ventana que daba al patio interior, disponía de una cama de madera de cuerpo y medio, un par de mesillas de noche, un pequeño armario ropero de color verdoso y dos sillas de anchas patas ; un lavabo con espejo, una desconchada jofaina y una garrafa para agua completaban el resto del mobiliario. Las necesidades fisiológicas había que llevarlas a cabo compartiendo cualquiera de los servicios generales existentes cerca de la entrada del burdel. Dos maletas azules descansaban encima del armario, y un bolso de viaje, de color naranja, reposaba sobre la silla colocada al lado de la ventana. Una lámpara de mimbre, adornada con motivos árabes, caía indolente desde el techo, y, al ser encendida por Bea, dio algo más de claridad a la impersonal estancia. Las paredes, pintadas en apagados tonos grises, sujetaban varios cuadros con vistas de Sidi-Ifni, y únicamente frialdad e indiferencia se

respiraba entre ellas.

Quiquet no pudo resistir la tentación de preguntar a Bea cómo era posible que una mujer de su belleza se encontrara ejerciendo de prostituta en tan desarraigado lugar.

- Cosas de la vida - contestó ésta sin alterarse -. Si te dijera que me gusta mucho hacer compañía a los soldados, no te lo creerías, ¿verdad ? Pues es así. Sé que lo pasáis mal en Ifni y que echáis de menos la presencia de una chica joven y bonita. Te mentiría si no te dijera también que aquí se gana en un par de días lo que en otra parte puedes tardar unas cuantas semanas en ahorrar ; y que no es lo mismo compartir tu cama con un hombre de cuarenta o cincuenta años que compartirla con uno de veintitantos...o de diecisiete - terminó sonriendo con picardía.

Quiquet rió igualmente, pero no pudo evitar sentir un cierto temblor y nerviosismo...Le gustaba Bea, ¡ ya lo creo que le gustaba ! Si tuviera dinero..., ¡ y agallas ! ¡ Ay, si Castro hubiera sabido que jamás había "entrado" con una hembra !, como Martín llamaba a todas las mujeres sin distinción. ¡ Tembló sólo de pensarlo !...

- Ven que te quite la guerrera y la camisa para cepillártelas - dijo Bea con solícita ternura.

El villarrealense se quedó quieto como una estatua y dejó que la prostituta le quitara las prendas mencionadas. Mientras ésta se las quitaba, sus manos le rozaron el cuello, y su perfume, de inconfundible esencia de jazmín, se introdujo con fuerza en su pecho. Sus ojos, muy cerca de los de ella, no podían resistir indiferentes aquella dulce y sensual mirada, aquellas pestañas que se balanceaban a escasos centímetros de las suyas...Los labios de Bea se acercaron peligrosamente a los suyos y la proximidad de su aliento hizo que todo su cuerpo se estremeciera, poniéndosele la carne de gallina. ¡ Dioses, cuánta belleza !...

Bea le dijo en un susurro :

- ¿ Me encuentras atractiva ?... ¿ Te gusto ?...

¡ Que si le gustaba, decía !...¡ Más que un tren cargado de jamones..., más que...más que todo el oro del mundo !...

- Eres preciosa, de verdad - consiguió decir a duras penas - Si tuviera dinero te habría elegido a ti entre todas..., ¡ te lo juro ! Me gustas mucho...Me...

Bea, complacida, no le dejó terminar la frase y le besó suavemente en los labios, en los ojos, en las mejillas...

Le agradaba mucho aquel joven adolescente. Su cabeza de niño de lacio pelo negro, muy corto; sus ojos de caramelo un poco tristes y de mirar noble y sincero; sus orejas algo saltonas y ligeramente puntiagudas; sus labios rectos, delgados, ahora temblorosos; sus palabras y gestos tímidos... Todo en él era realmente apuesto y encantador.

Le quitó también la camiseta interior y volvió a besarle nuevamente..., con dulzura...

Le habló quedamente.

- No te preocupes por nada. Nadie puede vernos...

Quiquet estaba trastornado, como ido. No pensaba. Sólo aspiraba el perfume y el aliento de Bea y saboreaba con enorme placer sus cálidos besos. Al fin musitó entrecortado :

- Yo...yo no...yo no he estado nunca con una mujer, ¿sabes? - casi se avergonzó de confesarlo, como si fuera un gran pecado.

- Ya lo presentía - dijo con ternura la prostituta - Calla..., no digas nada..., chist...

Bea empezó a desnudarse lentamente ante los asombrados ojos de Quiquet, quien, maravillado frente a tanta belleza, se quedó medio petrificado. Finalmente, desequilibrada por completo la estabilidad emocional de todos sus sentidos, pudo al fin entrar en aquel mundo con el que tantas veces había soñado, y al que tantas veces había temido.

i Estaba convencido de que con Bea todo se desarrollaría perfectamente !...

I X

La confirmación, aquel 27 de Noviembre, de que cuatro días más tarde el Tetuán marcharía a ocupar de nuevo posiciones defensivas, no cayó nada bien entre los expedicionarios castellonenses. Desgraciadamente, el regreso a la capital de La Plana quedaba de momento aplazado, y nadie sabía cuándo éste se produciría. Las previsiones, los proyectos, todas las felices expectativas creadas en torno al mes de las Navidades, se vinieron estrepitosamente abajo. La moral, como de costumbre alta, pareció tambalearse ante esa nefasta noticia, pero la estrecha unión y armonía reinantes entre todos los "tetuaníes" hizo que la mala nueva fuera pronto asimilada. Los dos meses transcurridos en la retaguardia, si no habían servido para restañar muchas sensibilidades, sí se habían aprovechado, en cambio, para mitigar numerosas aflicciones. En la vida de campamento, la soledad y el desamparo no se hacían tan patentes como en las trincheras, y la imagen y el recuerdo de los seres queridos no martilleaban tanto en los corazones.

En la reunión mantenida por los oficiales durante la mañana quedó asignada la nueva área de defensa para cada una de las Compañías. El puesto de mando del jefe del Batallón se convirtió en un constante ir y venir de escribientes y ordenanzas. Los capitanes, largo tiempo concentrados con el jefe del Batallón, reunieron más tarde a sus oficiales, suboficiales y jefes de pelotón en las distintas Unidades, a fin de iniciar los preparativos para el nuevo traslado. Algunas caras se tornaron agrias, por no ser aquello lo esperado, mas el deber y la disciplina terminaron por imponerse a los justos deseos personales de la gran mayoría.

Durán, conocedor del próximo destino de su pelotón, así como de la Compañía de fusileros a la que las ametralladoras pasaban

agregadas, reunió a sus escuadras para notificarles los pormenores de las órdenes recibidas.

Tres de los ocho hombres se encontraban de servicio, por lo que tuvo que dejar bien claro el encargo de que los ausentes, entre ellos el cabo Sánchez, se enteraran perfectamente de lo que allí se tratara.

- Vamos agregados a la Tercera Compañía - empezó a hablar Durán, decidido -, la Compañía del capitán Camacho. El punto de apoyo se llama "La Seguera", y el relevo será el 1 de Diciembre. No me preguntéis cuánto tiempo permaneceremos en las posiciones, porque no lo sé. En estos tres o cuatro días que aún nos quedan de guarnición hay que preparar todo el material, municionar y cargar las cintas de las cajas. Llevad cuidado con el engrase de las máquinas y con el ánimo de los cañones de "respeto"...

- ¿ No se sabe nada de cuándo regresamos a Castellón ? - preguntó malhumorado Nebot, interrumpiendo a su jefe de pelotón.

- No, nada - respondió Durán.

- ¿ Estaremos con el mando de la Compañía o nos van a enviar a alguna cota, como la "254" - interrogó también Canito.

- Eso no lo sé todavía - volvió a responder el jefe de las dos ametralladoras -. De momento, como os he dicho, vamos con el capitán Camacho a "La Seguera", que es el punto de apoyo situado más al sur, cerca de la costa, no muy lejos de aquí. Es posible, por lo que ha explicado el capitán, que el pelotón no esté todo junto, que cada máquina ocupe subelementos de resistencia más separados e independientes que los de la "254". El terreno es mucho más llano y más amplio, y las posiciones defensivas han de estar por lo tanto más separadas. Ya lo veremos...

Los cinco hombres libres de servicio de las dos escuadras, sentados cerca de unas palmeras próximas al alojamiento del pelotón, que en esta ocasión compartían con otros compañeros de la propia sección, escuchaban las explicaciones y órdenes de su jefe, ciertamente disgustados, pero serenos. Los últimos seis o siete días, el teniente Castejón y el sargento Valentín, jefe y segundo jefe de las ametralladoras medias, les habían estado dando más "caña" que de costumbre, y ahora comprendían por qué tenían tan piojosa cara de perro. Cuando cada dos o tres semanas el teniente se acercaba a la "254" para inspeccionarles, se encontraba de mucho mejor humor que estos días. ¡ Seguro que ya sabían que eso de comerse el turrón de Navidad en casa era una maldita broma!

A Durán no se le notaba ni cabreado ni satisfecho. ¡ Seguía tan inexpresivo como de costumbre !

En la reunión del pelotón se encontraban presentes Esteban, Nebot y los sirvientes de la escuadra de Sánchez, cuyas caras, pocas horas antes resplandecientes, aparecían ahora con ceños fruncidos, miradas esquivas y gestos y ademanes contrariados. ¡ Todo un poema !

Esteban, sentado junto a Durán, dijo con pesimismo :

- Me aterra un poco el pensar que podamos estar tres meses más en las trincheras. No tengo muy buenos recuerdos de la "254"...

- La vida es así, Esteban, y hay que aceptarla según venga. No le des demasiadas vueltas al asunto. A lo mejor nos relevan unos días antes de Navidad, quién sabe - terminó diciendo el jefe del pelotón.

.....

El 1 de Diciembre, puntuales como quien se presenta a su primer trabajo, el Tetuán se puso en marcha para ocupar las nuevas posiciones asignadas por el mando del Batallón a las Compañías. Los puntos de apoyo y los elementos de resistencia se repartían en un frente amplio y profundo y cerraban todo el acceso sur de Sidi-Ifni, desde la arena de la playa hasta las primeras elevaciones costeras: unos dos o tres kilómetros, aproximadamente. La escuadra de Sánchez fue agregada a la posición del teniente Orbea, ¡ apañados iban !, y la de Esteban, ¡ con una suerte inmensa!, sentó sus reales en un pequeño subelemento de resistencia, situado a escasos cien metros del agua; una playa rocosa sí, pero playa al fin y al cabo. Durán, que al no poderse dividir en dos era libre de elegir con cual de sus escuadras deseaba quedarse (esto, en realidad, era algo muy relativo y siempre venía marcado en función de las necesidades del servicio), y como no tenía ni un pelo de tonto, optó por acompañar a la escuadra de Esteban, su cabo intelectual, en su nuevo destierro.

El subelemento de resistencia lo defendería un pelotón de una de las secciones de fusileros de la Compañía, cuyo jefe de área superior, el teniente Blanco, había situado allí mismo su puesto de mando. De las tres pequeñas zonas defensivas de que constaba la sección, dos avanzadas y una más a retaguardia, aquella posición

fue la elegida por el oficial para, desde ese lugar, coordinar toda su defensa, igualmente sin idea de retroceso y absolutamente estática. El teniente Blanco, muy recientemente incorporado al Batallón de maniobras, era totalmente desconocido para Durán y sus hombres. De las primeras impresiones recibidas, así como por los comentarios de los fusileros, pudieron deducir que se trataba de una excelente persona.

Aunque las órdenes inmediatas las recibiría del jefe de la sección, el mando del subelemento (propio de jefe de pelotón) lo ostentaría Durán, pues al no disponer los fusileros de responsable caracterizado, y tener acreditada éste la necesaria experiencia en el mundo de las trincheras por sus anteriores acciones en el desierto, el jefe de la sección, de común acuerdo con el capitán de la Compañía, creyó conveniente aprovechar la veteranía y conocimientos del jefe del pelotón de ametralladoras medias para desempeñar aquel puesto, ya que, de lo contrario, el "saharui" no habría realizado ningún cometido específico de mando y responsabilidad, como indudablemente le correspondía.

Así, pues, Durán pasó a convertirse en el jefe de la posición defensiva de pelotón situada más al este de "La Seguera". Quedaron bajo su mando diez fusileros, cuatro sirvientes de ametralladoras medias, dos sirvientes de lanzagranadas y el asistente del teniente, que, obviamente, también colaboraría en la defensa del área y en la ejecución de los servicios. Las características del subelemento eran parecidas a las de cualquier otra posición defensiva de esta clase: pozos de tirador, dos "nidos" para una ametralladora media y un fusil ametrallador, un asentamiento de lanzagranadas, un puesto de mando (otro independiente para el oficial), tres alojamientos subterráneos y un puesto de municionamiento. Los dos puestos de mando estaban provistos de teléfono de campaña (el del teniente contaba además con una emisora de radio portátil) y disponían, cada uno de ellos, como una verdadera ostentación, de un pequeño quinqué de petróleo. Una bolsa de primeros auxilios colgaba de un hierro clavado en una de las paredes del puesto de mando-dormitorio de Durán, que también tenía una mesa plegable de madera, una silla y una litera donde reposaba un viejo colchón de borra. El área defensiva, como todas las áreas, se cerraba y protegía con alambradas y minas, y, para sus comunicaciones internas, se distribuían los correspondientes ramales o trincheras. Al ser de pequeña entidad, la posición

carecía de cocina, cantina y botiquín, por lo que diariamente se llevaban y traían los termos de las comidas desde "La Seguera" o puesto de mando de la Compañía hasta "la playa", como así se llamaba aquella posición; incluyendo en sus viajes, muchos días, la ansiada correspondencia. La distancia de las posiciones del sur a Sidi-Ifni era bastante menor que la existente entre la "254" y dicha capital, lo que facilitaba la posible evacuación de enfermos o heridos. También los vehículos podían llegar prácticamente hasta las alambradas, debido especialmente a lo despejado del terreno y a la existencia de unos pocos y cercanos senderos.

De la escuadra de Esteban, a quien más difícil le resultó aceptar la nueva ocupación de una posición defensiva fue, sin duda, a él mismo, y cosa parecida ocurrió con Nebot ; Tonet y Quiquet daban muestras de una mayor resignación y paciencia con su suerte. Les gustó a todos, no obstante, "la playa", a primera vista una tranquila y poco conflictiva zona defensiva.

Echarían de menos, sin embargo, no poder contar con la escuadra de Sánchez y demás buenos compañeros de la "254", pero intimarían con otros miembros de la Tercera Compañía, varios de ellos ya tratados durante el ciclo de reclutas. Lo que más agradó a los cuatro amigos fue que tendrían como jefe absoluto a Durán, ¡ una enorme suerte !, ya que el teniente, aun presente en el subelemento de resistencia, sería, en ciertos aspectos, como si allí no estuviese. En todo caso, así lo afirmaban los fusileros, era éste un buen hombre que no se metía con nadie.

Como ya eran expertos en trincheras por la anterior ocupación de la "254", se originaron pocas consultas con los defensores salientes. Muchas cosas volvían a repetirse, pero ahora les cogía a todos con más veteranía y mejores conocimientos del medio. No hubo obsesión por conocer las probabilidades de ataque por parte de los rebeldes, ni en saber si se habían producido bajas en "la playa", o si las noches resultaban más o menos tranquilas. Tampoco se presentaron problemas a la hora de distribuirse los alojamientos, pues éstos, aun siendo muy parecidos a los ya conocidos, eran algo más espaciosos, y todos ellos, igualmente, se combinaban con las misiones y distancias a los puestos de combate.

El veintitrés de Diciembre, los nuevos defensores de "la playa" se habían convertido en perfectos conocedores de esta posición costera, siendo capaces de recorrerla en la más absoluta de las oscuridades.

Quiquet, encantado con la abundancia de pesca existente a tan pocos metros de distancia, consiguió levantar momentáneamente el decaído ánimo de Nebot; y ambos se ponían "las botas" cogiendo pulpos, mariscos y, sobre todo, los gustosos percebes de unas peligrosas cuevas próximas a "la playa", que luego compartían con los demás camaradas. Durán y Esteban se turnaban para enseñar a leer y escribir a dos de los fusileros que ya asistían a clase de analfabetos en la época de Montaña Negra. A Tonet le dio por hacer tapices de hilos de colores para Lidón, su novia, y siempre estaba en cualquier rincón, teje que te teje.

Entre los fusileros y los dos sirvientes del lanzagranadas había de todo, como en la viña del Señor. El cabo y el soldado de primera habilitado para jefe de escuadra eran personas poco destacadas en cuanto a cultura se refiere, pero muy sencillas y sensatas; el jefe del lanzagranadas, el "Brujo", empezaba a liar a todo el mundo con sus aficiones a los hechizos, exorcismos y brujerías; Beltrán y Campos, de la primera y segunda escuadras, respectivamente, pasado el quince de Diciembre, viendo que el barco no llegaba nunca, comenzaron a "rajar" y a despotricar por su infortunio; Cantero y Jiménez, más el primero que el segundo, pasaban sus apuros y vergüenzas cuando Durán o Esteban, sus voluntariosos profesores, indistintamente, les leían o escribían las cartas que recibían o dirigían a sus padres y novias. Agradecían con toda el alma que existieran personas como ellos, que no se reían de su incultura ni de sus intimidades, y que continuamente les ayudaban, con desinteresada fraternidad, a dejar el oscuro mundo de ignorancia en el que se encontraban. ¡ Ellos se esforzaban todo lo que podían por salir pronto de él !

También estaba el voluntario Barreda, que por su edad - dieciocho años - y por haber realizado junto a Quiquet el período básico de instrucción, se sentía más identificado con el de Armas Pesadas que con sus camaradas de Unidad, pudiéndose ver a ambos, con frecuencia acompañados por Nebot, compartiendo el horario establecido para la pesca. ¡ Y Núñez, y Prieto !, siempre metiéndose con los voluntarios por ser éstos, según su particular criterio, unos verdaderos necios. ¡ Mira que estar en Ifni voluntarios cuando podían encontrarse tranquilamente en sus casas ! ; decían : "¡ Voluntarios ni a una paella !".

Evaristo el tartaja -el otro sirviente del lanzagranadas- y el tirador del fusil ametrallador, Barrachina, completaban el resto

del personal bajo el mando de Durán. El primero de estos hombres cuanto más tartamudeaba más se le apreciaba; compartía las aficiones gimnásticas y deportivas de Nebot, y no era raro verlos a menudo juntos realizando ejercicios físicos o corriendo por la playa. Era noble y buen compañero y tenía el sano "vicio" de colocarse el último de la fila a la hora de la distribución de las comidas, lo contrario que sucedía con Barrachina, ¡ tragón donde los hubiere ! (quitando ese defectillo, el tirador del fusil ametrallador resultaba de un temperamento y conducta ejemplares).

Quiquet, Barreda, Evaristo y Barrachina, muy especialmente el de villarreal y los dos últimos, hacían estupendas migas.

Finalmente, como punto y aparte, como colofón a esta breve descripción de los defensores de "la playa", no podía faltar a lista el arzobispo de los obispos : Angel Iglesias, el asistente del teniente, murciano capitalino, gran imitador de Pepe Iglesias "el zorro" (¿ sería por tener su mismo apellido ?), y que tiraba por tierra la mala fama que acompañaba siempre a la mayoría de los asistentes de los oficiales, a quienes se les consideraba un tanto chulos, intocables y gente de no dar ni golpe. Guardando las lógicas y naturales distancias, se podía decir que el asistente del teniente era de éste lo que éste era de su asistente. ¡ Con ambos se podía ir a gusto a la guerra !; bueno, no tanto.

Las Navidades del 58 fueron para todos los expedicionarios de "la playa" las más tristes de sus vidas; y no sólo por el hecho de estar medio enterrados en las trincheras, sino también porque ninguno de ellos, salvo Durán, había pasado nunca una Nochebuena sin tener junto a sí a su familia. Si al menos hubieran podido estar antes unos cuantos días en sus casas...

El mal humor de Beltrán y Campos, siempre "raja" que te "raja", lograba que el recuerdo de los familiares estuviera continuamente presente. Sin embargo, aquella Nochebuena, a pesar de estar tan lejos de los hogares, aun con el inconveniente de encontrarse rodeados de alambradas, y muy avisados de que aquéllos eran días propicios para que pudiera llevarse a cabo una infiltración por parte de los rebeldes, fue más llevadera de lo esperado. Hubo lágrimas en algunos ojos y sensación de paz y amistad en la mayoría de los corazones. El menú de esa Noche, ¡ no podía ser menos !, también contribuyó a que la buena predisposición del espíritu se viera recompensada con la grata satisfacción de tener el estómago bien repleto, cosa poco habitual

por aquellos lugares. Durán (no quiso o no pudo ocultarlo) se emocionó mucho cuando los encargados del transporte del suministro aparecieron en la posición defensiva llevando, además de la cena extraordinaria que daba la Compañía, un montón de paquetes del tamaño algo mayor que una caja de zapatos, dirigidos individualmente a cada uno de los defensores. Estos paquetes llevaban pegada una etiqueta con el nombre, empleo y Unidad de cada uno de los expedicionarios castellonenses y, al parecer (no había seguridad absoluta en la información facilitada por sus portadores), era un obsequio que el pueblo de Castellón, a través de su Ayuntamiento, ofrecía a los más de ochocientos "tetuaníes" desplazados a Ifni. Otros dijeron luego que era un presente de la Diputación Provincial (para el caso daba lo mismo), e incluso alguien apuntó chistoso a que tales cajas o envoltorios procedían del Ministerio del Ejército (¡ ja, ja, ja !). Todos aceptaron como buena la primera de las hipótesis, y gozosos abrieron sus respectivos paquetes.

Nadie supo el motivo de que afectara tanto a Durán la recepción de aquel obsequio, de aquellos turronecillos y pequeños regalos; pero según comentó Esteban más tarde, parece ser que era el primero que recibía en su vida, y el ver que los ciudadanos castellonenses se acordaban, nombre por nombre, de quienes se hallaban tan lejos de la Península, le había conmovido más de lo que él hubiera deseado. Seguramente por ser Navidades...

Por supuesto que no se descuidaron los servicios y que los tres "escuchas" de turno permanecieron en sus hoyos en tanto duró la fiestecilla organizada con motivo de la Nochebuena, lo mismo que tampoco se dejó de lado la necesaria vigilancia sobre las alambradas; pero fueron unas horas en las que todos, sin excepción, cantaron villancicos y se olvidaron del lugar donde se encontraban. Ni qué decir tiene que, junto a Durán y sus hombres, estuvieron presentes el teniente Blanco y su ingenioso asistente, quien, ¡ aleluya !, deleitó a todos los concurrentes a la cena con sus sabrosas imitaciones. Quiquet y Barrachina, que al principio se animaron más que nadie, terminaron lloriqueando como verdaderas Magdalenas. ¡ Y es que la sidra juega cada pasada !...

Con las Navidades y Año Nuevo pasaron también las semanas en la posición defensiva del este de "La Seguera". Febrero, mes de

pleno invierno en la Península, en Ifni era de temperatura muy suave, a veces calurosa, lo que proporcionaba a los hombres de Durán días de buena templanza y playa. Los expedicionarios habían perdido toda idea de regresar pronto a Castellón, por lo que, situados ya en el noveno mes de su estancia en el territorio, procuraban disfrutar de lo poco bueno que, con gran suerte para ellos, tenían a su alcance : el mar.

No era extraño, entonces, ver todas las tardes de la semana, y los sábados y domingos todo el día, a los defensores de "la playa" merodeando cerca de las rocas y sus numerosas cuevecillas, en los momentos de la bajamar, portando ganchos de hierro, pequeñas redes y botes con los que pescar y guardar los pulpos, lapas, cangrejos, almejas o percebes que, de forma generosa, ofrecían aquellas ricas costas. Los percebes, incrustados en lugares rocosos de difícil y peligroso acceso, constituían un exquisito manjar que, tras ser cocidos con agua del mar dentro de botes vacíos de conserva de tomate, eran rápidamente engullidos por los expedicionarios, que tampoco menospreciaban los numerosos peces capturados con simples hilos de nailon o de cáñamo. Tonet, el más atrevido y aventurero a la hora de arrancar los percebes de las rocas, muchas veces acompañado por Durán - previa autorización del teniente Blanco -, se introducía en cualquiera de las cuevas existentes, una de ellas bastante grande, y media hora más tarde salía con dos o tres kilos de ese delicioso marisco. Tanto en su cuerpo como en el de Durán, así como en el de algún que otro compañero, podían apreciarse ligeras heridas o raspaduras, precio obligado a pagar por alcanzar tan apetitoso bocado.

Una de aquellas tardes, Tonet propuso a Nebot ir juntos por percebes y mariscos, y marcharon con Quiquet, Evaristo y Barrachina hasta el cercano paraje donde se encontraban estas cuevas, cuatrocientos o quinientos metros al noreste de las líneas defensivas de "la playa". La marea alta ya estaba adelantada y resultaba peligroso entrar o salir del criadero de tan preciado marisco. Quiquet, que seguía guardando con gran secreto su "encuentro" con Bea, a la que por una u otra causa no había vuelto a ver desde aquel inolvidable día, no dudó en advertir seriamente a sus compañeros, al llegar a las inmediaciones de las cuevas :

- Yo de vosotros lo dejaría para otra ocasión. El mar está muy picado y la marea peligrosa.

- Tenemos tiempo de sobra - dijo Nebot, quitándose los

pantalones que llevaba remangados hasta las rodillas -. Hemos dicho allá arriba que llevaríamos percebes, ¡ y vamos a llevarlos ! ¿ Quieres que digan que somos unos mierdas ?

Evaristo, que tampoco veía con muy buenos ojos la intención de su compañero de entrar en la cueva, quiso añadir algo :

- Me...me parece...me parece a mí que lo mejor que podemos hacer ...es largarnos ...a por pulpos, ¿ no ?

- Coged unos pocos y nos vamos - dijo Barrachina.

Tonet sonrió divertido al comprobar lo acobardados que estaban sus camaradas. ¡ Se acojonaban de ver unas cuantas olas golpeando sobre las rocas !

- No os preocupéis que no tardaremos nada - dijo con absoluta tranquilidad, y desvistiéndose como había hecho Nebot.

Y los dos entraron en la cueva más grande...

En el interior de la cavidad no había demasiada luz, pero sí la justa y necesaria para poder utilizar con bastante destreza el cuchillo y la piqueta que ambos compañeros llevaban consigo. La estancia no era muy amplia, aunque sí de una gran belleza natural. El agua les llegaba hasta cerca de la cintura y se escuchaba con claridad el estruendo que producían las olas al golpear con fuerza en el exterior de la cueva. Las paredes, muy resbaladizas y de difícil agarre para trepar por ellas, acumulaban a lo largo y ancho de su arrugada superficie toda clase de moluscos y percebes. Nebot, como ya le había sucedido en otras ocasiones en las que había estado allí, volvió a experimentar aquella extraña sensación de paz y temor que tanto le intimidaba. Dijo a su compañero :

- Cada vez que entro en esta cueva la encuentro más sobrenatural... más...no sé...es como si estuvieras en otro mundo, en otro planeta. Como si no existiera otra realidad que no fueran estas oscuras paredes llenas de vida, este silencioso lago transparente, estas pequeñas cascadas de agua que caen por sus rendijas...

Tonet, con el cuchillo arrancando los primeros percebes, paseó la vista por el interior de la cueva y admiró la belleza de aquel lugar...Sí, era de una hermosura sin parangón, desde luego; casi irreal. Comprendió enseguida el estado de ánimo de su compañero. Seguía igual de deprimido. Le preguntó lo más afable que pudo :

- ¿ Cómo va lo de tu novia, te ha vuelto a escribir ?

A Nebot se le ensombreció la mirada y su boca se cerró con rabia; vaciló antes de responder...

- No... Todo ha terminado. Mi madre dice que ha dejado de ir a casa a visitarla y que la ha visto con Felipe Bou, uno que iba detrás de ella cuando éramos críos y que juega al fútbol en el Burriana.

- Poca cosa te quería cuando no ha sido capaz de esperarte - volvió a hablar Tonet, atándose el saco de malla de los percebes a la cintura -. No eres tú el único que ha roto con la novia. Hay un montón en el Batallón que está con un problema parecido. Peor lo pasa Cantero, por ejemplo, que no sabía que tenía a la novia de dos meses y ahora es padre de un chaval de veintitantos días. ¡ La puta leche ! ¡ Cómo le complican a uno la vida !...

Nebot, al que le costaba mucho superar la crisis en la que le había postrado la ruptura de relaciones con su novia, pocos días antes de las Navidades, intentó trepar por las peligrosas paredes de la cueva con el deseo de coger unos cuantos percebes que le parecieran de gran tamaño, pero con tan mala fortuna que resbaló y cayó sobre el suelo, golpeándose la espalda contra el saliente de una de las rocas. Su alarido de dolor y sus agrias imprecaciones se escucharon con nitidez desde el exterior del recinto, y Quiquet, que se había quedado junto a la entrada de la cueva buscando pulpos, mientras Barrachina y Evaristo hacían lo mismo unas decenas de metros más abajo, gritó con preocupación :

- ¡ Qué ocurre !... ¡ Qué pasa, Tonet !...

Tonet, sorprendido y algo impresionado por la brusca e inesperada caída de su compañero, se acercó rápidamente al lugar donde éste yacía de mala manera y le preguntó nervioso :

- ¿ Dónde te has dado ?... ¡ Espera que te ayude !..., con cuidado...

Nebot, con gesto de dolor contenido, y rabioso por su mala fortuna, intentaba levantarse, apoyándose en Tonet, pero no podía...

- ¡ Quiquet ! - exclamó con fuerza Tonet -. Necesito que vengáis alguno para ayudarme a levantar a Nebot... ¡ Rápido !...

Quiquet, a pesar de lo mucho que le preocupaba la subida de la marea, que pronto inundaría toda la zona, no lo pensó dos veces y se metió en el agua, dispuesto a entrar en la cueva. ¡ Sus compañeros lo necesitaban y no le importaba lo que sucediera !

Con no pocas dificultades, debido sobre todo a sus escasas condiciones físicas y a lo peligroso que resultaba entrar o salir de aquella gruta, pudo llegar al fin junto a sus camaradas.

- ¿ Qué ha sucedido ? - interrogó inquieto y alterado.

- Pues que este cara de bobo se ha resbalado y por poco se mata - dijo carcajeándose Tonet, que al parecer ya había digerido el susto del primer instante.

Con algún "¡ ay !", maldiciones y otros muchos lamentos, Nebot consiguió sentarse sobre las rocas... Exclamó consternado :

- ¡ Todo me pasa a mí ! ¡ Soy un manta de cojones ! ¡ Un gilipollas !...

Quiquet ayudó a Tonet a levantar al lesionado, cosa que no le resultó nada fácil debido a la gran corpulencia del herido.

- ¡ La próxima vez que te caigas, átate antes una buena piedra al cuello ! - refunfuñó Tonet - . ¡ Cómo pesas, macho !...

Quiquet, con pocas chichas, tuvo que pasarlas canutas para conseguir levantar su parte de peso. Nebot, por fin con los pies soportando toda su inmensa montaña, inició la salida del lugar, cojeando, y siempre ayudado por sus compañeros. Una vez fuera, se dejó caer rendido y dolorido cerca de un pequeño montículo de arena que había en la parte trasera de la cueva.

Los tres, al recordar que en la zona oeste del pueblo, meses antes, había encontrado la muerte un soldado de otro Batallón, también cogiendo percebes en un sitio parecido, se pusieron un poco lívidos, pero enseguida se cruzaron desenfadados y amistosos golpes y puñetazos de alegría. ¡ El susto ya había pasado !...

.....

Casi entrando en Marzo, Durán organizó una pequeña fiesta para, como todos habían prometido, celebrar el nacimiento del hijo de Cantero. Aunque el pobre ya tuvo que soportar en su momento las bromas de los compañeros por aquel imperdonable "descuido", en esta ocasión su paciencia y aguante fueron puestos a prueba. El menú: mariscos y pescado a la plancha - ¡ sin olvidar los percebes ! -, regados con buen vino de Jumilla, ahorrado durante los últimos días. Los más sarcásticos y bromistas, como siempre, Núñez y Prieto. La foto del chavalín y de la madre, guapa de verdad, iba de mano en mano, bajo la atenta y orgullosa mirada de Cantero, quien, en aquellos casi tres meses de estancia en "la playa", gracias a la dedicación de Durán y Esteban, escribía y leía con aceptable soltura. Sumaba, restaba y empezaba a multiplicar por

dos y por tres. Su gran voluntad y las veinticuatro horas del día disponibles en la posición, habían logrado aquel pequeño milagro, milagro que también se había hecho extensivo a Jiménez. El orgullo y satisfacción de Durán y Esteban por haber contribuido a este éxito eran grandes, y daban por bien empleados los pequeños cabreos cogidos por la tozudez y cabeza dura con las que, en más de una ocasión, les habían obsequiado sus alumnos.

El "Brujo", por muchos esfuerzos que hacía, no conseguía convencer a nadie con sus adivinaciones. Decía que tenía encantado a su lanzagranadas y que él solito dispararía si algún vehículo intentaba acercarse a "la playa". ¡ Menos mal que esta posibilidad era bastante remota en aquella clase de guerra, porque de lo contrario...!

El teniente Blanco visitaba con relativa asiduidad sus otros subelementos de resistencia, muy cercanos a "la playa", y se pasaba bastante tiempo en el que mandaba el sargento Bernal, segundo jefe de la sección, de parecida importancia estratégica al que estaba a cargo del jefe de ametralladoras.

La estancia en "la playa" iba tocando a su fin. Sin embargo, una de las preocupaciones de Durán seguía siendo el estado anímico de Nebot, quien, aunque parecía haber superado lo peor de su ruptura con Mari Carmen, su novia, no terminaba de levantar su decaída moral y vagaba por las trincheras de un lado para otro. Un día se despertaba gritando a todo el mundo, y otro casi no dirigía la palabra a nadie. Si para los demás expedicionarios defender "la playa" constituía una gran suerte, para Nebot, que los primeros días había sabido aceptar el encontrarse en aquel, para muchos, paradisiaco lugar, significaba ahora estar encarcelado en una tenebrosa prisión en la que intentaba no sucumbir mientras cumplía condena. Antes de que su novia le escribiera por última vez, diciéndole con terrible sinceridad que lo dejaba por otro, Pepe Nebot ya había notado que algo raro sucedía en sus relaciones con Mari Carmen. Los cuatro primeros meses todo había ido bien entre ellos, o eso creía, y nada extraño daba a entender que ya no lo amaba, mas luego...! Le había destrozado el corazón !...! La quería de verdad !...Sentía por su chica no sólo pasión, sino verdadero cariño, ternura, ¡ amor !. Nebot había leído su carta más de diez veces y no podía quitársela de la cabeza : "...No puedo seguir fingiendo lo que no siento en mi corazón. Sé que esto no será fácil para ti, pero el amor tiene estas cosas. Es

preferible que lo dejemos ahora, pues será mejor para los dos. Te diré sinceramente que yo creí que sólo sentía amistad por Felipe Bou, pero estos meses, al haber coincidido en varios sitios con él, y casi sin darnos cuenta, hemos comprendido que nos queríamos desde hace mucho tiempo. Te deseo muy buena suerte en Ifni y que regreses pronto a Burriana. Un día de estos pasaré por casa de tus padres y les daré un sobre con las fotos y el anillo de oro que me regalaste, ¡ que sé cuántos sacrificios te costó comprar ! No quiero, por favor, que pienses mal de mí. Tal vez si hubieras estado aquí esto no habría sucedido, no lo sé..." ¡ Se quedó anonadado, de piedra ! ¡ No era posible ! ¡ Aquel cabrón de Bou se la había estado trabajando, mientras él se partía el alma en unas jodidas trincheras ! Si al menos hubiera estado haciendo una mili normal, en un sitio normal...¿ Cómo iba a poder ir a verles la cara a los dos, encontrándose allí ? Aquellos días felices pasados con Mari Carmen le venían constantemente al pensamiento, y por las noches le costaba enorme trabajo dormirse. Toda su fortaleza, toda su entereza para resistir aquella amarga vida se le venían abajo. Recordaba los besos de sincero amor que había depositado en los labios de su novia, sus caricias que él creyó sinceras, ¡ todos los proyectos que habían hecho juntos ! ¡ Mataría a Bou si lo tuviera cerca ! ¡ Lo rajaría !...

Escribió a su novia, una, dos, tres veces; pero no obtuvo respuesta. ¿ Tan fácil era olvidar un año de amor y felicidad ? ¿ Nada quedaba, después de haber estado sus cuerpos fundidos en apasionados abrazos ?... ¡ Y él no se podía mover de allí !... ¿ Por qué, Mari Carmen, por qué ?...

Durán, de escasa o nula experiencia en el mundo de las mujeres, sí sabía, en cambio, que Nebot estaba muy enamorado de su novia - prácticamente le había estado escribiendo todos los días, como si de una obligación litúrgica se tratara - y que había recibido un duro golpe al romper con ella. Su responsabilidad como jefe de la posición defensiva era estar siempre muy pendiente de la moral de sus hombres, y el cambio de carácter producido en Nebot le tenía seriamente preocupado; aunque lo más difícil, las primeras semanas, parecían estar ya superadas. Para algunos de los defensores, la aparente tragedia de su proveedor de ametralladoras era casi asunto de risa, pero él conocía, por sus meses del desierto, lo importante que podía llegar a ser para un soldado que se encuentra a tantos kilómetros de su casa, en unas condiciones

de vida tan precarias, el disponer del cálido aliento de las cartas de una novia, que, aunque muy lejos de allí, sabía que con amor esperaba su regreso. No, no era asunto de risa el pequeño drama por el que atravesaba Nebot. El estar metido en un oscuro y frío hoyo a las tres de la madrugada, solo y abandonado de todos, velando la seguridad y el sueño de los compañeros, posiblemente sintiendo el tenebroso aguijón del miedo en la garganta, ¡ y encima haber roto con la mujer que uno ama !, no era cosa de broma.

Durán seguiría estando pendiente de Nebot, no fuera a cometer una tontería...

.....

Bajo el intenso azul del cielo de Ifni, Esteban seguía escribiendo el diario que había iniciado al llegar a la "254". No era raro verlo, pues, metido en cualquier pozo de tirador, a media tarde, haciendo sus conjeturas y divagaciones. Al llegar a la posición del teniente Castresana, y seguramente animado por la monotonía de la vida en trincheras, había cogido la costumbre de anotar en un grueso cuaderno todo aquello que él consideraba trascendente, aunque según Tonet era mal vicio escribir sobre las vidas ajenas. En sus páginas recogía sucesos que para los demás pasaban desapercibidos, pero que él, hombre detallista y riguroso, sin llegar nunca a exagerado, consideraba dignos de ser escritos y guardados. Esa especie de diario representaba para él una válvula de escape y le servía asimismo para mitigar la separación de su familia y olvidar el nada halagüeño presente, volcando en él todos sus pensamientos e inquietudes. Cuando lo tenía en sus manos, escribía y escribía, olvidando todo cuanto le rodeaba. Allí estaban reflejados sus compañeros de escuadra, cómo eran, qué pensaban, qué costumbres tenían...; las semanas que, con Durán, había estado enseñando a leer y escribir a Cantero y a Jiménez ; las sensaciones que experimentó al leer y escribir para ellos las cartas de sus padres y novias, que le hicieron sentir una penosa vergüenza interior y echar muchas maldiciones al ver que todavía quedaban en España jóvenes que eran analfabetos (¡ casi el treinta por ciento de la Compañía, entre absolutos y relativos !).

pero que luego estas lecturas y sus contestaciones le produjeron una notable satisfacción por haber pasado a formar parte de las vidas de estos camaradas. El dirigir a una chica palabras de amor en nombre de otra persona le resultaba bastante difícil y complicado, no podía negarlo, y casi le llegaba a temblar la mano cuando tenía que escribirlas. En su recuerdo guardaría siempre el contenido de la carta que la novia de Cantero había dirigido a éste, cuando acababa de dar a luz (en realidad se la escribía una amiga estudiante del pueblo, pues ella tampoco sabía lo suficiente para comunicarse como bien deseaba con el padre de su hijo). Se sintió conmovido verdaderamente : "...y si vieras cómo se parece a ti. Todos dicen que es el vivo retrato de su padre. Sabrás también que tiene unas manitas preciosas y una carita de ángel; sus ojitos son castaños y al mirarle me hacen acordarme mucho de ti y no puedo aguantar las lágrimas. Es un pedazo de cielo que hace que te quiera más todavía de lo que ya te quiero. Hasta cuando llora, que no lo hace muy de seguido, me parece escuchar el sonido de tu voz. Deseo con todo mi corazón que vuelvas pronto y que te den permiso para que puedas ver a nuestro hijo. Ha pesado tres kilos y medio al nacer, y le pondremos, como ya lo hemos hablado antes, Antonio, como tú...".

.....

Tonet, con toda seguridad el más feliz de los defensores de aquel lugar (íse lo tomaba con mucha " filosofía ", según él !), había mandado un pequeño paquete a su novia con dos pañuelos de hilos de colores, tejidos con la mente y el corazón puestos en ella. Estaba enfrascado en un tercero, y no daba muestras de tener grandes preocupaciones, excepto el desear, como todos, ver pronto el barco que les sacara de Ifni. Si antes pensaba con nostalgia en Lidón, ahora, después de lo sucedido a Nebot, la echaba mucho más de menos. La verdad es que si no fuera por ella, y por su familia, no le importaría demasiado seguir en "la playa" hasta que se licenciara. Al servicio nocturno ya se había acostumbrado, a pesar de lo funesto que resultaba, y los trabajos de mantenimiento y construcción de ramales no eran tan duros y absorbentes como en la "254". Durán se portaba bien con todos y el teniente sólo pasaba alguna revista de armamento y material de vez en cuando. Le

encantaban los ratos que pasaban sentados cocinando los pulpos y el marisco y charlando de mil cosas sin importancia. La temperatura no era fría, y la comida, gracias a lo que cogían del mar, no era motivo de grave preocupación. Sinceramente, ¡ no le importaría continuar en "la playa" hasta que embarcaran ! Los que sí habían tenido mala suerte eran Sánchez y su escuadra, y aunque no sabían nada de ellos directamente, desde el 1 de Diciembre, sí tenían referencias de cómo les iba con el teniente Orbea. Los encargados del suministro se preocupaban de tenerlos informados, pues éstos, por su misión específica, estaban perfectamente enterados de cómo se vivía en cada una de las posiciones de la Compañía, y siempre les decían que tenían una gran suerte porque ocupaban la mejor de todas las áreas defensivas. Por estos hombres conocía "la playa" que el único garbanzo negro existente en la Unidad era la sección del teniente Orbea, la sección "legionaria" que llamaban, porque en la del teniente Vega, e incluso en el puesto de mando de la Compañía, reinaba gran armonía y todo marchaba sobre ruedas.

Bueno, en la sección del teniente Orbea no se comían a nadie, la verdad. Lo que en realidad sucedía es que allí había, digamos, mucha más disciplina. Puede que a la hora de verse la cara con el enemigo, ¡ quién sabe !, fuera el área más dura de "pelar" y nadie tuviera lo que hay que tener para conquistar aquella posición tan duramente criticada por todos; por otro lado, y según decían los mismos encargados del suministro, solamente con ver de cerca aquel elemento de resistencia, ya le daban a uno ganas de salir corriendo. Ciertamente, tan famosa sección era algo especial, no ya dentro de su propia Compañía, sino en el conjunto del Batallón. Aunque pueda parecer increíble y absurdo, ¡ cosas de la vida !, cuando alguno de los hombres del teniente Orbea se identificaba como subordinado de dicho oficial, como perteneciente a la sección llamada "legionaria", se inflaba como un pavo real lleno de orgullo y satisfacción. ¡ Para morirse !

Quiquet se encontraba en "la playa" como si estuviera en el mismísimo cielo, - ¡ es un decir ! -, y siempre que podía merodeaba por la orilla del mar, medio salvaje, recogiendo todo aquello que pudiera ser cocinado y llevado al estómago sin que produjera demasiada aversión. Tras la inolvidable experiencia amorosa vivida con Bea, se sentía mucho más seguro de sí mismo, pero empezaba a estar obsesionado con la idea de volver al burdel de nuevo. Sus noches, antes más tranquilas y relajadas, se habían

vuelto ahora menos inocentes y más ansiosas. Todos sus sueños giraban en torno al lupanar, de donde entraba y salía continuamente, siempre acompañado por Bea. En más de uno de esos sueños se veía tumbado en una gigantesca cama, rodeado de mullidos y finos cojines de seda, dejándose acariciar por su enamorada; otras noches eran varias las cortesanas que, cariñosas y diligentes, satisfacían sus miles de caprichos y fantasías. En estos sueños y delirios, ¡cómo no!, siempre tenía a mano y cargado su fusil, por si algún ataque moro se producía; no faltando en ellos tampoco las tormentosas trincheras y sus alambradas, que a veces se convertían en gigantescos tentáculos que le perseguían sin piedad y sin descanso, entremezclándose con las pesadillas que tenía cuando sólo contaba con once o doce años de edad - ¡hacía una eternidad! -; pesadillas que consistían, fijas y puntuales, en su deseo constante, y temor al mismo tiempo, de encontrarse solo en una habitación, junto a una hermosa mujer. ¡ Nunca sabía qué hacer ni qué decir !; un sudor se le iba y otro le venía, y únicamente era capaz de contestar con algún absurdo monosílabo a las caricias y palabras de amor que su acompañante le prodigaba, permaneciendo siempre más tieso que una vela. Despertaba angustiado de esas pesadillas, y al poco, más sereno y calmado, caía de nuevo en los brazos de Morfeo. En su colegio, al que faltaba muchos días, y al que acudió hasta que cumplió los trece años, se sentía algo desplazado a causa de lo muy "faba" y apocado que era. Carlos Llorens y Pedro Traver, los más populares de la clase, ¡ cuánto les envidiaba !, atraían a las chicas con sus constantes gamberradas y fechorías, y él, que nunca rompía un plato con su buen comportamiento, no se comía un maldito roscó; pasaba por el aula como si en realidad no existiera. Por eso le gustaba tanto tumbarse cerca del río y soñar despierto mirando el azul del cielo. A San Pascual Bailón, su Patrón, le pedía que le cambiara un poco para que no fuera tan memo... ¡y tan gilipollas!, pero él seguía siendo el mismo bobo de siempre. La idea de entrar voluntario en la mili, ¿ para qué ?, se le metió un día en la cabeza (recordaba la propaganda del Nodo y de la radio, que le convencieron para que ingresara en el Ejército) y no paró hasta que se vió de uniforme. ¡ Casi todos sus amigos se rieron de él ! Ahora, de verdad, no sabía si estaba realmente arrepentido...

Pero Durán no sólo tenía preocupaciones por el estado anímico de Pepe Nebot. También, aunque por distintos motivos, debía estar pendiente de la moral de otros hombres. Cantero empezaba a echar demasiado de menos a ese, inicialmente no deseado hijo, que, dicho sea de paso, le hacía sentirse más padrazo de lo que él hubiera imaginado. Barrachina acababa de salir de una media pulmonía y el ánimo le andaba por los suelos, ¡ se acordaba demasiado de su madre ! Beltrán y Campos ya no rajaban tanto y daban muestras de estar atravesando su particular crisis de añoranza ¡ Ese barco que nunca llegaba !...

No era fácil para el jefe de "la playa" tener controlada por completo la complejidad humana de sus hombres, pero procuraba identificarse lo mejor que podía con sus problemas, para él casi tan importantes como la defensa de la posición encomendada. No obstante, había ocasiones en las que su propio espíritu y entereza, por mucho interés que ponía en que tal cosa no sucediese, necesitaban también de una mano amiga, ¡ no era de hierro ! El mando y la responsabilidad de una posición defensiva, por pequeños y modestos que éstos sean, originan no pocos trastornos a su jefe. Diecisiete hombres jóvenes, cada uno de ellos con sentimientos e ideas a veces muy diferentes, encerrados durante meses enteros en una pequeña extensión de terreno, alejados del calor de sus familias, siempre dispuestos a perder la vida si fuese necesario, no eran fáciles de llevar por el buen camino. La presencia del teniente Blanco evitaba que algunos de los más ariscos sobrepasaran el listón de lo permitido y daba una cierta tranquilidad y equilibrio al jefe de la posición, quien era consciente de que si algo fallaba o la cosa se ponía complicada, siempre estaría el oficial para hacer frente a situaciones comprometidas o enderezar posibles desviaciones, aunque a él concernería en todo momento la buena marcha y entendimiento con su tropa y la total responsabilidad de cuanto sucediera en el subelemento.

La vida de Durán en "la playa" no podía decirse tampoco que fuera bastante aburrida, a pesar de estar entre alambradas a todas horas, todos los días de la semana. Por las mañanas se levantaba antes de las siete, realizaba la primera inspección del personal, asistía a la distribución del desayuno, del cual recibía la parte proporcional que pudiera corresponderle en el jarrillo de su

cantimplora, y distribuía entre sus hombres los trabajos de mejora y mantenimiento que hubiera pendientes en el área. Sobre las ocho de la mañana daba novedades al teniente y a continuación giraba una visita por los alrededores de la posición defensiva, para detectar posibles anomalías. De día mantenía un solo centinela-observador de servicio, que por lo despejado del terreno era suficiente para descubrir la presencia de cualquier enemigo que intentara infiltrarse (éstos seguían brillando por su ausencia); por la noche montaba tres puntos de "escucha".

La constante revisión y entretenimiento de las armas colectivas y los frecuentes ensayos, a veces a toque de silbato, de la ocupación repentina de los puestos de combate, tanto de día como de noche, constituían las principales preocupaciones del jefe de "la playa", pues el conocer y dominar estas cuestiones era asunto demasiado importante como para no tomárselo en serio. Las tardes, con la conciencia tranquila de haber hecho lo adecuado durante las horas de la mañana, podía utilizarlas para cosas menos trascendentales y más personales, y entonces se dedicaba a dar clases a Cantero y a Jiménez, o a recibirlas él mismo de Esteban; pues sus matemáticas, todavía muy elementales, debían aumentar bastante si quería, tres o cuatro años más tarde, presentarse a la Escuela de Sargentos y conseguir tan ansiados galones.

Durán también procuraba distraer su mente lo más que podía, y muchos días bajaba a la orilla de la playa con algunos de sus hombres en busca de peces y mariscos. Por mucho que intentara guardar ciertas distancias con sus subordinados, a fin de impedir que cualquiera de ellos se tomara demasiadas familiaridades, que luego pudieran repercutir negativamente en la buena marcha de la defensa de "la playa", el buen compañerismo existente y un continuo roce con los componentes de las cuatro escuadras hacía prácticamente imposible el que pudiera mantenerse distante de sus soldados. Tampoco esto le importaba demasiado. Procuraba, no obstante, que sus compañeros de andanzas fueran siempre los menos conflictivos, y de entre éstos, naturalmente, los sirvientes de su primera ametralladora, Evaristo, Barreda y Barrachina. También eran buenos sujetos, en este aspecto, Cantero, Jiménez, el murciano Angel Iglesias y el cabo y el soldado de primera de los fusileros; en realidad, la casi totalidad de los hombres.

Con el transcurrir del tiempo, llegó El 4 de Marzo de 1959 y con él un pelotón del Lepanto 2, que, con sus correspondientes

bagajes y armas colectivas, se presentó en " la playa" para relevar a sus pacientes y firmes defensores.

Terminaban así tres meses más de trincheras, aunque en esta ocasión, recordando las palabras del sargento Amancio, sí que habían estado algo cerca del paraíso. ¡ Lástima no haber podido tener allí a sus familias y a sus novias !

Quiquet no encontró a Bea en el prostíbulo. Según le dijeron, una semana antes se había marchado a Las Palmas, relevada por el nuevo "ganado". Con Tonet, Esteban y Nebot, esta vez los cuatro juntos, libres de servicio por ser el primer día del relevo, había acudido al burdel a tomar unas copas y desentumecer los sentidos. Los cuatro necesitaban ver y oír a unas cuantas chicas, aunque éstas fueran de las llamadas poco recomendables. Todo seguía igual : los clientes o parroquianos, apretados contra la "barra americana"; los que esperaban su turno de entrada en las habitaciones, sentados en los agrietados bancos, con aparente indiferencia; las nuevas meretrices, siguiendo con su "¡ Quién hace el dieciocho !". "¡ Quién va a ser el veinticuatro !". Nada, excepto las prostitutas, había cambiado en el burdel. Tampoco estaba la Merche, ocupando ahora su puesto una joven de aspecto oriental que servía las consumiciones con el mismo desparpajo que su antecesora, pero con un español de sólo andar por casa.

Quiquet había preguntado y buscado, pero Bea ya no estaba. Sintió una cierta pena y desazón por no poder verla de nuevo. Llevaba suficiente dinero encima, algo más de cien pesetas, y quería, de alguna manera, agradecerle su "encuentro" de aquella sensacional noche...su ternura...su comprensión y afecto ¡ Y volver a "entrar" nuevamente con ella !, oler su pelo, su perfume embriagador ; sentir su aliento sobre su cuello...sobre sus orejas; besar sus labios carnosos...

No dijo nada a sus compañeros. ¡ Se hubieran reído todos de él! ¿Tendría razón Castro y sería el mayor imbécil de la Compañía?

Nebot, más necesitado que nunca de estar cerca de una mujer, vio cómo una rubia plateada, ¡ un tipazo impresionante !, se despedía de un cabo de Tiradores y se dirigió hacia ella, tras despedirse de sus camaradas con un lacónico : "Luego nos veremos".

Tonet, con esa sonrisa eterna que siempre le distinguía, hizo un amistoso gesto de abandono a sus compañeros y se aproximó a un pequeño grupo de prostitutas y soldados que, formando corro en medio del patio, reían de muy buena gana.

Esteban, como ya había hecho en otras ocasiones, se dispuso a observar en silencio, desde la barra, el continuo ir y venir de la tropa y sus, a veces, escandalosas acompañantes. Era un mundo cuyo

Íntimo contacto no le atraía demasiado. Prefería satisfacer su curiosidad desde un segundo plano. Preguntó a Quiquet :

- ¿ No te vas con ellos ?...

- No. Estoy bien aquí, en la barra. No me gustan esas fulanas...;tal vez la rubia platino que ríe con Nebot..., pero no.

- Ésa por la que has preguntado antes, Bea, ¿ era algo especial para tí ? ¿ Te habías acostado con ella ?

- No, no ; es una malagueña con la que hablé en un par de ocasiones; que me gustaba, sí, pero nada más - mintió Quiquet.

Se avergonzó al no decir la verdad a quien consideraba su amigo... Hubiera querido contarle lo sucedido aquella noche con Bea, explicarle cuáles habían sido y eran ahora sus sentimientos, pero no pudo hacerlo. Aquella fantástica noche quedaría para él toda su vida, aunque tal vez algún día se atreviera a contarla...

Para no perder la costumbre, las guardias, refuerzos, escoltas a convoyes y vigilancias del servicio de guarnición, entre otras numerosas tareas, fueron los acostumbrados tributos a pagar por encontrarse en segunda línea. Era muy importante que nadie olvidara sus obligaciones y que la "salud y el espíritu" no decayeran durante aquel mes y medio de descanso en Sidi-Ifni.

Ya pocos se inmutaron cuando el 18 de Abril, ¡ diez meses de estancia en el territorio africano !, se recibió la orden de ocupar nuevas posiciones defensivas. El día 20 los vehículos (sólo para Armas Pesadas) condujeron a los cansados "tetuaníes" - cansados de tantos servicios, sí, pero nunca desmoralizados - a las nuevas áreas defensivas asignadas por el Mando.

La separación de la familia, que en la tropa era difícil de soportar, en los oficiales y suboficiales, gente de bastante más edad que los soldados, la mayoría de ellos casados y con hijos, e independientemente de que éstos fueran profesionales de la milicia - ¡ también eran seres humanos ! - resultaba un pequeño calvario. Los más afortunados, aquéllos a los que les surgían problemas o necesidades perentorias en sus casas, lograban obtener un corto permiso que les alejaba por unos días del enrarecido ambiente de las trincheras. También los había que conseguían algún que otro fin de semana en Canarias, estando en período de descanso en el campamento.

Pero no sólo los mandos lograban obtener este exiguo beneficio, sino que, igualmente la tropa, en determinadas y

urgentes necesidades - fallecimientos o gravedad de familiares, nacimientos de hijos, etc. - tenía acceso a los viajes que diariamente realizaba el avión estafeta a Canarias, donde el Batallón había dejado una representación : el brigada Alonso. Desde allí se accedía más fácilmente a los viajes regulares con diferentes capitales peninsulares.

El teniente Vega, hombre carismático y popular, una especie de relaciones públicas del Tetuán, se metía por todos los agujeros que hubiera que meterse y conseguía que muchos de los compañeros y subordinados pudieran salir momentáneamente del territorio.

De una personalidad fuera de lo común, este oficial se "brujuleaba" a quien fuera necesario con tal de atender a las necesidades de su gente. ¿ Que había que dar el "coñazo" a los de aviación ? ¡ Pues lo daba ! ¿ Que tenía que "tragar" quina con el sermón del capitán ?, que le decía : " ¡ Eres la madre de la caridad, pareces sor Engracia ! ". ¡ Pues la tragaba !

Si alguien comentaba por las trincheras : " Lo ha dicho el teniente Vega ". Entonces había que quitarse el sombrero, porque existían muchas posibilidades de que tal cosa fuera cierta.

" Sidi Mohamed Bendaoud ", concretamente una de sus tres cotas, fue el último y definitivo destino para el pelotón de Durán, de todo aquel largo periplo. Entre la escuadra de Esteban y su jefe de pelotón ya no existía relación de compañerismo, o mando y subordinación, había nacido una amistad y una hermandad que jamás se podría borrar, aunque pasaran los años y la distancia les separara. De eso estaban todos seguros.

Una vez más, la Tercera Compañía, la del capitán Camacho, contaría con las dos ametralladoras de Durán. El teniente Estrada y el sargento Serer, como jefe y segundo jefe, respectivamente, mandarían el elemento de resistencia en el que se ubicarían, otra vez juntas, las escuadras de Esteban y Sánchez. La natural alegría de ambas pequeñas unidades por estar de nuevo en la misma posición defensiva fue grande. Sánchez, con sus hombres, había pasado malos momentos en " La Seguera ", pues les costó trabajo adaptarse al ambiente algo enrarecido que existía en la sección del teniente Orbea, donde, en su opinión, todo parecía más complicado de lo necesario. Tuvieron que soportar, asimismo, incomprensiones y falta de entendimiento con algunos de los jefes de subelemento - probablemente presionados éstos por las circunstancias -, y echaron de menos a Durán, su jefe natural, el cual, estaban seguros, les

habría sacado de más de un apuro. Tal vez debido a la extremada disciplina existente en aquella sección, es posible, el caso es que las relaciones con los otros compañeros de fusileros tampoco llegaron nunca a ser todo lo fructíferas que hubieran deseado. Se rumoreaba entre la tropa del teniente Orbea que este oficial, de pocos años y nula experiencia en mandar soldados, ya había recibido algún toque de atención de su capitán, quien, conocedor de la falta de integración existente en aquella sección, se sentía seriamente contrariado. El capitán Camacho, conductor de soldados durante la guerra civil española, daba gran importancia a la tranquilidad y bienestar de su tropa, sabedor de que, careciendo ésta de tan esenciales requisitos, poca cosa podría hacerse. ¡Y es que en las trincheras, a la hora de la verdad, es mucho más saludable y productivo llevar una adecuada política de entendimiento y cooperación, que atosigar a los subordinados con exageradas dosis de rigidez y disciplina ! Recordaron con desazón los tres meses pasados en la "254", y añoraron a sus mandos y soldados, que siempre se portaron maravillosamente con ellos. El nombre del sargento Amancio era el más pronunciado en sus comparaciones. ¿ Cómo podía ser - se preguntaban - que en una sección hubiera tan buena armonía y convivencia y en otra la bilis asomara frecuentemente en más de una boca ?

Había aceptado, por consiguiente, la escuadra de Sánchez, con buen propósito y resignación, su mala suerte, y lo único que pudieron hacer para evitar mayores frustraciones fue zambullirse en la misma corriente que arrastraba a todos los demás compañeros. ¡ Qué exageradamente largos les resultaron aquellos meses !

Para no insistir en la descripción de otra posición defensiva, y por ser ésta de similares características a las anteriores, baste decir que en "Sidi Mohamed Bendaoud", sin poseer este punto de apoyo una importancia estratégica fundamental, recaía el cierre absoluto de un intervalo importante dejado entre las otras dos Compañías de fusiles del Batallón, cubriendo al mismo tiempo, algo más retrasada, pero siempre en primera línea, un frente amplio y profundo con la misma idea que las anteriores posiciones ocupadas: defensa sin idea de retroceso.

La buena estrella de Durán hizo entonces que fuera responsable del elemento de resistencia el teniente Estrada, quien, persona poco dada a las órdenes o situaciones enrevesadas, conciso y escueto, hacía que la claridad más absoluta presidiera todas sus

órdenes y decisiones ; y todo el mundo sabía siempre a qué atenerse. Los arrestos eran escasos y los gestos o palabras altisonantes casi nulos ; y un lema, que sus hombres tenían más que asimilado, era : " cumple bien y no serás molestado ".

Esta cota, la "348", podía considerarse como la de más responsabilidad, dentro de las tres que comprendía el punto de apoyo. Toda su estructura y distribución se asemejaban bastante a la "254", aunque no con tan buenas condiciones de habitabilidad como aquélla, ¡ que tampoco habían sido cosa del otro mundo !

El sargento Amancio no se encontraba en la "348", pero sí un suboficial al que todos apreciaban y respetaban, y que, por sus pocos años para aquellos tiempos, hacía que estuviera más cerca de la problemática y preocupaciones de sus soldados que de las de los propios compañeros, bastante mayores que él. Se trataba del sargento Serer, el sargento seguramente más joven del Batallón. No tendría más allá de veintisiete o veintiocho años, y se distinguía por su comprensión y buena disposición para con todo el mundo. Su gran afición a la caza y la naturalidad empleada en el trato con sus subordinados, conquistaron pronto a los integrantes del pelotón de ametralladoras, con Durán a la cabeza. No era difícil ver a ambos, al sargento Serer y al cabo primero Durán, colocando varillas y cepos para los pájaros en cualquier parte de la posición defensiva, o encontrarlos pendientes de acudir a la inmediata captura de un conejo o de una perdiz, cuando éstos hacían acto de presencia cerca de las alambradas. También cogían ardillas y erizos, que luego encerraban en rústicas jaulas.

Las semanas no transcurrieron muy rápidas para Esteban y su escuadra, acostumbrados a una mejor vida en "la playa". Para Sánchez y sus hombres, en cambio, recuperados de los malos días vividos en la posición del teniente Orbea, el paso de esas mismas semanas se sucedía con mayor rapidez que otras veces, y, lo que era más importante, sin crispaciones ni intolerancias.

" Sidi Mohamed Bendaoud ", al menos la cota "348", la del teniente Estrada y el sargento Serer, era como una tranquila balsa de aceite. La buena suerte de los cuatro castellonenses de ametralladoras seguía intacta, y veían pasar los días sin que acontecimientos perturbadores, que no fueran los propios inconvenientes de la defensa, alteraran la caída de las hojas del calendario. Unos sesenta hombres, menos que más, constituían el elemento humano encargado de hacer frente a aquel hipotético

ataque que nunca se producía. No había extremada relajación en la defensa, pero sí una cierta monotonía y aburrimiento en el deambular por las trincheras del área defensiva. ¡ Demasiados meses en Ifni !

Llegaban continuas noticias de graves sucesos que ocurrían en zonas de responsabilidad de otros Batallones, pero éstas nunca eran confirmadas por nadie, quedando siempre como simples bulos o rumores. Por descontado que la preocupación de la tropa no consistía ahora en la persistente obsesión por la llegada del barco que les devolviera a la Península; la intranquilidad del momento venía representada por la angustiosa posibilidad de permanecer en el territorio más tiempo del que normalmente se consideraba reglamentario en la mili: quince o dieciséis meses.

Las lenguas viperinas ya habían iniciado el lanzamiento de su repulsivo veneno y podía escucharse, con relativa frecuencia, que el Tetuán había recibido órdenes de permanecer en Ifni un año más.

Durante muchos días siguió siendo la comidilla general en la "348" la soberbia actuación del equipo de fútbol del Batallón, que, poco antes de iniciarse el nuevo período de ocupación de trincheras, había pulverizado todos los pronósticos de la guarnición, alzándose con el título de campeón de la liga de fútbol. ¡ Nada menos que había dejado en la cuneta a los temibles legionarios !, a los cordobeses del Lepanto 2, a los del Argel 27, Ceuta 54, Artillería, Ingenieros, Caballería, Aviación...

Por haberlo querido así el sorteo inicial, el equipo del Tetuán, compuesto por Valero, Falomir, Esteve, Fabregat, Forner, Grifo, Guaita, Martínez, Saturnino, Eliseo y Serón ; Masajista y ayudante: Guillamón Y Tomás, tuvo que enfrentarse en el último partido, con la copa en juego, ¡ a los mismísimos Tiradores de Ifni !, dueños y señores de la guarnición, quienes contaban con infinitos medios, comparados con los muy modestos caudales de que hacían gala los por todos conocidos "millonarios" de Ifni.

Fue un día memorable que es seguro no habrán olvidado muchos expedicionarios, especialmente los integrantes de aquel magnífico equipo, que no sólo jugaron maravillosamente al fútbol durante todo el torneo, sino que, en su corazón, siempre supieron que aquel campeonato significaba algo importante para los "tetuaníes". Habían llegado al territorio como los hermanos pobres y desheredados procedentes de una pequeña y casi desconocida capital de provincia, con escasos recursos en las Compañías - ¡ no como la

Legión o Tiradores ! -; con carencias y servidumbres..., con humildad. Sin embargo, no sin esfuerzos y con ejemplar conducta, poco a poco, habían ido granjeándose las simpatías y la consideración del resto de las Unidades de la Guarnición. A pesar de ello, era pedir demasiado que se derrotara a los poderosos Tiradores de Ifni en su propio terreno, en su bien cuidado campo.

Pero esa fecha llegó y...

Nadie del Tetuán que estuviera libre de servicio aquel día faltó al esperado partido. Varios cientos de espectadores, prácticamente todos militares de las diversas Unidades acantonadas en el territorio, especialmente de Tiradores, Legión y, por supuesto, del Tetuán, casi llenaban el campo. Se veían estrellas y galones por todas partes, pues los oficiales y suboficiales, fundamentalmente los de las dos Unidades enfrentadas, no se hubieran perdido, ¡ por nada del mundo !, aquel partido de fútbol. Para los contendientes estaba en juego algo más que la gloria o el dinero - que no lo había -; estaba en juego el nombre del Batallón o Grupo; se dirimía el orgullo de Cuerpo, la fama y prestigio de la propia Unidad (¡ ay, los "millonarios" !), ¡ casi nada !...

Varias patrullas de vigilancia habían sido apostadas en lugares estratégicos - ¡ nunca mejor dicho ! - y sus mandos estaban instruidos de que, al mínimo roce que surgiera entre los rivales, cortaran la marcha del encuentro. Las voces y gritos de ánimo dirigidos a cada equipo por su propio bando, desde las gradas, se dejaban oír estruendosamente por todo el campo. La mayoría de los asistentes, que naturalmente no fueran los "tetuaníes", pensaba en la fuerte derrota que sufrirían los de Castellón; los cuales, con su entrenador al frente (el soldado Guaita), aparecían tranquilos y relajados en el tenebroso banquillo del equipo visitante. Había muchos nervios en la hinchada de ambos conjuntos, pues sabían cuánto se jugaban. El partido comenzó y con su desarrollo fueron aumentando la tensión y la ansiedad por la victoria. El Tetuán no se dejaba dominar ni intimidar por su adversario y se mostraba poderoso y firme ante los de Tiradores. Las jugadas peligrosas iban de una portería a otra, y la emoción aumentaba con el paso de los minutos.

Esteban, Nebot y Tonet, libres de servicio, muy cerca de Durán, que se encontraba con otros jefes de pelotón, rodeados todos ellos de muchos castellonenses, gritaban hasta desgañitarse el " Pam, pam, orellut ", grito de "guerra" y apoyo que el tirador

de la ametralladora, y bastantes de los presentes, habían aprendido a utilizar con entusiasmo, cuando, de niños, acompañaban a sus padres al "Castalia" a animar al C.D. Castellón, su equipo de toda la vida.

El partido transcurría de poder a poder y con las simpatías de la guarnición divididas, aunque cierto es que la Legión apoyaba con sus palmas y cánticos más al Tetuán que a Tiradores de Ifni, lo mismo que sucedía con el Lepanto 2.

La consecución del gol que daba, de momento, la victoria a los castellonenses, dio un vuelco total a la buena marcha y deportividad existentes hasta entonces, y pronto aparecieron algunos roces y juego sucio. La tensión en las gradas aumentaba por segundos, y los jugadores, especialmente los de Tiradores, que hasta aquellos instantes, y durante todo el campeonato, habían sido modelo de deportividad y buen comportamiento, dieron comienzo a un declive en su conducta, como consecuencia de la presión ejercida por sus compañeros presentes en los graderíos. A Nebot, viendo lo que él creía eran algunas guarradas por parte de Tiradores, se le empezaba a calentar el plumero y, de vez en cuando, discutía con gente de este Cuerpo, que estaba sentada, o más bien permanecía de pie, cerca del lugar donde él se encontraba. También el cabo primero Albert, de la Tercera Compañía (uno de los "saharauis"), boxeador de malas pulgas cuando alguien le irritaba, comenzaba a dar muestras de nerviosismo y enfado, convencido de que iban por las piernas de los muchachos. ¿ Cómo sucedió ? Nadie lo supo. Pero el caso es que lo que se inició como un simple y amistoso partido de fútbol, como una distracción, acabó en una buena ración de contusiones.

Albert y Nebot fueron de los que peor parte llevaron en aquella inesperada batalla campal, si bien también fueron de los que más "atizaron". Los dos hubieran constituido un binomio difícil de vencer, enfrentados a una patrulla enemiga. Esteban, nada violento en sus costumbres, destapó el tarro de sus esencias, que llevaba bien oculto, y asombró a todos con su "¡hostia va, hostia viene!" (con perdón). Hasta Durán, ¡ aleluya !, no quiso ser menos que sus subordinados y compañeros, y, olvidándose de los galones, como había hecho Albert poco antes, se enfrascó en la reyerta. Los oficiales y suboficiales, dejando a un lado el natural amor por sus " colores ", - ¡ ya les costó ! -, tuvieron que trabajar lo indecible para conseguir que las aguas volvieran a

su perdido cauce.

El Tetuán, sin embargo, ganó con justicia y merecimiento la copa de campeones, y un halo de inmensa satisfacción y alegría envolvió a todos los expedicionarios. El Batallón ya no era la cenicienta de Ifni, ¡ eran los campeones !

Expertos y veteranos en la penosa vida de las trincheras, uno de los sucesos o anécdotas que más llamó la atención de los expedicionarios castellonenses durante su permanencia en las posiciones defensivas, fue, sin duda, el inmenso enjambre de langosta de tierra con el que se encontraron en cierta ocasión. Sucedió un día de elevada temperatura. El cielo, que había amanecido azul como de costumbre, fue tornándose gris poco a poco, y el sol perdió parte de su habitual brillo. Eran las doce de la mañana y ya antes pudieron observarse, tanto en el interior de las alambradas como en los alrededores de las áreas defensivas, una cantidad inusual de estos pequeños saltamontes, que devoraban insaciables toda planta o arbusto que para ellos fuera comestible.

Los defensores, entre perplejos y curiosos, no tardaron en volcar toda su atención e interés en aquel exótico fenómeno, jamás visto hasta entonces por sus ojos. Con el paso de los minutos, la cantidad de aquellos ortópteros fue aumentando de tal manera que pronto llegó un momento en el que miles, cientos de miles de ellos rodearon a los expedicionarios por todas partes. El cielo se nubló completamente y era imposible el poder dar un solo paso por el exterior de los alojamientos subterráneos sin ser siniestramente "asaltados" por tan desmayados insectos. Llevaba tal voracidad consigo aquel inconmensurable "ejército" que hubo hasta quien temió por la integridad física de los hombres de servicio. ¡ Aquello parecía un castigo bíblico ! "¿ De dónde diablos podrían salir tantos saltamontes ?", se interrogaba la mayoría de los infantes. Lo poco verde y masticable que crecía en las proximidades de las trincheras tardó poco tiempo en desaparecer. La tensa preocupación de determinadas mentes por la súbita aparición de semejante plaga, que sobrecogía a cualquiera que estuviera presenciándola, empezó a remitir sobre las cinco o seis de la tarde. A las ocho sólo quedaban los rezagados, pues el grueso de la gigantesca columna, como si de una película de ciencia ficción se tratara, avanzaba velozmente hacia el interior de Marruecos, en dirección N.E.

Esteban, en su turno de cabo de relevos, sentado en la parte exterior del "nido" de su ametralladora, y apoyado al lado de una de las troneras, admiró una noche más las brillantes estrellas desparramadas en aquel inmenso cielo : La Vía Láctea, La Osa Mayor, La Osa Menor, Casiopea...Estiró las piernas, apoyó el fusil sobre su muslo derecho y pasó sus manos entrelazadas por detrás de la cabeza, aspirando lentamente del limpio aire que le rodeaba. A principios de Mayo, la primavera en Ifni está más adelantada que en otras latitudes - en realidad allí casi siempre era primavera - y de día podían contemplarse algunas pocas flores silvestres, la mayoría de ellas totalmente desconocidas para el cabo de ametralladoras.

El de Onda suspiró relajado y paseó la vista por la oscuridad de las alambradas. A las tres de la madrugada todo era silencio y quietud, y sólo algún apagado ruido, o el lejano ladrido de un solitario chacal, despertaban su interés y atención. Su rostro sereno se entristeció ligeramente al recordar la última carta de sus padres. ¡ Pobre mamá ! ¡Cómo estaba sufriendo aquella obligada separación de su hijo! Sabía que lo era todo para ella y que, aunque mujer fuerte y resignada, atravesaba por los peores momentos de su vida. Los primeros meses le habían sido menos duros de soportar, pero ahora, cerca ya de un año alejada de su hijo, empezaba a sufrir pequeños trastornos y desequilibrios. Las palabras que, con gran ternura, le escribía su madre, le hacían sentirse un ser vivo y real, persuadiéndole de que había alguien a kilómetros y kilómetros de distancia que esperaba con anhelo su regreso, y que le quería más que a su propia vida; lo que le proporcionaba las fuerzas suficientes para poder seguir superando todas las contrariedades que se le presentaban. Sentía un inmenso cariño por su madre, mujer valerosa y afable que no dudaría en dar su propia vida si los suyos la necesitaran. Dos o tres días antes había contestado a su carta, poniendo en ella todo el amor filial que llevaba en su corazón. Aún recordaba su contenido :

"Mamá, no debes estar preocupada, pues ya ves que llevamos casi un año en el territorio, y aquí no pasa nada de nada. De lo que me dices de que por ahí se cuenta que el Batallón ha sufrido varias bajas hace poco, te diré que todo son mentiras. También lo es el que hayamos tenido que comer serpientes, cuervos y gaviotas, porque no llegaban los suministros. Es verdad que no

disponemos de manjares, pero no llega la sangre al río. Me dices que Pepi pregunta mucho por mí, y también los amigos y mi maestro de primaria, D. Nicomedes ; dales a todos recuerdos de mi parte. Yo creo que no estaremos en Ifni más de la mili normal, pues sería una injusticia que unos se fueran a su casa sin haber hecho nada, ¡ que los hay !, y otros siguieran soportando la dureza de esta vida, que tampoco es tanta como parece. Papá diría que peor lo pasó él, ¿ verdad, papá ? Mis compañeros Tonet, Nebot y Quiquet, y también nuestro jefe de pelotón, de los que tanto os he hablado en otras cartas, siguen haciéndome más llevadera mi estancia en Africa, con su amistad y camaradería...".

Esteban miró las manecillas fluorescentes de su reloj (se lo había comprado en el zoco el mismo día que estuvo con sus compañeros en el burdel, al ser relevados de "la playa"), y comprobó que ya eran las tres y media de la madrugada. Faltaba todavía media hora para el siguiente relevo de "escuchas" y podía permanecer otro rato más sentado junto al "nido", antes de avisar a los entrantes.

Se estaba bien allí a aquellas horas, tal vez un poquillo de fresco por ser madrugada, pero había mucho silencio y tranquilidad a su alrededor. Pensó en cómo se iba desarrollando su vida en la "348" y, en general, cómo le habían salido las cosas en Ifni hasta entonces. Sin sentirse feliz por encontrarse en el continente africano, ni tampoco satisfecho de pisar tanta trinchera, - ¡ estaba hasta las narices! -, se consideraba afortunado, comparado con otros compañeros que sabía lo estaban pasando francamente mal, y que incluso más de uno de ellos había cogido una fuerte depresión e intentado lesionarse para alejarse de las posiciones y de Ifni.

Recordó algunas de las vicisitudes pasadas por Sánchez y sus hombres en " La Seguera ", y que tanto éste como los sirvientes de su ametralladora les contaron durante los primeros días de estancia en la "348". " ¡ Para morirse ! ", decía Quiquet. Él mismo, lo reconocía, se identificaba con todo lo que fuera disciplina, orden, buen cumplimiento de las obligaciones...,pero sin llegar nunca a la exageración, y mucho menos al autoritarismo o al abuso.

Esteban, persona sensible y de muchas luces para sus veintidós años, apoyó las manos sobre el suelo, recostó la cabeza contra la pared, contempló una vez más las estrellas y cerró los ojos. Pensó

en su futuro. ¿ Qué haría cuando terminara la mili ? ¿ A qué se dedicaría ? ¿ Qué proyectos tenía ? Su padre deseaba que siguiera con el negocio del azulejo, y esto, ahora, le horrorizaba bastante. Muchas noches lo había pensado y ya lo tenía casi decidido : intentaría hacer periodismo, aun sabiendo lo complicado que podría resultarle el acceder a este tipo de estudios. Si ello no fuera posible, bajaría a Castellón a estudiar Magisterio. Después de las experiencias pasadas junto a Durán, dando clases en "la playa", le había cogido una pequeña vocación a eso de la enseñanza. Hasta puede que hiciera algo de letras. ¡ Sería tan estupendo poder y saber contar algún día estos meses vividos en Ifni !; eso sí, sin exagerar en su relato, no como hacían algunos de los que escribían a sus familias, que, para que les mandaran dinero y paquetes de comida, se inventaban innumerables mentiras y barbaridades. Él narraría lo vivido en este tiempo con la mayor sencillez y naturalidad del mundo, sin estridencias, sin decir nada que no fuera la verdad, sin maldecir a nadie, con imparcialidad. Desde luego que los personajes principales serían, ¡ no podría ser de otra manera !, Tonet, Nebot, Quiquet y también el jefe del pelotón, Durán.

De la despedida de Castellón y Valencia, ¡ qué despedida !, diría que fue algo alucinante; del viaje en barco, ¡ni acordarse!; del desembarco empleando las redes, ¡ que habría que haberlo ensayado varias veces !; del Campamento de descanso , ¡ que a veces resultaba peor que las trincheras !, ¡ cuánto servicio !; de la "254", que reinaba la mejor de las armonías y que había un sargento con un par de lo que había que tener; de "la playa", que era como un oasis en medio de un maldito desierto, ¡ qué suerte haber estado allí tres meses ! ; del fútbol, que aquello sí que fue una buena guerra, ¡ cuánto puffetazo ! ; del burdel, del burdel escribiría que había sido su experiencia más interesante de todas : sus prostitutas, su barra de alterne o "americana" -¡ o como le digan ! -, los vistosos uniformes multicolores, los bancos de espera donde se criticaba a los compañeros y a los superiores, las habitaciones, ¡ las palanganas!... Como no podría dejar de citar a los mandos en su narrativa, diría que de todo y para todo hubo, y que cada cual cantaba su canción según se sabía la letra; es decir, que cada uno criticaba o ensalzaba a los de "arriba", según le iba o le había ido a él particularmente, y no en función de una verdadera objetividad. De todas formas, él, ¿ para qué

fastidiar ?, recordaría lo positivo de la gente e intentaría olvidar lo negativo, aunque personalmente él había tenido más de lo primero que de lo segundo.

De Nebot escribiría que fue un buen compañero, atlético y deportista, que tenía un pronto que había que echarle de comer aparte; que era noble en su comportamiento y que se partía la cara con quien fuera por apoyar y defender a sus amigos.

De Tonet diría que fue un hombre cabal, valiente, emprendedor, quisquilloso con ciertas cosas, un poco cínico, y, como Nebot, ¡ más que él ! ¡ un putero !

De Quiquet, de Quiquet contaría sus timideces, su inocentona ignorancia..., ¡ Mira que preguntar un día que cómo se daba más placer a una mujer ! ¡ qué verde estaba en asuntos del sexo !; sus comentarios sin pies ni cabeza, su bondad y desinteresada entrega para con todos...

De Durán, del "jefazo" Durán, contaría en primer lugar que tenía el aspecto de un muerto de hambre (¡ es la verdad !); que su conversación la prodigaba poco entre sus hombres; que a pesar de sus sólo dieciocho años era firme y resolutivo (a veces demasiado severo); que siempre estaba leyendo una vieja y sucia enciclopedia autodidáctica, la cual atesoraba más roña que una sartén abandonada en una playa; que... ¡ que sus escuadras le apreciaban, aunque a veces les mortificara más de la cuenta !

¿ Y de él ?... ¿ Qué escribiría él de sí mismo ? Pues..., ¡ sí !, escribiría que no era mala persona, que era muy amigo de sus amigos, ¡ que le reventaban las trincheras !, que no valía mucho para desempeñar mando -aunque llevara los galones de cabo- ; que le gustaba el silencio, la paz y la soledad, el recogimiento, hablar con sus pensamientos; que añoraba mucho a sus padres y ... ¡ que quería encontrar pronto a la mujer de su vida !

Esteban echó otro vistazo a su reloj y comprobó que ya había llegado la hora del relevo de los "escuchas". Cogió el fusil y se levantó para dirigirse en busca de los entrantes de servicio. Él tardaría poco en ser sustituido por Sánchez...

Tonet, contemplando la imagen que le devolvía el espejo que utilizaba para afeitarse, sin dejar de arreglar con mimo el bigote que se había dejado crecer por Navidad, no pudo evitar sentir una ligera sensación de orgullo. Eran las siete y media de la mañana y

la mayoría de los defensores se encontraba ajetreada con el aseo personal. Un aseo poco satisfactorio, dada la escasez de agua con que se contaba, pero aseo al fin y al cabo. "No está mal", pensó mirándose con indisimulada complacencia. ¡ Más de una chavala le pediría que le hiciera un favor ! No era lo que se dice un apolo, pero él, digámoslo, se consideraba un tipo bien plantado, y que siempre había tenido mucho éxito con las mujeres. ¡ Ay, las "chorbas" !, como decía la Legión. ¡ Cómo le gustaban las "chorbas" ! ¡ Le llevaban de puto culo ! ¡ Ojalá fuera un moro rico y tuviera un harén para él sólo ! Pero no, no había que exagerar la cosa. ¿ Qué diría Lidón si supiera lo que pensaba ?... ¡ Ella ya lo conocía ! No podía remediárselo, pero le gustaban las faldas aunque debajo de ellas sólo hubiera una escoba. Miró por última vez su poco espeso bigote y recogió pensativo los "trastos de matar", como los llamaba Nebot. ¡ Ay, Nebot ! El pobre estaba atravesando una mala crisis, ¡ canutas y moradas !, diría él que las estaba pasando. ¡ Andaba cada guarra por este mundo !...No podía haber roto su novia con él en peores momentos y circunstancias. ¡ Cómo había cambiado Pepe Nebot en los últimos meses ! Antes, siempre tan optimista y dicharachero; tan alegre y espontáneo, tan "duro" y tan malas pulgas... ¿ En qué había quedado convertido ahora por culpa de esa jodida Mari Carmen ? ¡ En una puerca basura ! La verdad es que tampoco era para tanto. Pero si estaba el pobre tan colado por ella... Pensó estremecido en su querida Lidón... ¿ Y si le hiciera a él algo parecido ?... ¡ No quería ni pensarlo !... Qué guapa era Lidón... qué ojos... qué pelo... qué cara... qué boca... En las últimas fotografías que le había mandado estaba preciosa, ¡ deslumbrante ! Con un año más cumplido, dieciocho, cortaba la respiración a cualquiera. Sí, sí, comprendía perfectamente lo que le sucedía al pobre Nebot...

El tirador de la ametralladora dejó a un lado sus pensamientos y, tras recoger la bolsa de aseo y la toalla, entró en el alojamiento de la escuadra. Esteban había ido a dar novedades a Durán, Nebot estaba saliente de servicio nocturno, y Quiquet, con la marmita y la cantimplora en sus manos, se disponía a marchar a la cola del desayuno.

Preguntó al proveedor :

- ¿ Tienes algo de colonia ? Se me ha terminado la mía.

- Sí - contestó Quiquet, deteniéndose bajo el dintel de la puerta del "nido" - ¿ Quieres ?

- Dame que me ponga un poco. ¡ Esta cara parece un mapa !...

Quiquet cogió un pequeño frasco del interior de su mochila y se lo tendió a su compañero.

- Quédatela. Ya me la devolverás luego.

- No, ¡ espera !, voy contigo al desayuno. Aguarda sólo un segundo.

El tirador se puso algo de líquido en la cara, cogió el gorro y la marmita, y ambos salieron a desayunar.

La cola, obedeciendo al toque de corneta ejecutado unos minutos antes, aguardaba a que se iniciara la rutinaria distribución de todos los días, bajo la supervisión del jefe de pelotón de servicio. Estas formaciones de la "348" para retirar las comidas eran siempre las mismas, lentas y monótonas. Solía haber un punto fijo de formación para las tres distribuciones, mañana, tarde y noche (crepúsculo), con dos repartidores para las comidas y uno sólo para el desayuno. Los guisos más comunes eran : judías pintas ("angelitos negros" de la ayuda americana, ¡ qué horror !), empedrado de garbanzos, lentejas, cocido madrileño, arroz a la cubana, macarrones a la italiana y paella valenciana (¡ qué suerte !); de segundo plato : carne a la jardinera (¡puaf!), pisto de bacalao, huevos duros con salsa de tomate, sardina o jurel frito, tortilla de patatas, albóndigas en su salsa...; de postre : fruta del tiempo (muy raras veces). Para el desayuno no había que esperar demasiado : sólo colocar la marmita para recoger un único cazo de café con leche, o leche con cacao (¡según como fueran los estómagos !). Algunos días, con un poco de suerte, ¡ y muchas plegarias !, se distribuían, a las diez de la mañana, un par de rodajas de queso de barra (¡ también de la ayuda americana !) o de salchichón o mortadela. Como estupenda mesa para colocar las marmitas y cantimploras se empleaba el duro y limpio suelo de la posición defensiva, y para tirar los restos de alimentos y otras basuras existían, aparte de las letrinas, unos agujeros fuera de las alambradas, perfectamente localizados para dichos fines. Las letrinas, de tiempo en tiempo, recibían alguna palada de cal viva, al objeto de evitar posibles infecciones.

A primeros de Junio los ánimos estaban bastante decaídos, porque nada se sabía todavía del regreso a Castellón. Los bulos y rumores, más que nunca, se volcaban como un ángel y un demonio en dos soluciones totalmente diferentes. La una, hablaba de un pronto regreso a casa; y la otra, la más temida, de una continuación en

Ifni por otros seis meses más. Con buena lógica y esperanza, todos apostaban por la primera de ellas, pero nadie se fiaba de las especulaciones que acompañaban a la segunda.

El haber ocupado nuevas trincheras, la "348", trajo consigo nuevos mandos y nuevos compañeros. Si con los primeros, como ya se apuntó al principio, no hubo problemas, con los segundos no fue todo un camino de rosas.

Había una escuadra de fusileros, cercana al "nido" de ametralladoras de Esteban, cuyos componentes estaban siempre discutiendo y donde era bastante habitual escuchar todo tipo de insultos y amenazas. Balaguer Delgado, su Cabo, un voluntario que deseaba continuar en el Ejército, y que tenía el colmillo bastante retorcido, mandaba como un general y amargaba la vida de sus fusileros ante la más mínima que éstos hicieran. Tenía verdadera obsesión porque su escuadra fuera la más perfecta de todas las del elemento de resistencia, y no dudaba en aguijonear de palabra a sus subordinados a la menor falta que observara. Era un fuerte contraste comprobar la serenidad y buenas maneras que empleaba el jefe de la ametralladora para con sus hombres, y la constante mala uva que utilizaba Balaguer para con los suyos. Sus cuatro fusileros estaban hasta el gorro de aguantar la verborrea de su estrambótico cabo, pero ya se sabe, en la mili, a veces, hay que aguantar mucho, y bastante más en aquella situación tan diferente.

Ortiz y Víctor, dos de aquellos desafortunados soldados, frecuentaban a menudo el "huevo" de los de ametralladoras, lugar donde, según ellos mismos confesaban, especialmente el más incomprendido, Víctor, encontraban la paz y tranquilidad que tanto deseaban. Víctor, sobre todo, un soldado de aspecto ligeramente afeminado y débil de carácter; falto, pues, de la personalidad y entereza necesarias para evitar que otros compañeros le gastaran bromas pesadas y de mal gusto, sufría un verdadero calvario soportando lo mejor que podía los numerosos dardos envenenados que, tanto su jefe de escuadra como algunos de sus camaradas, le dirigían. Se hacía difícil de creer (así lo pensaba al menos Quiquet) que este expedicionario tuviera ya veinte años, porque, a la menor "presión" que recibía, se amansaba como un cordero y prácticamente tenía que esconderse para que no le vieran entre lágrimas, siendo por tal causa el hazmerreír de más de uno.

Los de ametralladoras eran conscientes de que el pobre Víctor, con su llegada a Montaña Negra, había dado comienzo a una

difícil etapa de su vida, agravada más de lo permisible desde que desembarcaran en Ifni. A veces tenía el aspecto de no estar muy en sus cabales, y su mirada se perdía en cualquier punto indefinido. Cumplía bien con sus obligaciones y no había dado nunca motivo para ser reprendido por el Mando, por lo que éste ignoraba absolutamente su existencia. Quiquet comprendía más que nadie la angustia de este infortunado compañero y trataba de ayudarle en lo que buenamente podía, dándole su apoyo y comprensión continuamente. A Nebot, que seguía algo desorientado por su mal de amores (que era cosa bien distinta), casi le servía de alivio el comprobar que había otros camaradas que lo pasaban bastante peor que él. Como no era persona que se contentara con el dolor ajeno, brindaba igualmente su consideración a Víctor.

Tonet, con su teje que te teje (¡ todavía continuaba con la misma manía !), no se enteraba ni mucho ni poco de cuanto sucedía a su alrededor. Esteban, en cambio, tuvo más de cuatro palabras con el cabo Balaguer y con algún que otro defensor de la posición a causa del abuso que cometían con el pobre Víctor, lo cual le hizo acreedor a más de una amenaza y a que, también en más de una ocasión, le citaran con palabras ofensivas.

Nebot, que, como los otros sirvientes del arma sabían, tenía muy poco aguante, odiaba que se aprovecharan impunemente de otros compañeros y no podía soportar tranquilamente las humillaciones por las que hacían pasar constantemente al fusilero; más de una vez, sin poder evitarlo, explotaba contra el propio Víctor y, malhumorado, le chillaba más que le decía :

- ¡ Pega ya una patada a los cojones de esos cabrones ! ¡ No dejes que esos hijos de puta te tomen el pelo ! ¡ Echale un par de huevos y raja a esos mamones !

El pobre Víctor se callaba y se limitaba a hacer un desenfadado gesto de resignación. Prefería que el agua no llegara al río y seguir soportando con la mayor paciencia posible su desventura. Sabía que ya faltaba poco para acabar con aquel vía crucis, y todo quedaría pronto como un negro y doloroso recuerdo en su pasado. Él intentaba ser cordial y servicial con los compañeros para que éstos le tuvieran, si no aprecio, sí al menos respeto; pero algunos de ellos, por el contrario, le humillaban y le despreciaban continuamente con indisimulada maldad. ¿ Qué había hecho él para que le trataran de esa forma ? ¿ No se daban cuenta del grave daño que le hacían ? Afortunadamente, la mayoría de los

compañeros no era así, y los mandos jamás le molestaban. ¡ Seguro que si éstos se hubieran enterado del comportamiento de más de cuatro, habrían tomado medidas contra ellos sin vacilaciones ! También había gente que se mostraba distante o indiferente para con él, y personas excelentes, muy pocas, a las que había cogido sincero afecto, como sucedía con los componentes de la vecina escuadra de ametralladoras.

Los primeros días de conocer a Esteban y a sus hombres, los desaires y desprecios de Balaguer y demás matones, a los que ya estaba acostumbrado, por desgracia, le dolieron mucho más que otras veces, pero enseguida pudo comprobar que aquéllos no seguían la corriente de la misma forma ofensiva que lo hacían varios camaradas de su Compañía: sus risas no eran ni hirientes ni burlonas.

Con el paso de los días comprobó igualmente Víctor cuán distinta era la vida en la escuadra de Esteban. Allí había compañerismo, entendimiento y fraternidad. Los desacuerdos que surgían, - ¡que surgían! -, los solucionaban los de Armas Pesadas sin insultos ni estridencias. Era como un mundo aparte del resto de los pelotones. En aquel alojamiento, todo estaba a mano de todos, y todo se compartía. Siendo los de ametralladoras de genios casi opuestos, algo especial existía entre ellos que les unía fuertemente. ¡ Cuánto hubiera dado por formar parte de aquella escuadra ! La suya era algo así como una pesadilla: Balaguer, inaguantable y mandón; Lorente, ¡ don razones !, discutidor, mal educado, chillón; Sixto, tenebroso y maligno; Ortiz... Ortiz se salvaba, pero también se metía con él cuando no tenía otra cosa más importante que hacer. ¡ Detestaba aquel tenebroso lugar, a aquellos compañeros, a Ifni entero. ¡ La libertad estaba ya cerca !

Ortiz, asiduo visitante como Víctor del habitáculo de la escuadra de Esteban, huía de soportar continuamente la desagradable presencia de Balaguer, Lorente y Sixto. Además de voceras, Sixto y Lorente eran unos cerdos de campeonato a los que no soportaba. Le entusiasmaba oír la radio de transistores del cabo de ametralladoras y, más que nada, el programa "Disco Manía" de la cadena SER, pues era un aficionado, casi un fanático, de la música moderna, y la mayoría de los días lo escuchaban todos juntos en el interior del "huevo" de los de la Quinta Compañía. No disponían los de ametralladoras de gran anchura en su alojamiento, pero nunca habían dado muestras de que tanto él como Víctor les

molestaran. Su compañero de escuadra, lo reconocía, no le caía muy simpático - ¡ demasiado delicado para la guerra ! -, pero daba fe de que, aparte de este detalle, era una magnífica persona, y no le importaba que también él frecuentara la compañía de los de Armas Pesadas. ¿ Por qué habría de importarle ?

La tarde del doce de Junio, como venían haciendo a menudo, la escuadra de Esteban y los dos fusileros, terminada la jornada de trabajo, merendaban (¡ si a aquello se podía llamar merendar !) y charlaban sentados junto al "huevo" de los castellonenses. Como bebida disponían de dos estupendas cantimploras de agua, que pasaban de mano en mano como si fueran excelentes botellas de vino.

La conversación giraba, ¡ así debía ser !, en torno a la ansiedad y nerviosismo que existía en toda la posición por el deseado regreso a Castellón. ¡ El soñado barco que nunca llegaba !

- He oído comentar al teniente, hablando con el sargento Serer, que es casi seguro que nos releven dentro de unos días los de Tiradores - dijo Esteban a sus compañeros, contento y satisfecho con la noticia. ¡ Si fuera verdad !...

- Eso es lo que se dice desde primeros de mes. Yo, mientras no me vea en el barco, me da igual estar en las trincheras que en Sidi-Ifni - dijo Ortiz-. Aquí por lo menos no necesitas dinero para gastar en nada y todo te importa un rábano.

- Cuando se les hayan hinchado los cojones de tomarnos el pelo, entonces nos sacarán de este agujero - añadió Pepe Nebot, dolido.

Quiquet, que ya casi no se acordaba de las caras de sus padres y hermanos, quiso ser algo más optimista que sus compañeros.

- Estoy seguro de que aquí no llegaremos a cumplir los tres meses, como en la "254" o en "la playa". ¡ Ya lo veréis !...

- ¡ Ojalá sea así ! - dijo Víctor.

Tonet, en tono despreocupado y humorístico, agregó :

- ¿ Con lo bien que se está en la "348" y queréis marcharos ? ¡ Pero si esto es una maravilla ! ¡ No veis qué cielo..., qué prados..., qué montañas..., qué chavalas !

La mayoría de los presentes acompañó con risas y bromas las socarronas exclamaciones del "forofo" albinegro, pero Nebot, sin mala idea por supuesto, medio en broma medio en serio, le tiró una de las cantimploras de agua al pecho...

- ¡ Vale, vale ! - atajó Esteban, intentando poner orden -. Terminemos en paz con las sardinas en aceite y el chorizo.

- ¡ Este mierda de tío se ríe hasta de su propia sombra ! - se quejó Nebot.

- ¡ Y tú te "picas" por cualquier bobada - protestó Tonet, sacudiéndose con fuerza el agua que corría por su camisa.

- Será mejor que cambiemos de tema. El asunto del barco está muy visto - propuso con resignación el pacífico Víctor, que tampoco quería hacerse muchas ilusiones con el regreso a casa.

- ¡ Pues a hablar de nenas ! - dijo con picardía Ortiz.

- ¡ Estoy de acuerdo ! - aprobó Tonet, encantado.

- Pásame el chorizo que me corte una rodaja- solicitó Quiquet a Esteban, que acababa de dejar el embutido encima de una piedra.

-¡ Cómo te gusta el chorizo de Esteban !, ¿ eh, Quiquet ? - dijo Ortiz con choteo, queriendo hacerse el gracioso.

El villarrealense, que aunque fuera amparándose en una broma no le hizo maldita gracia la doble intención del fusilero, contestó a éste en tono algo airado :

- Menos que a ti. Pero no hay más remedio que comerlo. ¡ Y gracias a que lo tenemos !...

- ¿ Sabéis dónde me gustaría estar ahora? - dijo Tonet.

Los demás le miraron con atención, esperando a que lo soltara.

-¡ Pues en un baño turco ! Un baño de esos donde todo el mundo anda despelotado y rodeado de tías buenas y cachondas por todas partes. ¡ Hummm...!

-¡ Qué putero eres, Tonet !- dijo Nebot, riéndose -. Siempre vas de semental por el mundo. Nos vas a pervertir a todos, y en primer lugar al pobre Quiquet. ¡ Aguanta el carro, tío !...

Hubo carcajada general y los expedicionarios siguieron con sus risas y bromas hasta que, pocos minutos después, rompiendo la buena armonía presente hasta aquel momento en la reunión, hicieron acto de presencia Sixto y Lorente, quienes, como de costumbre - ¡ sin ser invitados ! - tomaron asiento junto al grupo...

Puesto que de día el servicio de seguridad estaba mucho menos recargado que durante la noche, podía darse la coincidencia de que ambas escuadras, al completo, se encontraran libres de obligaciones. Sólo el cabo Balaguer, metido en el alojamiento de los fusileros, faltaba a la concentración de "vecinos", y a la cual también se agregó en esta ocasión Sánchez, el jefe de la segunda escuadra de ametralladoras, quien, al pasar por donde se hallaban Esteban y los suyos (venía de la cantinilla de comprarse dos rodajas de mortadela, que había introducido en medio

panecillo), sí fue invitado a unirse a sus compañeros.

- ¡ Sánchez, ven, siéntate un rato con nosotros! - le había dicho amistoso, Esteban.

- ¿ Por dónde anda Canito ? - le preguntó Tonet.

- Está escribiendo a la novia.

- ¡ El muy zorro !...- se sonrió el tirador.

- ¡ Lo más seguro es que ella estará ligando con otro ! - dijo Ortiz - . Casi un año sin tocarles el culo, ¡ pocas lo aguantan !

Nebot apretó los dientes con fuerza al oír el comentario del fusilero, pero no pronunció palabra alguna.

Sí lo hizo, en cambio, Sánchez.

- ¿ La de Canito ? Es difícil que esté con otro. Llevan ya cuatro años saliendo juntos, y por lo que él cuenta...

Tonet, con su acostumbrado buen humor, y cogiendo de una oreja a Quiquet, dijo :

- ¿ Veis ?, ¡ éste no tiene esos problemas ! Todavía está en el limbo. ¿ Verdad, Quiquet ?

El aludido hizo suyas las risas de sus camaradas...

A Tonet, ¡ cómo no !, le encantaba sacar a colación la falta de experiencia que el villarrealense tenía con las mujeres, - ¡ menos mal que no lo hacía con demasiada frecuencia ! -, lo que proporcionaba buenos y sabrosos ratos a toda la escuadra. Quiquet podía decir sin temor a equivocarse que el tirador de la ametralladora había sido y era aún su maestro particular en la asignatura que más verde y preocupado le había tenido hasta mediados de Noviembre -¡ eso lo sabía bien Bea !- Reconocía que Tonet estaba muy de vuelta en los asuntos de faldas, que era un buen "profesor", seguramente un muy experto "catador" de mujeres, pero a veces...

Con relativa asiduidad, y para enterarse mejor de la jerga que utilizaban los compañeros en sus animadas conversaciones, naturalmente sin darse nunca cuenta de ello, Quiquet hacía preguntas ingenuas y hasta bobas, con las que sus camaradas, ¡ faltaría más !, se lo pasaban en grande. Ahora, afortunadamente, ya no cometía tales imprudencias. Su opinión en aquel asunto, no obstante, era bien distinta a la de Tonet.

Esteban, en este y en otros temas similares, era más comedido y reservado que Tonet y Nebot, y parecía poseer un concepto totalmente contrario de lo que debían ser el amor y el sexo. Su cultura, a años luz de la de ellos, le proporcionaba - tal vez -

una visión de las cosas radicalmente opuesta a la compartida por su tirador y primer proveedor, quienes, conocedores desde el principio de esta particularidad, procuraban no llenar el vaso de agua más de la cuenta ni entrar tampoco en demasiadas disquisiciones con su cabo.

A Quiquet, sin embargo, y a pesar de sus iniciales rubores - ¡ que tanto le molestaban ! -, le agradaba hablar con frecuencia del tema (¡ sólo cuando estaba con los de su escuadra !), pues aprendía muchas cosas que desconocía y, ¿ por qué negarlo ?, sentía un cierto placer en participar en aquellas "orgías" verbales, contadas de forma amena y casi con pelos y señales por sus dos, ¡ lo reconocía !, golfos camaradas; hecho que se producía, las más de las veces, en el silencio y la paz de las primeras horas de la noche, acostado cada uno en su "cama". ¡ Cuánto estaba aprendiendo en las trincheras africanas !...

X I

El Virgen de Africa, mil veces esperado por los expedicionarios castellonenses, hizo sonar su poderosa sirena. El ancla, con exasperante lentitud, inició su pausada ascensión y en pocos minutos el buque empezó a deslizarse por las tranquilas aguas de Ifni. Los cuatro componentes de la primera escuadra de ametralladoras del pelotón de Durán, los cuatro amigos y compañeros, contemplaban desde la popa del barco cómo se cerraba, poco a poco, la que para todos ellos pasaría a ser una de las páginas más recordadas de su existencia.

Los antiguos defensores de la "playa" habían vivido en el territorio africano señalados momentos que, probablemente, marcarían de forma considerable su inmediato futuro. No a todos, exactamente, les había ido de idéntica manera, pero algo en común, a partir de ese día, les uniría para siempre : un año de haberse relacionado estrechamente durante las veinticuatro horas del día, compartiendo las mismas penas y alegrías, velando el sueño o la enfermedad del compañero, soportando sus instantes de rebelión y amargura...

Nebot había perdido a su novia; Esteban salía vencedor en su empeño de mantener intactos sus sentimientos e ideales en un ambiente a veces poco adecuado; Tonet acababa de protagonizar la aventura deseada, y Quiquet..., Quiquet regresaba a casa habiendo dejado su adolescencia en las trincheras.

Aun estando los cuatro juntos, de continuo parlanchines y bullangueros, muy cerca los unos de los otros, en esos momentos no hablaban; veían alejarse lentamente las edificaciones de Sidi-Ifni, sus montañas, su embarcadero, ¡ las trincheras ! Pensaban...

El de Burriana, que todavía no había superado la falta de amor y paciencia de su novia para esperarlo, no pudo evitar sentir una rara sensación en el estómago, al dar el barco su última señal de partida. En su corazón, siempre fuerte y acostumbrado a soportar malas rachas, existía ahora una herida con la que tendría que enfrentarse con decisión para superar su decaído espíritu. Sus

recién cumplidos veintidós años y un talante animoso de luchador indomable le harían salir vencedor de la prueba. Temía, no obstante, ver de nuevo a quien tanto aún seguía queriendo, a quien tantas noches le hizo soñar ilusionado en las alambradas, y que luego convirtió estos sueños en lágrimas y pesadillas...

Esteban había notado un ligero escalofrío al ponerse el barco en movimiento. Se daba perfecta cuenta de que un episodio muy importante de su vida acababa de cerrarse para siempre. Para él no había sido una mili cualquiera, no; había sido algo mucho más duradero. Recordó la "254", "la playa", "Sidi Mohamed Bendaoud", el campamento...; el burdel, con su abigarrada y constante animación y aquel trasiego de carnes y pasiones, cuya existencia, reconocía, era deseada por muchos de los expedicionarios. Todas esas vivencias le dejaban una profunda huella que sería muy difícil de borrar de su recuerdo. Contempló la estela de espuma que empezó a dejar el barco... ¡Había deseado tanto que llegara ese día !...

Quiquet ya no era aquel inocente muchacho que un año antes embarcara en el puerto de Valencia. Para su persona, los doce meses pasados en Ifni habían sido, por muchos motivos, trascendentales y decisivos. Algo más alto que al llegar al territorio, había empezado a afeitarse. Sus castigadas manos callosas, nerviosas, cogían con fuerza el correa de su arma reglamentaria, mientras muy para sus adentros daba un definitivo adiós al territorio. En sus labios, no podía evitarlo, había un nombre : Bea. ¿ Podría olvidar algún día a aquella hermosa mujer que le hizo sentirse hombre por primera vez en su vida ? En adelante, por las noches, solo con sus pensamientos y deseos, volvería a sentir el calor de sus besos, la suavidad de su piel de terciopelo, la ternura de sus caricias, la ardorosa pasión de su cuerpo...

Tonet, situado a la derecha de Esteban, con los codos apoyados en la barandilla del barco, aspiraba con fruición del suave viento que daba sobre su cara. Pensó satisfecho que pronto vería a sus Padres y a Lidón, y, casi sin querer, recordó algunos de los episodios transcurridos en las posiciones defensivas. Las mejores nostalgias pertenecerían siempre, estaba seguro de ello, a "la playa". ¡Qué paraíso! ¡ Jamás en su vida había comido tanto percebe !, ¡ tanto pulpo !, ¡ tanto marisco ! Tal vez demasiada paz y silencio...

En la personalidad de bastantes de los soldados, sin éstos haberlo notado, se habían producido pequeñas transformaciones.

Para algunos de los expedicionarios, no obstante, y así hay que señalarlo, el salir del territorio era como escapar de un infierno espantoso donde sólo encontraron duro trabajo, mala comida, pocos amigos y... ¡ mucho miedo !; y volvían a sus casas con cierto odio y resentimiento. Pero éstos eran los menos. La gran mayoría de los "tetuaníes", adaptados en su día a la penosa experiencia de las trincheras, había aprendido una lección que siempre les perduraría, y a bastantes de los cuales serviría para soportar con superior valor y entereza los seguros embates que les traería el mundo real al que de nuevo se incorporaban. Ahora serían presa menos fácil de la depresión o la desesperanza.

El carácter más firme, el capricho desterrado, la envidia y los celos apagados, la abnegación, amistad y compañerismo acrecentados; el amor y el cariño, ¡ en fin! !, habían sido malos y buenos sentimientos, que, tras la pequeña agonía de aquellos doce meses, mejor sabrían valorar en años venideros.

Habían tenido que vivir separados de sus familias en un mundo hostil y desconocido donde sólo encontraron muy pocas ventajas y demasiadas servidumbres; pero se llevaban, en cambio - si esto valía para algo -, el orgullo de haber cumplido con su obligación de patriotas, como buenos españoles; y, más que nada, la gran satisfacción de ser hasta el resto de sus días expedicionarios del Batallón Tetuán en Ifni; Batallón que allí, en tan lejano lugar, por su conducta, trato cordial con todo el mundo, disciplina, rigurosidad en el cumplimiento de sus obligaciones y sana alegría de sus hombres (¡ a pesar de los pesares !), había acrecentado la buena fama de su Regimiento y de la ciudad de donde procedían.

El Virgen de Africa, ¡ qué enorme suerte !, realizó la travesía como en un suspiro.

Llenas igualmente sus bodegas con vehículos, armamentos y personal (hubo quienes tuvieron la fortuna, como en la ida, de poder utilizar salas y camarotes), tras haber salido el 19 de Junio de Sidi-Ifni, el 21 del mismo mes llegaba al puerto de Algeciras.

Las molestias y contrariedades del regreso ya no fueron tan maldecidas. Todos tenían puestos sus pensamientos en aquellos familiares y amigos que desde hacía un año les esperaban. Los más sensibles notaban que sus corazones empezaban a acelerar el ritmo, que iría creciendo poco a poco hasta que, abrazados a sus seres más queridos, dieran rienda suelta a toda aquella ansia tantos meses

contenida. ¿ Habrían cambiado mucho para sus familias en aquel año ?... ¿ No se habrían convertido en extraños y taciturnos personajes ?... Algunos incluso temían haber perdido su buen humor de antaño, el fiel cariño para con los suyos...; otros creían que sus novias o esposas les acogerían con poco entusiasmo...

Los nervios empezaban a unirse a la impaciencia del regreso. Distintos y complicados pensamientos les atenazaban... ¡ Todavía dos días de viaje en tren desde la ciudad gaditana !...

Por los mandos del Batallón tenían noticias de que todo el mundo en la capital de La Plana conocía, a través de la prensa local, el día de su llegada a Castellón, y que muchos familiares y amigos estarían esperándolos, así como innumerables vecinos castellonenses, que les tributarían un caluroso recibimiento.

Montados en el tren que les conducía con terrible lentitud de Sur a Este, muchos expedicionarios dudaban que hubiera pasado ya todo un año desde que recibieron el último beso de los suyos.

No era difícil adivinar lo que hervía en la mente y en el corazón de los "tetuaníes", conforme iban dejando atrás los pueblos y ciudades del sur de Andalucía. Sentían una profunda emoción al pensar que tan sólo dos días después podrían abrazar a su esposa, a sus padres, a su novia, a sus hermanos ; que en menos de cuarenta y ocho horas volverían a ver a sus amigos de siempre ; que muy pronto estrecharían contra su pecho a ese hijo que habían dejado de pocos días o meses, y de cuyos labios escucharían ahora un "¡papá!" que les llegaría a lo más profundo de sus almas.

El tren seguía su marcha y las horas pasaban lentas, muy lentas, pero inexorables. Pronto quedó atrás Andalucía y entraron en la región de Murcia. La locomotora renqueaba y renqueaba, pero continuaba tragando kilómetros. Ya estaban a menos de veinte horas de su destino. A los expedicionarios no les importaban entonces ni el sueño ni las incomodidades. ¡ Aquello era jauja, después de lo mucho que habían pasado en Ifni !

A media tarde del 22 de Junio cruzaba el tren el límite de la provincia de Valencia y, poco más o menos a las doce de la noche, tomaba contacto con la de Castellón. Los nombres de localidades entrañables para muchos de los expedicionarios fueron apareciendo cada pocos kilómetros : Almenara, Chilches, Nules, Burriana, Villarreal, Almazora... ¡ Castellón !

Las canciones y el ritmo de palmas por "alegrías" y "sevillanas" de los que llegaban de Ifni, que habían empezado a

hacerse tremendamente jubilosas a partir de Burriana, se convirtieron en estruendoso volcán en erupción al entrar en la capital de La Plana.

Allí, en Castellón, en la bella y tranquila ciudad levantina del corazón de la Costa de Azahar, a la una y treinta de la madrugada del 23 de Junio de 1959, en su estación de ferrocarril, se agolpaba un enorme gentío, que, tremendamente feliz y jubiloso, llenaba a rebosar sus andenes.

Según los comentarios generales, nadie de los presentes había visto nunca un recibimiento semejante en la capital castellonense.

Las escenas que se sucedieron con la llegada del tren fueron verdaderamente emocionantes : gritos, risas, lloros, lágrimas, desmayos...; abrazos que querían ser eternos ; besos que querían transmitir el inmenso amor acumulado durante tantos meses de ausencia y espera...

Pocos de los presentes pudieron resistir las lágrimas, lágrimas de inmensa felicidad por tener de nuevo en casa a esos hijos, a esos padres, a esos esposos, a esos hermanos...

La prensa de Castellón de esos días, "Mediterráneo", recogía así aquel acontecimiento:

Día 21 de Junio : " Por noticias recogidas en los centros oficiales, podemos anticipar a nuestros lectores, y especialmente a los familiares de los soldados expedicionarios, la grata noticia de que el Batallón de la Agrupación de Infantería Tetuán, 14, destacado en Ifni, tiene anunciada su llegada a esta plaza en tren especial militar en la madrugada del lunes al martes sobre la una. No hay que decir la satisfacción que para Castellón ha de constituir recibir de regreso a la ciudad a este Batallón de nuestra guarnición, después de prestar un alto servicio a la Patria en tierras españolas de Africa, donde la Unidad ha puesto de relieve todas las virtudes y cualidades de nuestro Ejército y de esta Agrupación. En el Batallón figuran, junto a jefes y oficiales destacadísimos y ligados por hondas raíces a nuestra ciudad, muchos soldados castellonenses para los que, al igual que para sus mandos, el regreso constituye también el mejor premio, después de su alto servicio a España. Por ello, la llegada del Batallón de Ifni es para todos, con un motivo de orgullo, una alegre satisfacción."

Día 23 de Junio .- En algunos de los párrafos dedicados a la llegada de los expedicionarios : "... El tren entró en agujas

alrededor de la una y media de la madrugada, y tanto la muchedumbre que llenaba los andenes como el gentío que se agolpaba ante la estación, fue sacudido por un emocionante clamor, que se prolongó durante largo rato... Entre el entusiasta gentío, y luego que fue posible dejar espacios libres para el desembarco de la tropa, ésta fue descendiendo del convoy entre nuevas emocionadas manifestaciones de todos...Con esa misma emoción damos la bienvenida a este puñado de soldados tan ligados a Castellón, con el mismo orgullo que la ciudad siente hoy por el servicio que una parte de su guarnición ha prestado a la Patria, unido a la alegría de este feliz retorno"...

Día 24 de Junio.- Un párrafo de la noticia dada sobre el licenciamiento del Batallón, que se produjo el mismo día 23, y que se refería a los integrantes de la Unidad, no castellonenses :
" ...Al reconocerles la más cordial bienvenida , estamos seguros de que para ellos también constituirá un orgullo e imperecedero recuerdo este servicio a la Patria, que a través de la Agrupación de Infantería Tetuán,14 les liga también indeleblemente a Castellón..."

.....

Con el licenciamiento de aquel reemplazo, con el " ¡ Hasta siempre ! " de los expedicionarios de Ifni, muchos corazones, tanto de los que se iban del acuartelamiento como de los que seguirían permaneciendo en él, comprendieron que daban fin a un período muy significativo de sus vidas. No fue extraño, por tanto, ver a numerosos de aquellos bravos soldados abrazados y llorando como niños en el momento de la despedida.

Como algo inusual, y que sólo llega a suceder en ocasiones excepcionalmente destacadas, muchos oficiales, suboficiales y cabos primeros jefes de pelotón abrazaban con entrañable afecto a bastantes de aquellos que se les marchaban para siempre, y al hacerlo notaban que con ellos se les iba un pedazo de su alma.

Durán y los que por última vez eran sus hombres lo pasaron sinceramente mal en la despedida. Abundantes lágrimas cayeron por algunas mejillas y a todos les costó enormes esfuerzos poderse dar el adiós definitivo. Los sirvientes de las ametralladoras presentían que no sería fácil volver a verse de nuevo, después de

aquel día. El abrazo de Esteban y Quiquet fue uno de los más entrañables.

Tras este licenciamiento, el jefe del pelotón, Durán, como igualmente sucedería a otros pequeños mandos del Batallón, estuvo varios días vagando por el interior del cuartel como si algo importante le faltara.

Independientemente de su gran alegría por estar de nuevo con sus familias, también ocurrió cosa parecida a decenas de expedicionarios, una vez hubieron éstos regresado a sus hogares.

Y es que un año...un año estando juntos a todas horas del día, compartiendo muchas penas y pocas alegrías, era demasiado tiempo para luego no echarse de menos...

E P I L O G O

Hoy, transcurridas casi cuatro décadas desde la salida del Batallón Tetuán con destino a Ifni, todavía pueden verse a muchos de sus antiguos expedicionarios caminar sin prisas por las calles de los pueblos y ciudades de nuestras provincias, especialmente por las de Castellón, Valencia y Murcia.

Es muy probable que en los corazones de estos hombres, que en 1958 encarnaban una magnífica promesa de futuro, aún se conserve el mismo espíritu de lucha y entrega que tanto les caracterizara en aquellas lejanas fechas.

Sin duda, continúan empeñados en el duro esfuerzo de llevar cada día a sus hogares ese difícil salario que proporcione a los suyos una vida lo más digna posible, y es seguro también que siguen manteniendo la ilusión y esperanza de dejar a sus hijos y nietos ese mundo mejor que el que ellos heredaron; esa España más justa, más solidaria y más libre que todos anhelamos; la Patria que sus almas aprendieron a amar y respetar en su juventud, como antes lo habían aprendido sus mayores. Hoy, afortunadamente, esa España es más próspera...y más hermosa.

Ifni es un lejano recuerdo que pervivirá siempre en los "tetuaníes", uniéndolos a todos ellos como a una piña a través del tiempo y del espacio.

Demasiadas cosas experimentaron estos hombres en aquel pequeño territorio como para que, con el transcurrir de los años, pudieran ser fácilmente olvidadas. Allí conocieron, en toda su intensidad y grandeza, el verdadero significado y valor de las palabras : madre, padre, esposa, hijos, hermanos, novia, amigos... ¡ tierra !...

No importa saber realmente qué sucedió con las vidas de los principales personajes de este relato (¡ jamás más importantes que las de aquéllos cuyos nombres no aparecieron en él, ¡ tarea imposible !); no obstante, si alguien desea conocer qué fue de los cuatro amigos castellonenses, sólo hay que poner un poco de imaginación - ¡ no mucha ! - y podrá descubrirlos...así :

Esteban hizo periodismo y ejerce dicha profesión sin haber renunciado jamás a sus ideales de entonces, y continúa, más que

nunca, poseyendo aquellas virtudes que tantos amigos le proporcionaron. Sigue siendo honrado y cabal en su acción y en su pensamiento, y aunque no tiene descendencia, comparte su vida con una extraordinaria mujer de la que está más enamorado cada día.

Nebot consiguió superar su bache de amor juvenil al poco de llegar a Castellón, gracias a una joven vecina suya, que, sin él saberlo, estaba colada por sus huesos desde que ella tenía diez o doce años. Hoy vive feliz y satisfecho, y trabaja en un almacén de naranjas ; tiene tres hijos y dos nietos.

Tonet, ¡ quién lo iba a decir !, es un sindicalista de bien que lucha con coraje y tenacidad por los derechos y reivindicaciones de los trabajadores, quienes le tienen en gran estima y respetan al máximo sus consejos e indicaciones, ¡ es un bravo luchador !

Quiquet lleva una vida un poco más oscura y retirada que sus antiguos compañeros. Trabaja en las labores del campo y es inmensamente feliz con una mujer algo mayor que él, que le ha dado cuatro hijos que son la admiración y envidia de todos sus vecinos. Estos hijos, a su vez, han empezado a darle los primeros nietos.

De cuando en cuando, los hombres de Esteban recuerdan con nostalgia el año vivido en Ifni, y no olvidan a quien nunca más, después de licenciarse, volvieron a ver : Durán.

Tonet se enteró, a últimos de los setenta, y así se lo hizo saber a sus viejos camaradas, que el jefe del pelotón se encontraba, ¡ ya de oficial !, destinado en una guarnición insular, y que estaba casado con una joven de Castellón. ¡ Siempre le desearon suerte en su vida militar !

Algunos de los cerca de ochocientos cuarenta expedicionarios, desgraciadamente, ya no se encuentran entre los mortales, pero su recuerdo, el puesto que ocuparon con tesón y espíritu de sacrificio en el Batallón, siempre permanecerá guardado por el resto de sus camaradas.

No sería difícil, pues, en la oscuridad y silencio de las noches de verano, teniendo la oportunidad de pasear libremente por la explanada de tiendas y barracones del campamento de Montaña Negra, cerrando los ojos, abriendo el corazón y agudizando los sentidos, oír las risas y voces de los "tetuaníes" expedicionarios; y verlos también cómo, orgullosos y altivos, desfilan airoso con sus Compañías, mientras cerca, muy cerca, quienes tanto les aman les ovacionan rabiosamente.

¡ Sí, allí están !...

En primera fila, la fila de más honor, se encuentran todos los que ya se han ido ; en las siguientes, los que aún permanecen...

Tonet, con el mosquetón bien sujeto, siempre junto a sus eternos compañeros, ríe y dice algo en voz baja a Nebot, quien, como si le hubieran contado lo más divertido del mundo, abre su boca en ancha sonrisa. Esteban, todavía sin galones, con el desfile muy tomado en serio, está atento y esperando ejecutar el vista a la derecha. Quiquet casi no puede sostener el fusil y va muy alterado porque acaba de perder el paso..., ¡ pero pronto lo recupera !

No lejos de ellos están Sánchez, Canito, Evaristo, Vicent, Andreu, Barrachina, Martín, Beltrán, Agut, Ortiz, Víctor, Cantero, Jiménez, "El Brujo", Barreda, Iglesias... ¡ Todos hombres de bien !

En la cabeza del Batallón y de sus Compañías, pueden verse al jefe, oficiales, suboficiales y cabos primeros -sus mandos en IFNI-, especialmente orgullosos por el inmenso honor que significa para ellos el tener bajo su responsabilidad a los miembros de esta ejemplar Unidad, que pronto dejarán en su memoria un imperecedero recuerdo, y que aquí, junto a los hombres que siempre les demostraron inquebrantable lealtad, no obstante los muchos sufrimientos que a veces padecieron algunos de ellos, queremos reseñar para orgullo propio y de sus familiares, así como para que quede constancia escrita de su paso por el continente africano".

Comandante expedicionario D. Jesús Arpón Martínez (Jefe Bón)

Capitán expedicionario	D. Enrique Rojas Torres (Jefe 1ª Cía.)
" "	D. Jesús Oliver Fernández (Jefe Ar. Ps.)
" "	D. Manuel Salvador Gaspar (Ayudante Bón)
" "	D. Rolando Camacho Bautista (Jefe 3ª Cía)
" "	D. Bernardo Crespo Ruiz (Relevo 2ª Cía)
" "	D. Angel Gonzalbo López (Jefe 2ª Cía)
" "	D. Enrique Sánchez García (Relevo 1ª Cía)
Capitán médico exped.	D. Antonio Corvacho Vázquez
Capitán Capellán "	D. Rafael Santamaría Martínez
Teniente expedicionario	D. Julio Sancho Pitarch
" "	D. Julián Castresana Díaz
" "	D. Joaquín Aznar Gracia
" "	D. Alejandro De Diego
" "	D. Angel Estrada Vergara
" "	D. Rafael Hernández Cortés

Teniente expedicionario	D. José A. López González
"	D. Santiago López Vergel
"	D. Amadeo Martínez Inglés
"	D. Juan Oria de Rueda Fontán
"	D. Francisco Peña Montoro
"	D. Bartolomé Román García
"	D. Eduardo Sobrino González
"	D. Pedro Vega Paine
Teniente Sanidad exped.	D. Mateo Margarit Balaguer
Brigada expedicionario	D. José Alonso Rodríguez
"	D. Juan Andrés Vega
"	D. Aquilino Becerril Gaspar
"	D. Luis Lucas Mateo
"	D. Aristides Martín Seco
"	D. José Teba Gómez
"	D. Jesús Corral Cuadrado
Sargento expedicionario	D. Vicente Alcácer Granero
"	D. Miguel Abión Alfonso
"	D. José Chamorro Ruiz
"	D. Cipriano Díaz-Tendero Huerta
"	D. Amancio Gómez Aguado
"	D. Antonio Guía Simó
"	D. Manuel Iglesias Feijó
"	D. Manuel Lorenzo Rodriguez
"	D. Juan Montesó Solé
"	D. Valeriano Muñoz Cabañas
"	D. Francisco Pajares Calvo
"	D. Eutimio Pinar Piqueras
"	D. Florencio Saiz Ibáñez
"	D. Fidel Santín González
"	D. Guzmán Sastre Tuda
"	D. José Serer Mula
"	D. Valentín Torres Jiménez
"	D. Javier Zunzarren Peralta

CABOS PRIMEROS EXPEDICIONARIOS

D. Francisco Campillo Blanco D. Pedro Castellanos Muñoz

D. Juan Decelis Palomino	D. Jesús Abellán Segovia
D. Santiago Arcas García	D. Vicente Ferrín Ferrer
D. José Pardo Villena	D. Jesús Sáiz Martínez
D. Francisco Esparcia Navarro	D. Virgilio Medrano Real
D. Alberto Almansa Cervera	D. Alfonso Fernández Eguren
D. Hector Torres Ayna	D. Manuel Lara Pastor
D. Santos Castellblanque Lar.	D. Alberto Paños Dukali
D. Basilio Bayarri Anglés	D. Ignacio Sanabria Pérez
D. Joaquín Mañogil Mansilla	D. Alfonso López Gutiérrez

CABOS EXPEDICIONARIOS

D. José Clausich Sánchez	D. Salvador Colomer Montoliu
D. Adolfo Corbatón Adell	D. Juan Corredera Pérez
D. Miguel Cubero Ribelles	D. Juan Chaume Ramos
D. Pedro Escribano Ruiz	D. Manuel Escrig Villaplana
D. Eugenio Espinosa Ibáñez	D. Vicente Esteve Ruiz
D. Vicente Esteve Ureña	D. Manuel Fenollosa Sierra
D. Vicente Ferrer Luis	D. Juan Fontanet Pla
D. José A. Fresquet Silvestre	D. José Gallén Cerdà
D. Esteban García García	D. Manuel García Riba
D. José Gargallo Gargallo	D. Manuel Garnés Garnés
D. Antonio Gil Bonanat	D. Vicente Gil García
D. Rafael Gil Gil	D. Federico Gil Ibañez
D. Saturnino Gil Pascual	D. Juan F ^º Jiménez García
D. Salvador Gómez Galindo	D. Joaquín González Rechea
D. Vicente Gozalbo Fenollosa	D. Jesús Gregorio Gil
D. Juan Guardiola Meseguer	D. José Guzmán Rodríguez
D. Manuel Heredia García	D. Victoriano Hernández Esparcia
D. Juan Izquierdo Latorre	D. Eduardo Jordán Escriche
D. Angel López Taltabull	D. Vicente Luján Huerta
D. Francisco Lluch Meseguer	D. José Marín Ordaz
D. Juan A. Martí Godex	D. Gonzalo Martín Andrés
D. Federico Martín López	D. Juan Bta. Mingarro Capella
D. José Miralles Forcadell	D. Juan María Molina García
D. Manuel Moliner Palatsí	D. Bartolomé Motos López
D. Víctor Nebot Navarro	D. Ramón Niñerola Bel
D. Julián Parreño Castillejo	D. José A. Pascual Doménech
D. Raúl Pascual Fortea	D. José A. Paulo Aragonés

D. Andrés Civera Jarque	D. Feliciano Gasulla Vallés
D. Daniel Gómez Estivill	D. Enrique Guimerà Guimerà
D. Emiliano García Martínez	D. Francisco Navalón Martínez
D. Enrique Navarro Cortés	D. Jaime Navarro Ferrero
D. Francisco Navarro Juan	D. Ernesto Oliver Pons
D. Ramón Oliver Tribaldo	D. Francisco Pardo Blasco
D. Joaquín Pardo Ferreira	D. Jaime Pérez Ferriz
D. Vicente Pérez Rubio.	D. Antonio Hernández Riquelme .
D. Domingo Hernández Montalbán	D. Antonio Lamarca Ramírez
D. Miguel Jiménez Martínez	D. José Iniesta Sánchez
D. Angel Jiménez Lacosta	D. Angel Herrero Carmona
D. Alfredo Hernández Pérez	D. Juan Valero Abellán
D. Juan Valero Muñoz	D. Nemesio Asensio Villa
D. Antonio Balsalobre Verdú	D. Pedro Bañón Castaños
D. Antonio López del Moral	D. Joaquín Garcés García
D. Miguel Alonso Adsuara	D. Alfonso Paz Moreno

TELEMETRISTAS EXPEDICIONARIOS

D. Juan A. Nacher Campany	D. José Nicolás Almiñana
D. Enrique Palmi García	D. José Ibáñez Fuertes
D. Francisco Beltrán López	D. Jerónimo Molina García

SERVICIOS SANITARIOS EXPEDICIONARIOS

D. Juan Gómez Martínez	D. Juan Martí Vicent
D. Vicente Monfort Catalán	D. José Hidalgo Pintado

CONDUCTORES EXPEDICIONARIOS

D. Delfín Conesa Cubero	D. Vicente Corella Guillamón
D. Tomás Escrig Escrig	D. Manuel Esteller Cervera
D. Alfredo Fernández Seder	D. Isidoro Fortuño Granell
D. Juan Fuster Navarro	D. Antonio González Sabater
D. José G. Ballester	D. José M ^a Lleixà Lleixà
D. José Martín Pitarch	D. José Miralles Escrig
D. Alfredo Pellicer España	D. Rafael Penadés Cerdà

SOLDADOS EXPEDICIONARIOS

(Caja de Reclutas n^o 32/ Castellón)

D. José M ^a Ibáñez Ibáñez	D. José Cervera Pallarés
D. José Cervera Ventura	D. Hilario Collado Collado
D. Manuel Comos Caballer	D. Julio Estrada Guimerà
D. Manuel Flor Mor	D. Francisco Fuentes Vives
D. Julio García Ibáñez	D. Francisco García Ortiz
D. Atanasio Gargallo Branchat	D. Antonio Gayete Ibáñez
D. Francisco Gil Cabañes	D. Heredio Gil Dealbert
D. Vicente Gil Mañes	D. Eduardo Gil Moliner
D. José Gil Moliner	D. Bernardo Giménez Ibáñez
D. José Gimeno Pérez	D. José M ^a Gimeno Villaplana
D. Adrián Giner Níñerola	D. Manuel Ginés Ginés
D. José M ^a Gómez Marques	D. Manuel Gonzalbo Nebot
D. Miguel Granel Flor	D. Juan Granel Ibáñez
D. Jesús Granel Mor	D. Domingo Granell Granell
D. Adelio Guarela Ariño	D. Rafael Guillamón Castillo
D. Daniel Guillamón Flor	D. Ramón Guillamón Pradas
D. Ramón Guimerà Balaguer	D. Domingo Guimerà Cardona
D. Juan Hernández Bort	D. José Herrero Barras
D. Manuel Herrero Gil	D. Mariano Ibáñez Bolos
D. Vicente Ibáñez Castillo	D. Fernando Ibáñez Llach
D. José Ibáñez Llorca	D. Antolín Ibáñez Peña
D. Enrique Ibáñez Porcar	D. Vicente Iniesta Domínguez
D. Basilio Iserte Castillo	D. Luis Iserte Olaria
D. José Izquierdo Bernís	D. Antonio Izquierdo Tamborero
D. Juan Alcalá Grifo	D. Emilio Beltrán Sancho
D. Constantino García Aparicio	D. Francisco Claramonte Molina
D. Enrique Clausell Arquimbau	D. Juan Bta. Clausell Juan
D. Francisco Clausell Sebastián	D. Francisco Clausell Lucas
D. Pedro Clemente Guijarro	D. José Climent Vallés
D. José Clofent Guarri.	D. Emilio Clofent Valero .
D. Manuel Colás Villanueva	D. Vicente Colonques Amor
D. Juan Compte Cerdà	D. Joaquín Compte Fabregat
D. Francisco Conill Marzá	D. Vicente Corma Marín
D. Ramón Cortés Vilaplana	D. Pablo Cuadros Almazán
D. Alfonso Cubertorell Serra	D. José A. Cuesta Sánchez
D. Daniel Cuevas Herrero	D. Andrés Chabrera Marín
D. Manuel Chabrera Pons	D. Emilio Chiva Ibáñez
D. Vicente Chiva Moreno	D. José Chiva Santamaría
D. Ricardo Chiver Vicente	D. Evaristo Chordà Subies

D. Víctor Dalmau Ferrer	D. José Dalmau Sánchez
D. Vicente Della Cervera	D. Enrique Dausdat Marín
D. José Diago García	D. Manuel Diago Navarro
D. José M ^a Díaz Andreu	D. Francisco Díaz González
D. Manuel Díaz López	D. José Doménech Garcés
D. Alfonso Doménech Villa	D. Otilio Domingo Ahicart
D. Francisco Domingo Peña	D. Pascual Doñate Franch
D. Angel Doñate Portolés	D. Vicente Doñate Sorribes
D. Jaime Drago Castillo	D. Jacinto Duch Vallés
D. Pedro Durán Cabeza	D. Vicente Ebrí Moya
D. Hermenegildo Edo Barreda	D. Ramón Edo Gallén
D. Magín Edo García	D. José Edo Lliberós
D. Joaquín Edo Rovira	D. Ginés Egea Navarro
D. José Egea Pérez	D. Manuel Escartí Monfort
D. Vicente Escrig Aparici	D. Juan A. Escrig Belenguer
D. Amable Escrig Centelles	D. Francisco Escrig Moliner
D. José Escorihuela Arnau	D. Valentín Esteban Polo
D. Manuel Esteller Cañado	D. Antonio Esteller Ferró
D. Agustín Esteller Roca	D. Lorenzo Esteve Bort
D. Vicente Esteve Castellano	D. Ismael Esteve Roig
D. José Fábrega Climent	D. Vicente Fabregat Alvado
D. Joaquín Fabregat Persiva	D. Avilio Fabregat Roig
D. Juan Falomir Mateu	D. José Falomir Pallarés
D. Juan Bta. Fandos Ferrada	D. Bautista Fandos García
D. Leandro Farinós Medina	D. José M ^a Farré Manrique
D. Manuel Fas Orenge	D. Miguel Fayos Montesinos
D. José Felip Gómez	D. Ernesto Fenollosa Ortiz
D. Abelardo Fernández Santiago	D. Vicente Ferrà Ribera
D. Jaime Ferrando Campos	D. José Ferrando Campos
D. Antonio Ferrando Marcos	D. Cristóbal Ferrando Monterde
D. Vicente Ferrando Traver	D. José Ferrada Pérez
D. Matías Ferreira Pastor	D. Salvador Ferrer Jiménez
D. Vicente Ferrer Gurgui	D. Santiago Ferrer Ripoll
D. Antonio Ferrer Vidal	D. Manuel Ferreres Ballester
D. Alejandro Ferreres Ferreres	D. Juan Figuerola Agramunt
D. Alberto Foix Maura	D. Hermenegildo Folgueroles Bellés
D. Francisco Fondarella Ferran.	D. Manuel Fenollosa García
D. Emilio Fonte Juan	D. Francisco Forcada Vidal
D. José Forés Escrig	D. Antonio Forés Gallén
D. Manuel Forés Marchirant	D. José Forés Trilles

D. Joaquín Fornás Salvador	D. Juan Forner Adell
D. José Forner Lacruz	D. Agustín Forner Nolla
D. Francisco Forner Sirvant	D. Isidoro Fontanet Escrig
D. Manuel Fortea Nadal	D. Pascual Fortuño Rochera
D. Francisco Francisco Arenós	D. Francisco Franch Castelló
D. José Franch Soriano,	D. José Fresquet Arnau
D. Baltasar Fuentes Cabeza	D. Alvaro Fullera Marzá
D. Joaquín Fuster Cerdà	D. Manuel Fuster Esteve
D. Enrique Fuster Molina	D. Bartolomé Gavalda Tel
D. Juan Galera Martínez	D. Antonio Galindo Sánchez
D. Antonio Galmes Marín	D. Miguel Gallego Bellés
D. José Gallego Blanch	D. Manuel Gallego Tomás
D. José Gallén Edo	D. Antonio Gallén Escrig
D. Vicente Gallén Salvador	D. Francisco Garay Arnau
D. Federico García Ahicart	D. José García Basauri
D. Vicente García Beltrán	D. Manuel García Bernat
D. Samuel García Bernat	D. Félix García Cañas
D. Antonio García Castell	D. Andrés García Córdoba
D. Eugenio García Edo	D. Ospicio García Forés
D. Antonio García García	D. Pascual García Gómez
D. José García Guiral	D. Luis García Mateu.
D. Martín García Mena	D. Alfredo García Pallarés
D. Manuel García Peris	D. Manuel García Sebastià
D. Manuel García Segarra	D. Vicente García Tomás
D. Rogelio García Traver	D. Eladio García Zapata
D. Daniel Gargallo Miñana	D. José Gargallo Salvador
D. Pascual Gas Forner	D. Gabriel Gasch Monserrat
D. Manuel Gauchía Talamantes	D. Vicente Gavara Pellicer
D. Enrique Gil Alós	D. Vicente Gil Canós
D. Francisco Gil Cerdà	D. Joaquín Gil Gil
D. Francisco Gil Julián	D. Manuel Gil Just
D. Domingo Gil Llopis	D. Santiago Gil Mínguez
D. Manuel Gil Oliver	D. Antonio Gil Torrejón
D. Ramón Gil Zurita	D. Juan M. Jiménez Pastor
D. Miguel Gimeno Balaguer	D. José Gimeno Balaguer
D. Juan Gimeno Cabedo	D. Emilio Giner Selma
D. Joaquín Girona Ramos	D. José Godos Guerola
D. Francisco Gómez Bayo	D. Blas Gómez Bonet
D. Vicente Gómez Carratalá	D. Francisco Gómez Onrubia
D. Gerónimo López Lobo-Pavón	D. José Gómez Meliá

D. José Gómez Saez	D. Vicente Gonell Aparici
D. Rafael Gonell Seguer	D. Antonio Gozalbo Sabina
D. Angel González González	D. Joaquín González Moreno
D. Luis Gorris Clausell	D. Vicente Goterris Garcés
D. José Goterris Barberá	D. Juan Gonzalo Del Campo
D. Tomás Gozalvo Jiménez	D. Francisco Gonzalvo Pallarés
D. Vicente Granell Burillo	D. Miguel Granell Marzá
D. Francisco Grau Meseguer	D. Jospe Gregori Abad
D. José Gregori Escrig	D. Vicente Grifo Cervera
D. Salvador Grifo Rochera	D. Alfredo Griñó Vidal
D. José Guaita García	D. Miguel Guardiola García
D. Francisco Guerrero Sánchez	D. Jaime Guía Llorens
D. Vicente Guía Roig	D. Eduardo Guillamón Gargallo
D. Pascual Guillamón Guillamón	D. José Guimerà Grifo
D. Plácido Guimerà Roca	D. Emilio Guinot Fandos
D. José Ma Guinot Figàs	D. Manuel Hernández Antón
D. Juan Hernández García	D. Victoriano Hernández García
D. José Hervás García	D. Vicente Hervás Lázaro
D. Manuel Hervás Llorca	D. Joaquín Herrando Gil
D. Vicente Herrando Porcar	D. Manuel Herrera Ebrí
D. Pascual Herrera Moya	D. Castro Herrera Onrubia
D. Gilberto Herrero Conde	D. José Herrero Ibáñez
D. Paulino Hita Martínez	D. Vicente Huguet Bolta
D. Juan Huguet Pérez	D. Francisco Humanes Garceruño
D. Antonio Hurtado Soler	D. José Ibáñez Ibáñez
D. Rafael Ibáñez Lombarte	D. Manuel Ibáñez Manrique
D. Damián Ibáñez Orenga	D. Daniel Ibáñez Palanques
D. Emiliano Ibáñez Romero	D. Diego Infernón Huesca
D. Vicente Isert Michavila	D. Victor Iserte Castillo
D. Francisco Ibars Sevilla	D. Juan Vte. Jericó Tena
D. Emiliano Jiménez Cano	D. Silvestre Jiménez Díaz
D. José Jiménez García	D. José José Montañés
D. Francisco Jover Masip	D. Otilio Juan Bellés
D. Juan Juan Beltrán	D. Domingo Juan Ibáñez
D. José Juan Martínez	D. Manuel Juan Monzó
D. Manuel Juan Pertegás	D. Eduardo Juliá González
D. Juan Julián Prats	D. Daniel Jilvestre Martí
D. José Lafuente Valls	D. Silvestre Lajara Ruiz
D. Bernanrdo Lara Pérez	D. Juan Lara Traver
D. Casimiro Lay Gómez	D. Felipe Lázaro Lázaro

D. Rafael Lázaro Navarre	D. Ezequiel Lázaro Segura
D. Benedicto Lázaro Serrano	D. Agustín Lidón Soriano
D. Juan López Davia	D. Juan A. López García
D. Luis López López	D. Pablo López Moragón
D. José López Ramos	D. José López Silvestre
D. Ramón Lorente Boix, 1 ^a	D. Ramón Lorente Boix, 2 ^a
D. Antonio Lorente Castell	D. Domingo Lorente Montañés
D. Francisco Lorient Giner	D. Ramón Lucas Casals
D. José Luis Cantabella	D. José Llabina Vidal
D. Francisco Lliberato Collado	D. Lauro Lliberós Nebot
D. Vicente Llobet Sanagustín	D. Francisco Llobregat Santacruz
D. Ramón Llop Ferrandis	D. Pascual Llop Guinot
D. Juan Bta. Llopis Guinot	D. Bautista Llorens Cañada
D. Leopoldo Macián Lázaro	D. Joaquín Macián Mangot
D. Luis Macián Nebot	D. Juan Mallén Berceño
D. Alfredo Mancedo Espinosa	D. Pedro Manero Eixarch
D. Pedro Monjón Robles	D. José M ^a Manrique Colón
D. José M ^a Manrique Pesudo	D. Joaquín Manzano Vilar
D. Enrique Manzanet Ripollés	D. Vicente Manzano Andreu
D. Fernando Mañes Bertolín	D. Vicente Mañes Bertolín
D. Enrique Manzanet Gari	D. Francisco Mañes Fornás
D. Vicente Mañes Rius	D. José Mañes Arnau
D. Vicente Mañes Folch	D. José Marco Arnau
D. Vicente Marco Comino	D. Joaquín Marco Guiral
D. Julián Marco Polo	D. José Marco Salvador
D. Manuel Marcos Salvador	D. Joaquín Mañes Arnau
D. Antonio Marín Clemente	D. Sandalio Marín Gil
D. José Marín Iturat	D. Manuel Marmaneu Fabregat
D. Francisco Marques León	D. Tomás Martí Balaguer
D. Eusebio Martí Bellés	D. José Martí Santell
D. Evelio Martí Ejarque	D. Manuel Martí Fabregat
D. Vicente Martí Ferrando	D. Aniceto Martí Marín
D. Joaquín Martí Peirats	D. Oscar Vte. Martí Prades
D. Víctor Martí Ribes	D. José Martí Trilles
D. Vicente Martí Vicent	D. Ramón Martín Bagán
D. Felipe Martín López	D. Joaquín Martín Macián
D. Guillermo Martín Rogues	D. Daniel Martín Ruiz
D. Vicente Martín Vinuesa	D. Vte. Martinavarro Martinavarro
D. Miguel Martínez Albert	D. Cristóbal Martínez Aliaga
D. Angel Martínez Aráñez	D. Antonio Martínez García

D. Eduardo Martínez García	D. Ramón Martínez Hernández
D. Francisco Martínez Jiménez	D. Sebastián Martínez López
D. Francisco Martínez Mahiques	D. Salvador Martínez Martínez
D. Bautista Martínez Miralles	D. José Martínez Roca
D. Ricardo Martínez Romero	D. José Martínez Rosalén
D. José Martínez Rubio	D. José Martínez Ruiz
D. Vicente Martínez Traver	D. Juan Marzá Capdevila
D. Agustín Marzá Boix	D. Fernando Mas Alcácer
D. Modesto Mas Mollón	D. Ramón Mas Prades
D. Francisco Masia Marco	D. Alfredo Masip Segarra
D. Vicente Marco Albalat	D. Agustín Mateos Barreda
D. José Mateo Fabregat	D. José M ^a Mateo Gual
D. Pascual Maximino Beltrán	D. Gregorio Marzá Sabuco
D. Cristóbal Mergarejo Santos	D. José Melià Murcia
D. Francisco Menes Ferrer	D. José Mercedes Morera
D. Francisco Meseguer Saló	D. Manuel Mestre Ferrando
D. Ramón Mestre Roca	D. Vicente Micó Rochera
D. Eutiquio Millán Ramírez	D. Vicente Miñana Pla
D. Antonio Miñana Royo	D. Teodoro Mir Arto
D. Salvador Mir Bou	D. Juan Miralles Avila
D. Vicente Miralles Esteller	D. José Miralles Segarra
D. José Miralles Tena	D. Antonio Miravet Vicente
D. Blas Miró García	D. Mariano Molina Castaler
D. Longino Moliner Dealbert	D. Domingo Moliner Fausto
D. Fernando Moliner García	D. Gilberto Moliner Gas
D. Vicente Moliner Marzá	D. Santiago Moliner Monzó
D. Santiago Moliner Morte	D. Manuel Moliner Porcar
D. Vicente Moliner Salvador	D. José P. Moliner Casalta
D. José Molins Roig	D. Agustín Mollar Aguilar
D. Odón Mollón Safont	D. Joaquín Mon Erdozain
D. Francisco Mon Lleó	D. Jacinto Monferrer Barreda
D. Vicente Monferrer Gulla	D. Eugenio Monferrer Vidal
D. Juan Monfort Barreda	D. Joaquín Moya Capilla
D. Lucas Monfort Escrig	D. José Monfort García
D. Julio Monfort García	D. Francisco Monfort Gil
D. Jaime Monfort Tena	D. Miguel Monleón Cercos
D. Vicente Monroig Vicente	D. Andrés Monserrat Milián
D. Joaquín Monzó Navarro	D. Francisco Montañés Rosell
D. Antonio Monte Gil	D. Timoteo Monte Navarro
D. Francisco Montes Leiba	D. José Montesinos Bonet

D. Antonio Montilla Herrador	D. Miguel Montoliu Descalzo
D. José Ma Montoliu Ballester	D. José Montoliu Montoliu
D. Joaquín Montull Segarra	D. José Monzonís Rovira
D. Ramón Mor Montoliu	D. Manuel Mora Martínez
D. Vicente Morán Ferrer	D. Vicente Moratalla Revilla
D. Alfonso Moreno Juárez	D. Enrique Moreno Sanjuán
D. Juan Bta. Moreno Usó	D. Manuel Moros Cerdá
D. Juan Mulero Aragonés	D. José Muñoz Díaz
D. Manuel Pastor Lara	

(Cajas de Reclutas N° 33 y 34/Murcia)

D. Antonio Igualda Lacárcel ✓	D. Juan Giménez Herrero ✓
D. Julián Hernández Alcón ✓	D. Angel Hernández Pérez ✓
D. Antonio Herrero Espinosa ✓	D. Manuel Herrero Sánchez ✓
D. Ginés Giménez López ✓	D. Juan A. Hernández Romera ✓
D. Bartolomé Hernández Surano ✓	D. Manuel Ibáñez Sánchez ✓
D. Pedro Giménez Poveda ✓	D. Juan P. Giménez Reinaldo ✓
D. José Hernández Manzanera ✓	D. Francisco Hurtado Pérez ✓
D. Ginés Hernández Pérez ✓	D. Antonio Giménez Martínez ✓
D. Pedro Izquierdo García ✓	D. Manuel Hernández Sánchez ✓
D. José Giménez López ✓	D. Pedro Giménez Pardo ✓
D. Manuel Giménez Angosto ✓	D. José Hernández Freixinés ✓
D. Antonio Hernández López ✓	D. Rufino Hernández Roca ✓
D. Honorato Hernández Sánchez ✓	D. Francisco Iniesta Giménez ✓
D. José Giménez García ✓	D. Francisco Giménez López ✓
D. Manuel Hernández Valera ✓	D. Angel Ibáñez Flores ✓
D. Vicente Ignoto Sánchez ✓	D. José Giménez Ortega ✓
D. Jesús Hernández Lechuga ✓	D. Carmelo Hernández Rubio ✓
D. José Iniesta Muñoz ✓	D. Ginés Giménez Hernández ✓
D. José Herrero Gil ✓	D. Manuel Herrero Redondo ✓
D. Francisco Herrero Seguí ✓	D. Francisco herrero Pérez ✓
D. Antonio Huesca Abad ✓	D. Angel Iglesias García ✓
D. Joaquín Illán Llach ✓	D. José Giménez Rubio
D. Miguel Giménez Rubio ✓	D. José M. Hidalgo Víctor ✓
D. Francisco Ignoto Navarro ✓	D. José Iniesta Baños ✓
D. Carmelo Hernández Castán ✓	D. Miguel Giménez Rubio ✓
D. Francisco Hernández Martínez ✓	D. Francisco Giménez Muñoz ✓
D. Ginés Giménez Nogueras ✓	D. Antonio Giménez Giménez

D. Félix Sánchez Guirau ✓	D. Juan Sánchez Navarro ✓
D. Pedro Teruel Puestas ✓	D. Jesús Triguero Sánchez ✓
D. Alonso Tudela Talavera ✓	D. Juan Villalba Martínez ✓
D. José Abellán Muñoz ✓	D. Andrés Abril Talavera ✓
D. Antonio Agudo Sandoval ✓	D. Francisco Alcolea Molina ✓
D. Pedro Alvarez Delgado ✓	D. Juan Alvarez Gracia ✓
D. Antonio Del Amor Espejo ✓	D. Gregorio Amor García ✓
D. Antonio Amor Martínez ✓	D. Manuel Del Amor Martínez ✓
D. Antonio Aragonés Núñez ✓	D. Francisco Aroca Caballero ✓
D. Antonio Avellaneda Esteve ✓	D. Manuel Ayala Molina ✓
D. Regino Ayala Palafón ✓	D. Francisco Ayala Risueño ✓
D. Andrés Baeza Ayala ✓	D. Juan Balibrea Peñalver ✓
D. Juan Balibrea Sánchez ✓	D. José Del Baño Gómez ✓
D. José Baño Giménez ✓	D. Pablo Barbero Torres ✓
D. Pedro Barbero Balsalobre ✓	D. Juan Barquero Martínez ✓
D. Francisco Benavente López ✓	D. Gabriel Bermejo Martínez ✓
D. Alfonso Bermúdez Alderete ✓	D. Juan Bernal García ✓
D. Pedro Camacho Racionero ✓	D. Emilio Cano Molina ✓
D. Manuel Carmona Sánchez ✓	D. Antonio Cárpena Candela ✓
D. Celestino Carrillo Carrillo ✓	D. Pedro Corbalán Hidalgo ✓

(Caja de Reclutas n.º 29 Jativa/Valencia)

D. Francisco Nacher García ✓	D. Felipe Navalón Ferrandis ✓
D. Miguel Navalón Peñalva ✓	D. José Navalón Tolosa ✓
D. Ezequiel Navarro Alopus ✓	D. José Navarro Escrivá ✓
D. José Navarro Garrido ✓	D. Julio Navarro Iranzo ✓
D. Pablo Navarro Martínez ✓	D. Victor Navarro Mora ✓
D. José M ^a Navarro Navalón ✓	D. Vicente Navarro Pérez ✓
D. Jesualdo Navarro Tornero ✓	D. Jesús Navarro Delvalle ✓
D. Fernando Naya Peiró ✓	D. Vicente Miclòs Plaza ✓
D. Ramón Nicolau Cucarella ✓	D. José Nogueras Martínez ✓
D. Fidel Nogués Martínez ✓	D. Cecilio Ocaña Lorente ✓
D. Fermín Ochando Tejedor ✓	D. Francisco Olaso Llinares ✓
D. Francisco Olcina Silvaje ✓	D. Salvador Oliver Argente ✓
D. Fidel Oliver Saiz ✓	D. Miguel Oltra Alberola ✓
D. Antonio Oltra García ✓	D. Isidro Onofre Pastor ✓
D. Eliseo Ordiñana Ribes ✓	D. Rafael Orenga Peiró ✓
D. José Oroval Barbera ✓	D. Carlos Oroval Sanmiguel ✓

D. Antonio Orquín Llorca ✓	D. Antonio Ortega García ✓
D. Francisco Ortells Baldoví ✓	D. Pedro Ortiz Beneito ✓
D. Ernesto Palacios Bartomeu ✓	D. José Palau Biosca ✓
D. Joaquín Palazón García ✓	D. Ramón Palencia García ✓
D. Rosoendo Palero Grau ✓	D. Bautista Palomares Gomar ✓
D. Fermín Palomares Malo ✓	D. José Palomares Pérez ✓
D. Alejandro Palomares Serrans ✓	D. Francisco Palomares Belcher ✓
D. Vicente Palop Sanchís ✓	D. José Pallarés Latorre ✓
D. Juan Pallás Mas ✓	D. Rafael Pardo Boluda ✓
D. Juan Pardo García ✓	D. José Pardo Gómez ✓
D. Vicente Pardo Millet ✓	D. Alberto Pardo Sánchez ✓
D. Salvador Parra Gilabert ✓	D. Pedro Parra Roig ✓
D. Francisco Parra Ródenas ✓	D. José Parra Domínguez ✓
D. José Pascual Egea ✓	D. Agustín Peiró Ferrer ✓
D. Vicente Pellicer Serra ✓	D. Bautista Peñalva Carrión ✓
D. Guillermo Perales Falcó ✓	D. Benjamín Perales Llorens ✓
D. Manuel Peralta Lloret ✓	D. Francisco Pérez Montalva ✓

(Caja de Reclutas nº 25 de Jaén)

D. José Sampedro Galiano

Nota.- Tras intensas e infructuosas búsquedas, estas relaciones, excepto la de los cabos primeros, fueron facilitas en 1994 por el historiador de la Comarca de Morella D. Manuel Salvador Gaspar, teniente coronel retirado, Ayudante que fue del Batallón Tetuán 14 en Ifni y del coronel jefe del Subsector del citado territorio, a quien agradezco sinceramente las haya puesto a mi disposición, así como diversos apuntes y material fotográfico relacionados con nuestra inolvidable expedición.

Por la antigüedad, anotaciones y rectificaciones ilegibles que aparecen en estas listas, podría ocurrir que algunos nombres, empleo, función, Caja de Reclutas, etc. no se correspondieran con la realidad; por lo que pido disculpas anticipadas a todos aquellos compañeros cuyos datos no aparezcan correctos, e incluso (que podría suceder, especialmente en el caso de los jefes de pelotón) si alguno de los expedicionarios no se encontrara incluido en las relaciones, lamentable fallo que no sería achacable a mi gran interés para que todos nos veamos en las páginas finales de esta "crónica-novelada".

PLANTILLA DEL BATALLON EXPEDICIONARIO TETUAN 14

=====

Comandantes.....	1
Capitanes.....	5 (más dos por relevo)
Capitán médico.....	1
Capitán Capellán.....	1
Tenientes.....	14
Teniente Sanidad.....	1 (agregado)
Brigadas.....	5 (más dos por relevo)
Sargentos.....	18
Cabos Primeros.....	20
Cabos.....	86
Soldados.....	680

Suma Total... 832 (más 4 por relevo)

PROCEDENCIA DE LOS CABOS Y SOLDADOS

=====

Castellón y provincia.....	567
Murcia y Albacete.....	114
Valencia y provincia.....	84
Andalucía.....	1

7 6 6

Nota.- De la plantilla de cabos primeros del Batallón sólo se cita a los veinte que aparecen en una vieja relación, y en la que es posible no figuren todos aquellos que realmente marcharon a Ifni con el Tetuán 14.

BREVE RESEÑA DEL HISTORIAL DEL REGIMIENTO TETUAN 14

=====

- Recibe su nombre en conmemoración de la batalla de Tetuán, ocurrida el 4 de Febrero de 1860, y que fue ganada por el General O'Donnell, ocupándose la ciudad de Tetuán.

- Se crea el Regimiento el 1 de Septiembre de 1877, reinando Alfonso XII, por la fusión de los Batallones "Hellín" y "Monforte", pasando a la guarnición de Baleares.

En 1904 el Regimiento pasa destinado a LA PLAZA DE CASTELLON.

- De sus distintos números, ostenta el 14 desde 1944.

- A principios de 1993 tiene dos Batallones, el "GUADALAJARA", heredero del histórico "20" de Valencia, que participó en numerosas Campañas, entre ellas la de Villa-Bens (Cabo- Jubi, Sáhara) en 1958, y el "TARRAGONA", brillante participante en las guerras de Cuba y Marruecos, como también lo fue la Unidad antes citada.

EN SUS HECHOS HISTORICOS MAS DESTACADOS APARECE :

1880 : El Regimiento se traslada a Marruecos para la defensa de Melilla y de las islas Chafarinas.

1895 a 1898 : Uno de sus Batallones participa en la guerra de Cuba.

1921 : Envía nuevamente a su primer Batallón a la zona de Melilla.

1924 : Un Batallón es enviado a Larache y Alcazalquivir

1958-1959 : MARCHA AL AFRICA OCCIDENTAL ESPAÑOLA DURANTE LA CAMPAÑA DE IFNI SU BATALLON DE MANIOBRAS.

SECUENCIAS DE LA ULTIMA GUERRA COLONIAL ESPAÑOLA
(IFNI-SAHARA 1957-58) EN LA QUE INTERVINIERON LOS
BATAILLONES DE INFANTERIA VALENCIANOS, GUADALAJARA
20 (VALENCIA), SAN FERNANDO 11 (ALICANTE) y TETUAN
14 (CASTELLON).~

Con JOAQUIN FANDOS MARTINEZ, burrianense caído heroicamente en acto de servicio en la defensa de Sidi-Ifni en Diciembre de 1957, termina la contribución humana de las tierras castellonenses a la que ha sido, sin duda alguna, última guerra colonial española.

Fue aquella campaña africana -subterránea y silenciosa- una guerra casi secreta que marcó profundamente la vida de muchos ciudadanos españoles, particularmente la de numerosos valencianos, alicantinos y castellonenses, y que si bien no contó con la misma repercusión a nivel nacional que sí la tuvo la guerra de Marruecos de los años diez y veinte, produjo igualmente varios centenares de muertos, desaparecidos y heridos entre los miembros de las Unidades militares acantonadas en aquellos territorios, durante los años 1957 y 1958.

Creo sinceramente que el hecho de haber tomado parte en esta guerra colonial como expedicionario de los Batallones de Maniobras Guadalajara 20 (Sáhara) y Tetuán 14 (Ifni) me da una cierta ventaja o prerrogativa especial para, habiendo vivido buena parte de lo allí acontecido, poder escribir mejor (no en el sentido literal de la palabra, por supuesto) los avatares de ambos Batallones expedicionarios, fundamentalmente de la segunda de estas Unidades, el Tetuán 14, que permaneció exactamente el doble de tiempo que su hermano valenciano en el continente africano, Batallón al que yo me incorporé precisamente desde el tórrido desierto del Sáhara a primeros de Mayo de 1958, cuando aún no hacía mucho tiempo que acababa de estrenar los pantalones largos.

Espero y deseo que los amantes y estudiosos de estos temas puedan sentirse satisfechos con las secuencias que van a ir sucediéndose a continuación, y muy particularmente los cientos de camaradas castellonenses que, como yo, participaron también en aquella guerra africana, muchos de los cuales no llegaron a comprender jamás el porqué de ella, y mucho menos en su aspecto más trágico y doloroso: la pérdida de vidas humanas de tantos compañeros que nos precedieron en la llegada al territorio en unos pocos meses, y a quienes, permítanmelo ustedes, quiero dedicar los pequeños esfuerzos realizados para hacer posible este resumen de las acciones bélicas desarrolladas durante la campaña de Ifni-Sáhara 1957-58.

(II)

Tras la II Guerra Mundial, en la que todo el mundo sabe no tomamos parte activa los españoles, nuestras Dependencias y Colonias africanas eran: Protectorado de Marruecos (1912), Territorios de Soberanía Nacional en Ifni (enclave) y Sáhara español -ambas zonas conocidas como Africa Occidental Española-, y, más al sur del continente, Guinea Ecuatorial e islas adyacentes.

En 1955, Francia, muy a su pesar, pues al parecer tenía otro pretendiente para el trono de Marruecos, reconoce a Mohamed V como sultán de su zona de Protectorado (la más importante de las dos existentes), lo que abre el camino para que España haga otro tanto meses más tarde (Abril de 1956) con su Sector, no incluyéndose en este reconocimiento el enclave de Ifni ni el Sáhara Occidental, ambas zonas consideradas de soberanía nacional española.

Los efectivos militares de guarnición en estos territorios del Africa Occidental, que posteriormente se convertirían en provincias españolas con su correspondiente representación en las Cortes, eran los siguientes:

- IFNI.- Grupo de Tiradores de Ifni (cuatro Tabores o Batallones, la mayoría de cuyos miembros son indígenas).
- Grupo de Artillería.
- Policía Territorial (formada mayoritariamente por autóctonos).

SAHARA.- Dos Batallones y una Compañía.

A mediados de Agosto de 1957, en la frontera este de Ifni, tiene lugar el primer ataque a un Destacamento militar español del territorio por bandas armadas (BAL), precisamente a personal del Servicio de Transmisiones del Ejército, produciéndose la primera baja (herido) entre las Fuerzas Armadas Españolas, que sería el paracaidista Vicente Vila Pla, más tarde muerto en acto de servicio. Un avión que acudía en apoyo de nuestros compatriotas tuvo la mala fortuna de estrellarse en el mar, muriendo todos sus ocupantes.

A partir de aquí se inician una serie de actuaciones por parte de los guerrilleros rebeldes (se decía que en realidad eran marroquíes) que desde hacía meses se estaban organizando a conciencia y en secreto

para llevar a cabo acciones contra los Puestos y Destacamentos españoles, lo que obliga a las autoridades nacionales a tomar muy en serio los movimientos de quienes, colectivamente, se denominaban "Ejército de Liberación", y entre cuyos miembros más destacados podemos citar a la banda de El Yilali y a las partidas de Tafudark, siendo sus seguidores duramente castigados por nuestro Ejército entre Agosto de 1957 y Enero-Febrero de 1958.

Previamente al ataque contra este personal de Transmisiones de Ifni, ya se venían produciendo coacciones, presiones y amenazas de todo tipo a los pobladores nativos para que se levantaran en rebeldía contra el Gobierno español, dando origen estos hechos a huelgas, pequeñas concentraciones de protesta y cierta desobediencia civil en algunos de sus habitantes, lo que obliga a efectuar diversas detenciones entre los cabecillas y sus partidarios, que son deportados al archipiélago canario.

Por otra parte, aunque de características bien diferentes por la especial configuración del terreno y por no tener sus insurrectos, en principio, el mismo objetivo final que Ifni de integración en el reino de Marruecos, en el Sáhara Occidental se hace frente igualmente a unas acciones de guerrilla y sabotaje que obligan a nuestros dirigentes a plantearse la conveniencia de reforzar adecuadamente ambos territorios con distintos Batallones expedicionarios, que ya venían preparándose desde meses atrás en la Península.

En el desarrollo de todos estos sucesos hay que señalar una circunstancia importante y trascendental: la eficaz actuación de la recientemente fundada Bandera de Paracaidistas, exactamente en 1954, que en muy poco tiempo recupera, en acciones ofensivas, los Destacamentos que caen en poder de los rebeldes, cuya fuerza inicial se calculaba en unos cinco o seis mil hombres a últimos de 1957; operaciones estas que se dan exclusivamente en Ifni, y que, con su éxito, se salvan muchas vidas hispanas.

Acababa de iniciarse, pues, con estos primeros roces y escaramuzas, nuestra última guerra colonial, que, aunque corta en el tiempo, y de no muy grandes repercusiones internas, tuvo, especialmente por sus muertos y heridos, un importante seguimiento en todos los medios de comunicación españoles.

Lo que había empezado poco antes como simple tiroteo en uno de los Puestos de Ifni, pronto se convertiría, semanas más tarde, en el serio intento por parte de los rebeldes de tomar la capital del territorio, Sidi-Ifni, territorio o enclave que contaba con cerca de dos mil

kilómetros cuadrados de superficie, y para lo cual el llamado "Ejército de Liberación" había trabajado con mucha astucia y mayor sigilo, contando siempre con la complicidad de algunos de los naturales del país.

Tal intento de toma de Sidi-Ifni se produce a últimos de Noviembre de 1957, tras haber cortado las comunicaciones los rebeldes. Afortunadamente, y gracias a la actuación de las tropas de la guarnición, la toma de la ciudad sólo queda en fugaz intento de asesinar a los mandos militares, aunque se producen, tanto en la capital como en los cercanos Destacamentos, decenas de muertos y heridos, entre ellos la sección del teniente Ortiz de Zárate, cuya memoria honra y perpetúa hoy una de las Banderas de la Brigada Paracaidista.

Ya en grave y abierto enfrentamiento con los grupos armados, la aviación española desencadena una severa acción de represalia contra estos rebeldes, realizando diversas incursiones de castigo y transportes de tropas. Era, por consiguiente, una guerra abierta, aunque no lo fuera de las llamadas convencionales. Hubo, por tanto, bombardeos, ametrallamientos, operaciones de suministros, etc., que, no había duda, empezaban a dar una cierta envergadura a lo que un par de meses antes nadie hubiera imaginado tomaría aquellas proporciones.

A todo esto, y para reforzar la defensa de Ifni, llegan al territorio africano los Batallones expedicionarios Soria 9, Pavía 19 y Cádiz 4; así como un Grupo de Artillería, que pasan inmediatamente a ocupar posiciones defensivas en todo el perímetro más inmediato de Sidi-Ifni, sin que en ningún momento se descuiden las temidas infiltraciones o golpes de mano de los rebeldes, y sucediéndose distintas operaciones militares de liberación de Puestos y objetivos, en algunos de los cuales se encontraban alojados mujeres y niños.

En el Sáhara Occidental, como apuntábamos con anterioridad, aun siendo la gravedad general de los hechos bastante menor y diferente a la de Ifni, dada la escasa población europea de El Aaiún, Villa-Cisneros, La Güera, Smara, etc. (no llegaba a la mitad de la de Ifni, que era de unas dos mil personas) y ser el territorio mucho menos apto para las infiltraciones, emboscadas, asaltos a Destacamentos, etc., también se estaban produciendo distintas acciones de guerra, que se cobran numerosas vidas entre la guarnición de estas localidades, especialmente de la XIII Bandera de la Legión, en la zona de Edchera

Pero, ¿cómo se inician realmente las actividades bélicas en el Sáhara?

Aunque hay pequeñas e incesantes escaramuzas en el desierto, es con el asalto al coche correo que va del Aaiún a Daora, en el mes de Noviembre de 1957, cuando verdaderamente se da inicio a las hostilidades por parte de las bandas rebeldes saharauis (¿marroquíes?), que a mediados de Enero siguiente, como ya he señalado antes, tras dura lucha, ocasionarían a una Compañía de la XIII Bandera de la Legión cuarenta muertos y numerosos heridos en la zona de Edchera, Puesto o Destacamento que controlaba la pista que iba desde El Aaiún, capital del Sáhara Occidental o Español, a Smara, pequeña localidad del interior del desierto.

Por supuesto que la XIII Bandera de la Legión hace pagar muy caro sus numerosas bajas ante estos rebeldes, ocasionándoles más de cincuenta muertos e innumerables heridos.

Pronto, pues, el Sáhara Occidental se encuentra también plagado de partidas guerrilleras de difícil desarticulación.

Como refuerzos para la defensa del Sáhara llegan desde Valencia y Alicante los Batallones expedicionarios Guadalajara 20 y San Fernando 11 (Enero de 1958), que pasan a ocupar Puntos de Apoyo y pequeños Destacamentos defensivos alrededor de Villa-Bens (Cabo-Jubi), territorio que posteriormente sería entregado a Marruecos, en Abril de ese mismo año (no olvidaré nunca que, cuando de madrugada pasaba junto a las alambradas de mi posición defensiva para efectuar el relevo de mis "escuchas", siendo yo cabo, casi siempre me cruzaba con quien realizaba idénticas funciones en el lado marroquí, y sin que jamás intentáramos ninguno de los dos "enemigos" el más mínimo gesto de acercamiento o comunicación).

A El Aaiún pasan a defenderlo varias Banderas de la Legión, El Batallón Extremadura 15 y Grupos de Caballería y Artillería, además de otras pequeñas unidades.

De la misma forma, más al sur de la costa sahariana, en Villa-Cisneros, dan seguridad a la escasa población europea existente (unos pocos cientos de civiles) los Batallones Castilla 16 y Disciplinario de Cabrerizas (esta segunda Unidad, la de corrigendos, era el Cuerpo de Disciplina encargado de recibir a los miembros de tropa del Ejército español que, al cometer determinados delitos, eran condenados a pena accesoria de destino a Unidad Disciplinaria, y que fue disuelto a mediados de los años sesenta, afortunadamente. Digo lo de afortunadamente porque... ¡yo también estuve en él durante un tiempo, aunque no como corrigiendo, y aquello era algo así como el Batallón del fin del mundo), que también pagarían con la vida de sus hombres la

defensa del puerto natural de Villa-Cisneros.

(IV)

La demostración de fuerza por parte de la Aviación y Marina de Guerra españolas, así como la ocupación de un adecuado perímetro defensivo que corta las posibles vías de acceso por tierra hacia Sidi-Ifni de los rebeldes, y el ejercicio de un serio control de cuanto ocurre en el interior del territorio de soberanía nacional, hacen que las bandas armadas tengan, a partir de este momento, muy difícil su actuación en enfrentamiento directo con las tropas de guarnición en el territorio, limitándose desde ese instante, de Enero a Junio de 1958, a realizar débiles acciones bélicas por sorpresa contra las posiciones defensivas de la provincia de Ifni, que no obstante ocasionan en nuestras tropas cerca de treinta muertos y más de cien heridos, en esta fase de relativa tranquilidad.

Desde Junio de 1957 al mismo mes de 1958 (fecha de la llegada a Ifni del Batallón Tetuán 14 de Castellón para ocupar las trincheras defensivas del enclave, relevando a quienes habían llevado hasta entonces la peor parte de aquella guerra) se producen numerosas operaciones defensivas y de recuperación de objetivos, de entre las cuales, por su importancia y costo humano, cabe destacar las que siguen, siempre referidas a este territorio de Ifni:

	Muertos	Heridos	Desap.
Operación Telata (Noviembre-Diciembre 1957)	9	16	2
" Gento (Diciembre 1957)	33	33	6
" Diana (Enero-Febrero 1958)	5	31	-
" Pegaso (Febrero 1958)	9	20	-
" Usugún (Febrero 1958)	5	17	-

En cuanto a la situación geopolítica de la provincia de Ifni, dentro del territorio nacional (no olvidemos recordar que sus cerca de dos mil kilómetros cuadrados de extensión se encontraban rodeados totalmente por tierras del reino marroquí), conviene señalar su proximidad al archipiélago canario y la cesión que el Sultán de Marruecos hizo de este territorio a España en 1860, y que nuestro país reocuparía en 1934, pasando desde la primera de estas fechas a ser considerado como zona de soberanía nacional, y que, convertido en

provincia española en los años cincuenta, gozaba de los derechos, obligaciones y privilegios que pudiera tener cualquier otra parte del territorio español, contando, igualmente, con representantes autóctonos en las Cortes Españolas y demás Instituciones.

Cerca ya en el tiempo la llegada del Tetuán 14 a Ifni, la situación del Sáhara Occidental es la que sigue:

Establecidos en defensiva en Villa-Bens (Cabo-Jubi) los Batallones Guadalajara 20, de Valencia, y San Fernando 11, de Alicante, pronto se ve la necesidad de formar una gran Operación Ofensiva que, en combinación con el Ejército francés (que también tenía graves problemas por aquel entonces en su Africa Occidental Francesa) diezme y aniquile las bandas armadas que tantos quebraderos de cabeza vienen ocasionando a uno y otro lado de la frontera de Mauritania con el Sáhara español.

Igual que Ifni, el Sáhara Occidental (El Aaiún, Smara, Villa-Cisneros y La Güera) había sufrido, aunque en terreno y situación geopolítica bastante diferente (el desierto no era enclave territorial ni resultaba evidente en los naturales del país un firme deseo de unirse a Marruecos, aunque también se encontraba situado frente a las islas Canarias, y tenía, de la misma manera, reconocido su estatuto de provincia española) idéntica oleada de sabotajes y golpes de mano por sorpresa, entre los cuales podemos destacar la toma de rehenes en la persona del farero de Cabo Bojador y su familia, que durante algún tiempo se dieron por muertos; el ya citado asalto al coche correo y de suministros de El Aaiún a Daora, y el ataque a una Compañía de la XIII Bandera de la Legión en Edchera, que produce numerosos muertos en estas fuerzas españolas de guarnición en el desierto, a primeros de 1958.

Así como hemos visto que en la defensa de Ifni se desarrollan varias e importantes operaciones defensivas y de recuperación de Puestos y objetivos caídos o rodeados por las bandas armadas de liberación, en el Sáhara español (300.000 kilómetros cuadrados de extensión) se va a realizar una gran Operación Ofensiva en cooperación con los franceses, que desarticulará casi definitivamente a los rebeldes, y en la que intervienen la Legión, Caballería (M-24) del Regimiento Pavía y el Batallón expedicionario Guadalajara 20, de Valencia, además de otras pequeñas unidades, y en cuyas filas figuran decenas de castellonenses. El 11 de San Fernando, con las Compañías del Tenerife 49 y Canarias 50, se queda protegiendo Villa-Bens (Tarfaya).

Por otra parte, en El Aaiún se organiza también una columna similar, que, tras rastrear la zona sur del desierto, llegará a Edchera y Smara sin encontrar resistencia considerable.

(V)

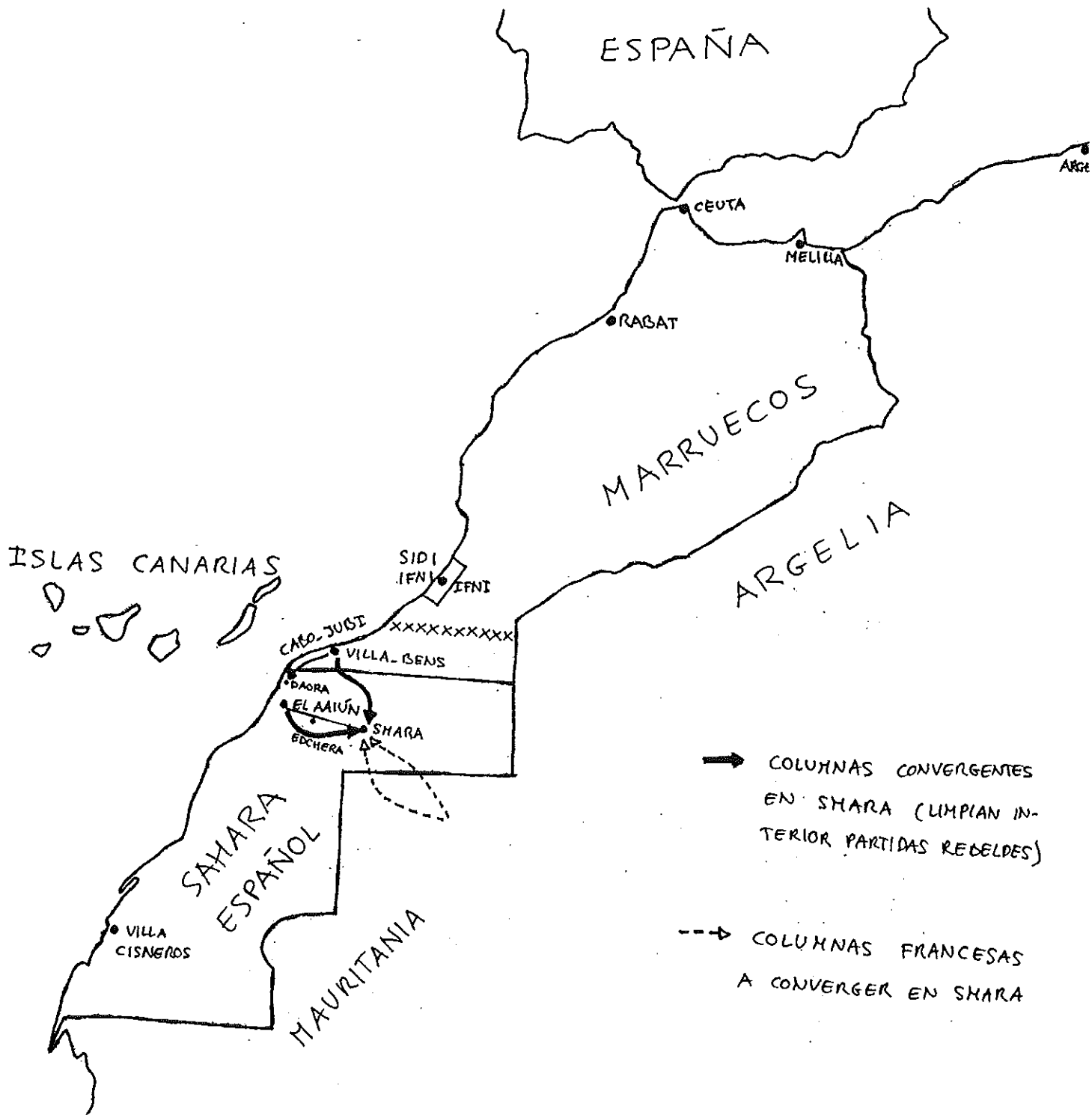
La Operación Teide, en la que participé junto a otros compañeros castellonenses formando parte del Batallón Guadalajara 20, fue una acción ofensiva de cooperación hispano-francesa que tuvo como objetivo fundamental limpiar el interior del desierto español de bandas armadas rebeldes, y que constituyó un éxito importante; ya que, a partir de aquella fecha, prácticamente desaparecieron de la zona los integrantes del llamado "Ejército de Liberación", (¿saharauí?).

El interés de los franceses en esta ofensiva no era otro, como señalé en mi apartado anterior, que el hacer frente igualmente a las partidas de rebeldes que operaban en su territorio colonial (Africa Occidental francesa) y que penetraban frecuentemente en tierras consideradas internacionalmente como españolas, para huir así de las represalias de las autoridades coloniales galas.

Este acuerdo hispano-francés, que haría posible la Operación Teide, se produjo en la Conferencia de Dakar, meses antes de que se materializara la ofensiva, que se iniciaría el 10 de Febrero de 1.958, y cuya ejecución quedaría a cargo de dos Columnas o Agrupaciones Tácticas por parte española, una al Norte (Villa-Bens) y otra al Sur (El Aaiún); y dos más por el lado francés (procedentes de Mauritania), convergiendo las cuatro en Smara.

En esta ofensiva conjunta, apoyada por fuerzas aéreas españolas y francesas, intervino de forma destacada -en la Columna de Villa-Bens (Cabo Jubi)- el Batallón Guadalajara 20, compuesto fundamentalmente en su elemento humano por valencianos, alicantinos y castellonenses - estos últimos en menor medida-, sin olvidar tampoco las pequeñas representaciones de otras Regiones Españolas (hoy Comunidades Autónomas).

Se ocupó Daora, entre Villa-Bens y El Aaiún, que sólo constituía un pequeño Destacamento militar, pero de importancia estratégica de primer orden por ser la llave de comunicación terrestre entre estas dos poblaciones saharianas.



OPERACION TEIDE

Establecido el Guadalajara 20 en cerco ofensivo sobre las Cuevas de Tuifideret, la Aviación española bombardeó dicha zona montañosa, pasando a continuación la Legión a tomar este importante Punto, mientras quienes procedíamos de Paterna-Valencia permanecíamos en apoyo expectante a poca distancia de los objetivos.

Los castellonenses que participaron en la Operación Teide recordarán perfectamente los pilones de azúcar y el té que se obtuvieron del botín de los rebeldes de Tuifideret, entre otras muchas provisiones y material de campaña.

Siguiendo con la misión ofensiva encomendada por el Mando militar, los expedicionarios levantinos tuvieron que realizar una muy dura progresión a pie por el interior del desierto, que puso a prueba la moral, el espíritu de sacrificio y la abnegación de todos los hombres del Batallón. No me da vergüenza confesar aquí y ahora que mi edad adolescente y el escaso desarrollo físico que me acompañaba (¡cuánta hambre llevábamos acumulada hasta entonces muchos españoles!) sucumbieron frente a las arenas del desierto, sufriendo un desmayo que me alejó por unos momentos de la amarga realidad en la que me encontraba. Mi jefe de pelotón, Cabo 1.^o Casado, al que siempre recordaré agradecido, y sin que yo tuviera fuerzas para impedirselo, cargó a partir de ese momento con el terriblemente pesado maletín de las municiones de mi escuadra, que hasta aquel desmayo yo había transportado a brazo con gran sacrificio, bajo una sed y un cansancio de más allá de los infiernos. Los oficiales y suboficiales del Batallón, en un ejemplo que a todos llenó de orgullo, cargaron igualmente con parte del peso que sobraba a muchos de sus soldados.

Más de una noche he vuelto a recordar aquella fantasmal marcha-ofensiva, con los miembros del Guadalajara 20 cantando el Himno de la Infantería en medio de tan implacable desierto, ayudándonos los unos a los otros, mientras progresábamos sin interrupción ni descanso a través de las ardientes arenas, y sin disponer de una sola gota de agua en nuestras viejas cantimploras.

Afortunadamente, todos los objetivos asignados al Batallón fueron alcanzados con arreglo a los planes previstos, y, a pesar del abrasador calor del día y del gélido frío de la noche sahariana, regresamos todos felizmente diez días más tarde a Villa-Bens.

(VI)

En la entrega a Mohamed V del hasta entonces protectorado español de Marruecos (1956), España se había reservado la zona norte del Sáhara (la que tenía incluida a Villa-Bens, Cabo Jubi), que en el tratado de Cintra (Abril 1958), de amplio eco en la prensa nacional, se llega al acuerdo de devolver o reintegrar a Marruecos como parte que era del antiguo Protectorado. Se conocía esta zona como Sector o Franja sur de nuestra antigua área de influencia en Marruecos.

La entrega de este territorio, defendido de las bandas armadas por el Batallón Guadalajara 20 (Valencia), San Fernando 11 (Alicante), la Legión, Caballería (M-24) y dos Compañías canarias de fusileros (Tenerife 49 y Canarias 50), se produce a mediados de Abril de 1958, tras algunas demoras o ligeros incidentes de tipo fronterizo (quiero resaltar aquí, como anécdota curiosa que siempre he recordado, que algunos de los nativos que poco antes de la entrega del Sector a Mohamed V nos aplaudían y vitoreaban a rabiar, aquella jornada final de nuestra presencia en la Zona nos hicieron, al parecer muy "agradecidos", una nada agradable señal de corte de cuello).

Los valencianos, alicantinos, murcianos y castellonenses encuadrados en los dos Batallones expedicionarios, apartados siempre de cualquier otra consideración que no fuera la de cumplir con su misión ofensiva-defensiva en aquella zona, se mantuvieron al margen del acto en sí de la entrega, que fue llevado a cabo por representantes de la Presidencia del Gobierno.

Sí quiero dejar constancia aquí, como dato curioso y anecdótico, de la presencia momentánea en el lugar del Teniente General Mizzián, que habiendo pertenecido al Ejército español con este empleo y categoría (llegó a ser Capitán General de una de las Regiones militares), acababa de integrarse en las Fuerzas Armadas marroquíes al conseguir el reino de Marruecos su independencia, y por ser este General de origen marroquí.

Los problemas bélicos terminan entonces en esta parte norte del Sáhara (sur del Protectorado) en Abril de 1958, abandonando poco tiempo después el territorio las fuerzas militares expedicionarias españolas, que en Junio de ese mismo año ya habían completado totalmente su retirada del territorio.

El Sáhara Occidental o español, cuya capital era El Aaiún -de

plena soberanía nacional- estaba dividido en dos partes: al norte la Saguia El Hamra (río que fue en su tiempo) y al sur Río de Oro; la primera zona es de terreno duro y accidentado en ocasiones, y la segunda más llana y con puerto natural en Villa-Cisneros. Aquí, al igual que en el Sector sur del Protectorado marroquí (Villa-Bens, Cabo Jubi), que se había entregado en Abril a Mohamed V, se lleva a cabo igualmente la ofensiva contra los rebeldes en cooperación con los franceses, llegándose a Villa-Cisneros y Smara, ciudad santa de los saharauis.

A partir de Junio de 1958, pues, ya se ha incorporado al reino de Marruecos Villa-Bens, Cabo Jubi, y queda o sigue como territorio bajo soberanía nacional el Sáhara Occidental, con capital en El Aaiún.

Ifni se encuentra firmemente protegido por las Unidades militares de guarnición permanente y por los Batallones expedicionarios llegados desde la Península a últimos de 1957, cuando las bandas rebeldes inician sus acciones contra los Puestos y objetivos que garantizan la seguridad del territorio y de su capital, fracasando constantemente en sus nuevos intentos de tomar Sidi-Ifni por las armas, gracias sobre todo a la firme actuación de su guarnición.

En Mayo de ese mismo año de 1958, en Montaña Negra, campamento de instrucción de reclutas del Regimiento de Infantería Tetuán 14, empieza a rumorearse que los reclutas pertenecientes al reemplazo de 1957 que allí están realizando su período de instrucción militar van a salir pronto con destino al Africa Occidental Española, a fin de participar en la defensa de los territorios bajo soberanía nacional, que hasta aquel momento han producido dos centenares de muertos, ochenta desaparecidos y cerca de seiscientos heridos, bajas en acciones de guerra que han venido siendo muy seguidas por todos los medios de comunicación españoles.

La intranquilidad empieza a reinar en muchos hogares castellonenses, ya que la gran mayoría de aquellos reclutas -el setenta por ciento- son naturales y vecinos de la capital y pueblos de la provincia de Castellón.

La preparación militar de estos "novatos" se intensifica y endurece al máximo, dándose ya como segura e inminente la partida de los nuevos soldados del Tetuán 14 hacia tierras africanas.

Aunque a veces no lo creamos, es bueno y saludable recordar los tiempos pasados -aunque estos tiempos hayan sido muy duros -pues con frecuencia nos traen espléndidas lecciones que no conviene olvidar nunca.

Leamos y recordemos aquí, a tal efecto, algunos párrafos que el soldado Pascual Guillamón Guillamón, natural y vecino de Castellón, antiguo expedicionario destinado como enlace-escribiente del Batallón en la retaguardia del Tetuán 14 en Ifni, escribió en su diario personal el siete de Octubre de 1958, diario que ha dado lugar a que yo escriba (transcriba) una segunda parte de la historia de aquella expedición, y que, si es verdad que su contenido puede no interesar a la mayoría de la gente, -como este libro-, estoy seguro de que su lectura no desagradará en absoluto a buena parte de los ochocientos cuarenta "tetuaníes" que padecieron el rigor de las trincheras africanas, e incluso a los compañeros valencianos, alicantinos y murcianos en general, que con nosotros estuvieron en aquel continente:

"...y no podía dar crédito a que aquello que contemplaban mis ojos fuera cierto. No era posible que quienes llegaban caminando desde las posiciones defensivas fueran los nuestros, mis compañeros del Tetuán 14...Con el ánimo encogido me he ido a comer y entonces he visto a la Compañía del teniente Vega, que parecía regresaba de librar una gran batalla...A algunos sólo les quedaban unos andrajos como camisa...se les veía la piel negra y quemada por el sol; todos iban sucios y llenos de tierra, y en sus caras se adivinaba un gran agotamiento, estando sus miradas perdidas en el infinito...Tomás y yo hemos llegado al campamento y aquello era como un campo de concentración de tropas...He sentido una gran emoción, porque, después de los tres meses seguidos que han estado mis compañeros en las trincheras, unos y otros se buscaban para abrazarse...Yo también he buscado y preguntado por mi amigo de la infancia, Enrique, y, cuando lo he visto, le he dado un fuerte abrazo...Amigo diario, te digo de verdad que a veces me parece que todo esto es un sueño..."

Ya en Ifni el Tetuán, ocupando las trincheras del Centro de Resistencia número 3 ("Alat Ida Ussugún", "Universidad", "Huerta Madame", "Sidi Mohamed Bendaoud" y "Cota 254"), el servicio de información francés comunica al Mando militar español, en la segunda quincena de Septiembre de ese año de 1958, que frente a nuestras

posiciones se estaba llevando a cabo una gran concentración de rebeldes, noticia que en absoluto quiebra la moral de los "tetuaníes", que siguen fortificando y mejorando sus áreas de defensa, ahora con renovados bríos. Esta tensa situación de espera de un probable ataque rebelde dura quince días, período de tiempo que a algunos de los expedicionarios llega a parecer más bien una pequeña eternidad.

El Batallón Tetuán se hace muy popular en Ifni por distintas razones, entre las cuales podemos destacar: la gran cantidad de paquetes y giros que reciben muchos de sus miembros, que da lugar a que nos pongan de alias o mote los "millonarios"; el quedar campeones de la liga de fútbol organizada en el territorio entre las Unidades militares; las colaboraciones que en materia sanitaria prestan en la Guarnición nuestros tres soldados médicos; el apoyo que dan a distintos servicios de la Plaza los mecánicos y conductores del Batallón, solucionando también muchos problemas de orden logístico a diferentes Organismos.

Fue algo muy entrañable para todos los expedicionarios del Tetuán 14 el magnífico gesto de los castellonenses, mandándonos paquetes individuales a todos los miembros de la Unidad, con motivo de las Navidades del 58.

Ya antes de la partida, muchas madres castellonense empiezan a visitar con más asiduidad la Basílica de la Virgen del Lidón, bajo cuyo manto invocan la protección para todo el personal del Batallón, ofrendándole un precioso estandarte-guion bordado por algunas de ellas, que hizo que en el feliz regreso a nuestra ciudad no faltara a lista ninguno de los "tetuaníes".

Para mitigar (si es que se podía mitigar) la nostalgia que muchos expedicionarios tenían de Castellón, las trincheras africanas vieron nacer de sus entrañas la gayata más hermosa que jamás se ha construido en lugar alguno, y que, rodeada de minas, alambradas y pozos de tirador por todas partes, mantuvo serena y firme guardia frente al territorio marroquí "enemigo" durante varios días; uno de sus autores principales fue el artesano castellonense D. Jose V. Forés Escrig, soldado del Batallón.

Hubo tres heridos en acto de servicio, que no tardaron en recuperarse: un teniente, un cabo primero y un soldado, los dos últimos de Albacete y Castellón, respectivamente.

Como anécdota simpática, quiero resaltar en estas últimas líneas el gesto de aquella abuela castellonense a la que no se pudo convencer de ninguna de las maneras, a nuestro regreso, para que dejara de

acompañar a su nieto hasta el cuartel, yendo a veces metida en la formación, andando siempre desde la estación y llevando colgado en su hombro, como si de un aguerrido expedicionario más se tratara, el fusil de su nieto.

El 1º de Julio de 1959, días después de haberse licenciado el Batallón, la Orden del Regimiento de Infantería Tetuán 14 publicaba en su página principal la felicitación especial que desde Ifni hacía llegar al cuartel el Gobernador General de aquel territorio, en agradecimiento al ejemplar comportamiento del Batallón Tetuán en el continente africano.

Finalmente, quiero recordar aquí, con profundo sentimiento, a quien no pudo iniciar la marcha a Ifni como expedicionario del Tetuán 14, porque un desgraciado accidente en los ejercicios de tiro con lanzagranadas se lo impidió para siempre, pocos días antes de nuestra partida. Descanse en paz el malogrado camarada D. JOSE GINER LORES, muerto en acto de servicio un 9 de Junio de 1958 en Montaña Negra.

CROQUIS DE LOS CENTROS DE RESISTENCIA, PUNTOS
DE APOYO, ELEMENTOS Y SUBELEMENTOS OCUPADOS POR
EL BATALLON TETUAN 14 EN IFNI (1958-59).-

Centro de Resistencia nº 3

Posición 30 (Cota 254)

P.M. Bon.

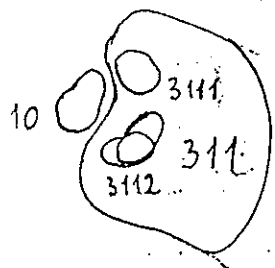
P.M. P. de A 33.

Observatorio C. de R.

1 Escuadra C.S.R.

Sección Asalto (Reserva)

1 Escuadra Amto



P. de A. 31 (Alat Ida Ussugun)

Posición 310 (Alat Ida Ussugun - Poblado)

P.M. P. CSR P. (Reserva)

Elemento. 311

- Sub. 3111 (Ussugun N) S P.M. P.

- Sub. 3112 (id. E) S P.M. P. E

- Sub. 3113 (Cota 300) P.



P. de A. 31 (Alat Ida Ussugun)

Elemento. 312 (Cota 348)

- Sub. 3121 (id Norte) P.

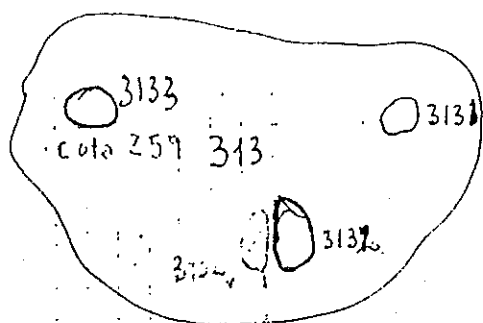
- Sub. 3122 (id. Este) S P.M. P. E P

- Sub. 3123 (Cota 300) P.

Pde A. 31 (Alot Ida Ussugun)

Elemento 313.

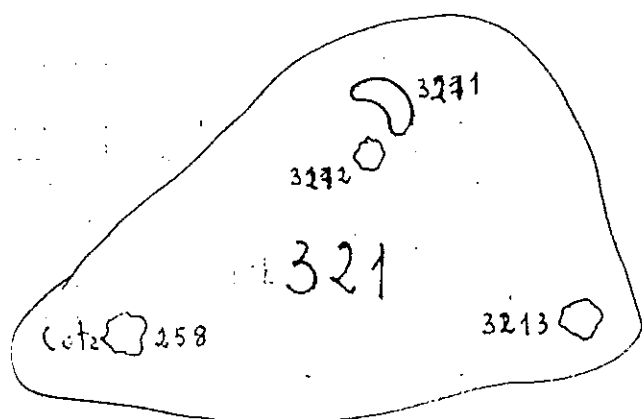
- Sub. 3132 (Cota 304). $\begin{matrix} S \\ \text{FPM} \end{matrix} \cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$
- Sub. 3133 (Cota ²⁷⁰~~259~~). $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$
- Sub. 3134 (Cota 295). $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$



P. de A. 32. Universidad

Elemento 321

- Sub. 3211 (C. 277) $\begin{matrix} S \\ \text{FPM} \end{matrix} \begin{matrix} S \\ \text{FPM} \end{matrix} \begin{matrix} S \\ \text{FPM} \end{matrix} \cdot P \cdot P$
- Sub. 3212 $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$
- Sub. 3213 (C. 277. avanz.). $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix} \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$

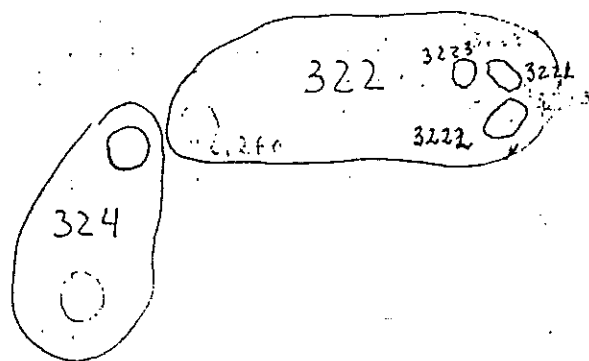


P de A. 32. (Universidad)

(2)

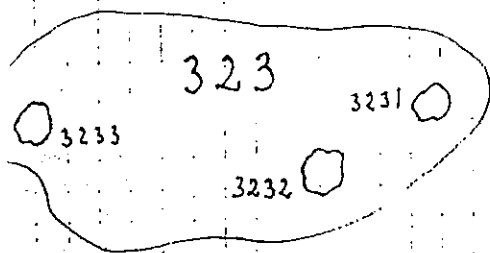
Elemento 322.

- Sub. 3222 (C. 269 Sur). $\begin{matrix} S \\ \text{FPM} \end{matrix} \cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$
- Sub. 3224 (id. N.E.). $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$
- Sub. 3223 (id. ²⁶⁰~~NE~~). $\cdot P \cdot \begin{matrix} F \\ \text{SE} \end{matrix}$



Elemento 324

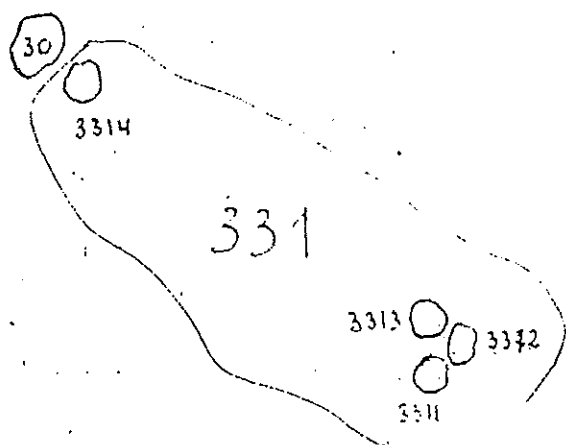
$\begin{matrix} S \\ 120 \end{matrix}$



Punto de A. 32 (Universidad)

Elemento 323.

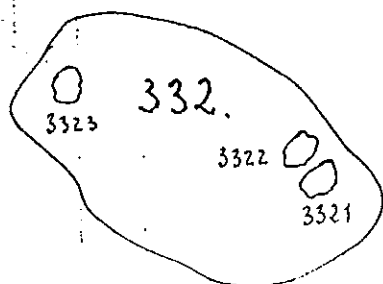
- Sub. 3231 (C. 282. Avanz.) P. F
- Sub. 3232 (Cota 272) S P. F F
- Sub. 3233 (Cota 256) P. F



P. de A. 33. (Cota 254)

Elemento 331.

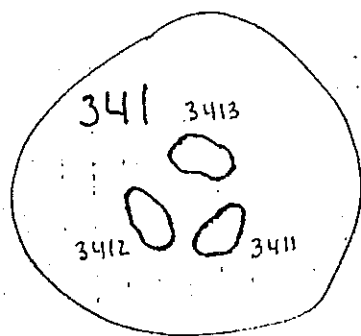
- Sub. 3311 (Cota 236 Sur) P. F
- Sub. 3312 (id. Este) P. P
- Sub. 3313 (id. Norte) S P. P
- Sub. 3314 (Cota 254) P. P F CSR.



P de A. 33 (Cota 254)

- Elemento 332.

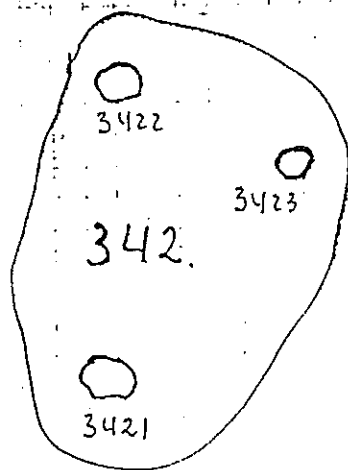
- Sub. 3321 (Cota 218. E) P.
- Sub. 3322 (Cota 218. N) S P. P
- Sub. 3323 (Huerto Madama) P.



Punto de Apoyo 34 Sidi Mohamed Ben Sani

Elemento 341. (Sidi Mohamed Ben Sani)

- Sub. 3411. (Este) P. F. P.
- Sub. 3412 (Oeste) FPM. SPM. P. P. P.
- Sub. 3413 (Norte) P. F.



Punto de Apoyo 34

Elemento 342

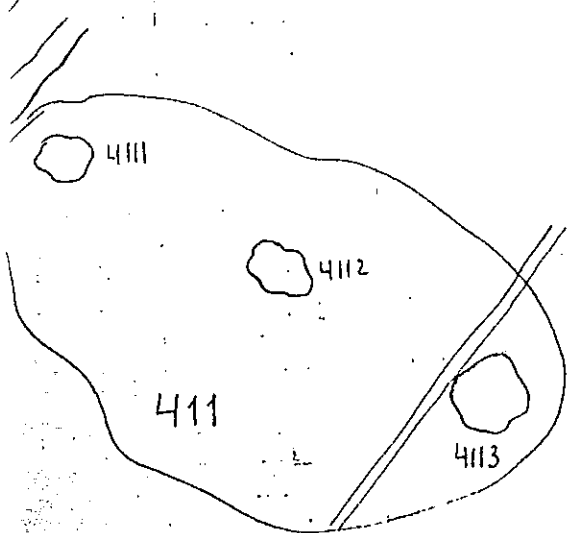
- Sub. 3421 (Cota 208) SPM. P. F. P.
- Sub. 3422 (Cota 262) P.
- Sub. 3423 (Cota 222) P.

Puesto de Mando

Posición 40 (Cota 415)

- P.M. del Bón
- P.M. de la Cia A.P.
- Cia. P.M. Bón
- 1 Peloton C.S.R.
- 1 Sección C.I. 75/13
- Sección Asalto (Reserva)

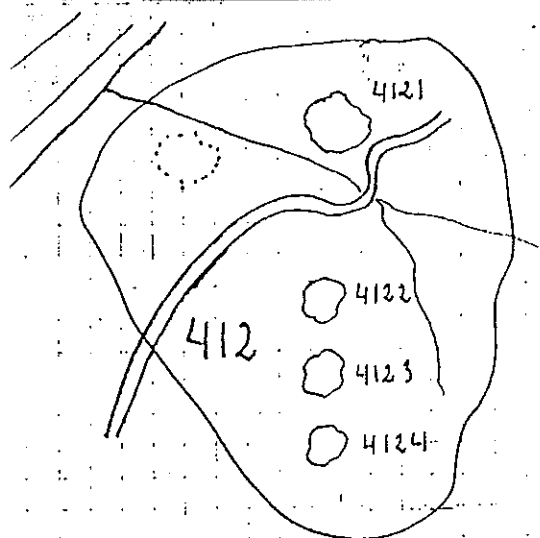
entro de Resistencia n: 4



P. de A. 41 (Sequera)

Elemento 411 (Playa)

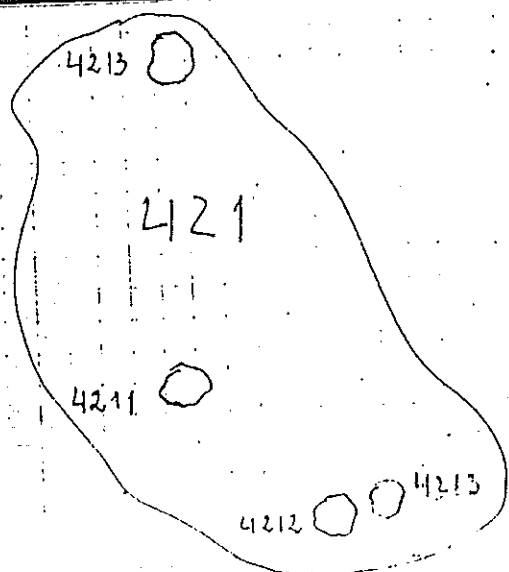
- Sub. 4111. (Cota 60) SPM. P. F
- Sub. 4112. (Cota 80) P. F C37
- Sub. 4113. (Carretera) P. F C37



Punto de Apoyo 41 (Sequera)

Elemento 412

- Sub. 4121 (Pic Sequera) P. F F
- Sub. 4122 (Sequera N) SPM SPM P.
- Sub. 4123 (Sequera Centro) P. P 8D
- Sub. 4124 (Sequera Sur) P.



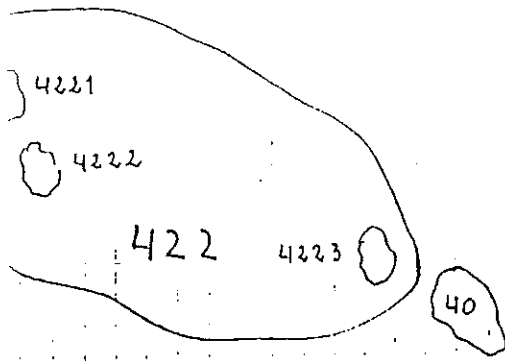
Punto de Apoyo 42 (Butala)

Elemento 421

- Sub. 4211 (Cota 388) P. F 50
- Sub. 4212 (Cota 386) SPM P. F 50
- Sub. 4213. (Cota 290) P.

Elemento 422.

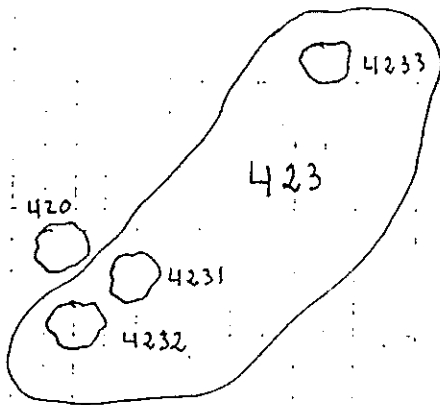
- Sub. 4221 (Cola Camello O) .P.
- Sub. 4222 (Cola Camello E) $\begin{matrix} S \\ FPM \end{matrix}$.P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$ $\begin{matrix} P \\ CS \end{matrix}$
- Sub. 4223 (Cota 415-Oeste) .P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$



- Posicion 420. $\begin{matrix} FPM \\ S \end{matrix}$ $\begin{matrix} FPM \\ S \end{matrix}$ $\begin{matrix} P \\ 81 \end{matrix}$

Elemento 423.

- Sub. 4231 (Butalan Este) .P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$
- Sub. 4232 (Butalan Sur) .P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$ $\begin{matrix} F \\ 50 \end{matrix}$
- Sub. 4233 (Cocina) .P.

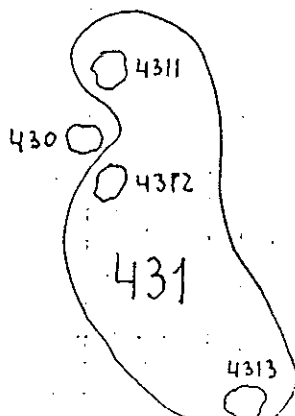


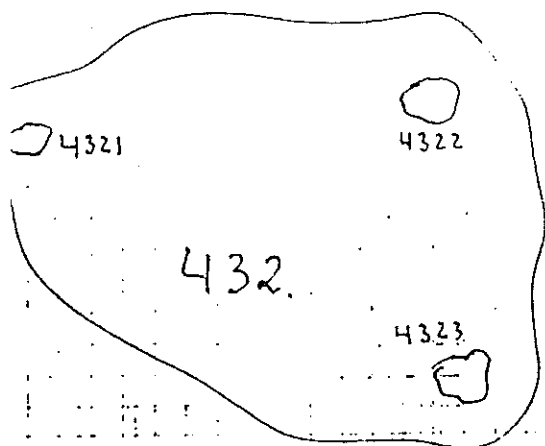
- Posicion 430. $\begin{matrix} FPM \\ S \end{matrix}$ - Reserva .P.P. en la Cocina

Elemento 431

- Sub. 4311 (Las Peñas) .P.
- Sub. 4312 (Busgadir) $\begin{matrix} S \\ FPM \end{matrix}$.P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$ $\begin{matrix} P \\ 81 \end{matrix}$
- Sub. 4313 (Conica) $\begin{matrix} B \\ F \end{matrix}$.P. $\begin{matrix} F \\ \wedge \end{matrix}$

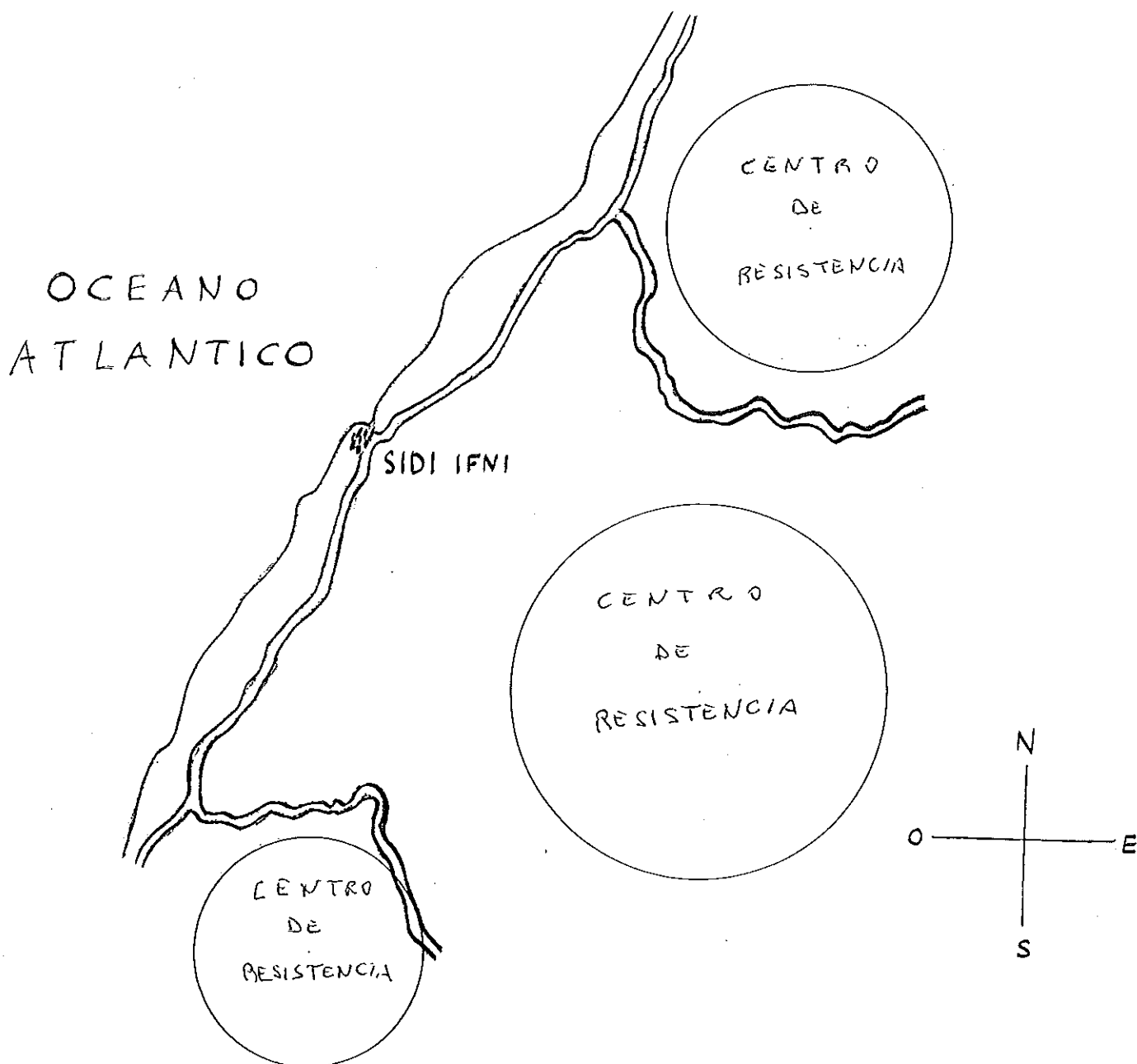
Cocina.





Elemento 432.

- Sub. 4321. (Cole 434) P. F
- Sub. 4322. (Ayziax, C. 493) SPM. P. F
- Sub. 4323. (Cole 400) P. F



MATERIAL FOTOGRAFICO RELATIVO A LA EXPEDICION
DEL TETUAN 14 A IFNI (POSICIONES Y PERSONAL)

CANCIONES PARA UNA CAMP AÑA

(Facilitadas por Manuel Herrero Gil,
soldado expedicionario ; Jérica -Castellón)

Compuestas en las trincheras de Ifní en 1958

FIN
Cuando salimos de casa
tristes y desesperados
nos llevan a transeúntes
y allí nos dejan tirados
Adios transeúntes de París
adios faros de la luz
que por tus aguas pararon
la flor de la juventud.
El barco pide salida
y el capitán se la da

y la noche de mi novia
se queda desconocida
y mi madre te pregunta
hija mía porque lloras
se marcha a Sidi-Ifni
y allí se quedará una mora.
Adios padre y adios madre
adios hermanos también
me marcho para Sidi-Ifni
y no sé cuando volveré.
Unos dicen que si hoy
otros dicen que mañana

el día que entre en quintas
puse un ramo en tu ventana.
Puse un ramo en tu ventana
de rosas y de claveles
y el día que me licencien
te lo pondré de laureles
te lo pondré de laureles
por ser la más preferida
con un retrato que diga
viva el Tetuán de Infantería.
Viva el Tetuán de Infantería
por ser el más elegante

y en todas las formaciones
siempre es el más triunfante.
Al llegar a Sidi Ifni
lo primero que se ve
un grupo de Infantería
y una mora haciendo té.
Las alubias van de acuerdo
los garbanzos en guerrilla
el tocino a retaguardia.
y la carne comen filar.
El tocino para el Sargento
la carne para el Brigada

ya los polvos de Cañones
nos matan con Galvas.
Aquí termina la historia
escrita por un soldado
que lleva muchos días de novicio
y todavía no se han matado.

X A MINOVIA

A ti la mujer más bella
que hay en el mundo entero
a ti mi novia querida
desvelos de mis desvelos.

Te dedico esta noche
una más de mis recuerdos
te llevo siempre metida
y eres mi mayor Consuelo.
Para soportar la noche
en este triste desierto.
Pienso en ti constantemente
y parece que te veo.
Con tu cuerpecito cálido
y tus ojitos tan bellos
tu encantadora loquiza
que al besar despierta fuego.

Con la noche y rendido
el descanso es nuestro enemigo
me echo a la cama algo triste
al pensar que estar tan lejos
Pero al sacar tu retrato
de mi bolsillo del pecho
y al ver tu hermosa cara
tus labios rojos tan bellor
me parece que me dicen
Bérame porque te quiero.
Yo bien a gusto lo haría
si no estuvieras tan lejos.

pero son tantas las cosas dulces
que pasan por mi cerebro
que recuerdo cosas pasadas
y pienso en lo venidero.
También pienso en la licencia
que viene a paso lento
cerando nuestro tocamiento
que fue de llegar a tu lado
a conocer nuestros sueños.
Ya goita el imaginaria
¿qué es lo que hacen dormidos?
a ver si acabáis la charla

que han tocado silencio.
Se apagan los grandes focos
y se encienden los pequeños
queda en silencio la sala
y todos parecen muertos
Por última vez te miro
y te doy un profundo beso
me guardo tu retrato
como siempre pensando.
Qué mayor de mis sueños
siento tu voz que despierto
me regaña con celo

Porque pensar en mí tanto.
Pienso en ti Porque te quiero

XXXXXXXXXXXXX
SIDHINI 11 OCTUBRE 1958

X. Voy a contarte sensos
mi servicio militar
que lo que a mí me ha pasado
Es cosa de lamentar.
el Castellón me llevaron
y entonces yo era recluta
y al cabo de 4 meses

me llevaron a la lucha.
Al salir de Castellón
el tren llevaba retraso
y en el puerto de Valencia
mi madre me dio un abrazo.
Y entonces en ese momento
mi madre que estaba triste
al ver que yo me marchaba
se puso para llorar.
Después de la despedida
en el barco me monté
me voy para Sidi-Ifni

no sé cuando volveré.
- El barco me salía
y el capitán se la da
y la madre de mi novia
se queda desconsolada.
Adios padre y adios madre
adios hermanos también
me voy para Sidi-Ifni
no sé cuando volveré.
El barco salió del puerto
a las 5 de la tarde
de pena que yo tenía

estaba para terminar.
Cuando iba por el estrecho
atrás se quedaba España
y todos pedían a Dios
el terminar la campaña.
Cuando llegamos a Jini
todos muy disgustados
cuando vimos terreno
estábamos mareados.
Nos llevan al campamento
en busca de las chumberas
al cabo de 7 días.

marchamos a las trincheras
el Sidi ~~el~~ ^{un} hombre venido
a pelear con los moros
y para entrar en combate
en el barranco del lobo.
Y los moros nos tiraban
con fusiles y metralleras
y nosotros con granadas.
Les hicimos la puñeta.
Dieron la retirada
porque no podían llegar
donde hay tantos españoles.

era imposible llegar.
El que compra las trincheras
del 14 Setuon
por muchos moros que sean
que putas las pasaran.
Cuando menos te lo piensas
tiene una bala perdida
a ti te deja sin novio
a mí me quita la vida.
Y si te echas otro novio
que no sea militar
porque con esto de Jini

Voltera te quedacás.
Adiós puerto Sagelario
adiós foro de la luz
que por tus aguas navegaron
la flor de la juventud.
Adiós morita del alma
a mi España yo me iría
que me duelen los cojones
de estar en la morería.

LA VERD de un Soldado

África que siempre fuiste
tumba de los españoles
y lo seguirás siendo siempre
mientras España tenga hombres.
Adiós África maldita
siempre te maldecire
hasta maldigo la hora
que en el barco monté.
Hombres, mujeres y niños
que escucháis esta canción
de estar detrás tan bonitos
que un militar escribió.

Y él con alegría
de su casa salió
y con él muchas penas entró
y eran son las ventajitas
que en la mili adquirió.

El 20 de Junio, ¡traya
un mes de primavera!
un batallón de soldados
que marchamos de Castellón
para la guerra.

Ya estamos en la estación
en el tren todos montados
ya nos despiden la gente
padres, novia y hermanos.
Ya sale nuestro General
a despedirnos y el comandante
a darle la mano.

Adiós reclutas compañeros de la mili, me
voy para mi España. Se dejó en Bini, se
terminaron para mí todas las guardias,
de las que nunca yo podré olvidar.

Adiós a los refuerzos y a las ima-
ginarias y a todos los servicios que me
manda el furriel, adiós malditos moros
que con sus líos, me ves tan amargo en
el cuartel.

Adiós muchachos compañeros de

fatigas, ando empujando la nueva vida,
ya se acabaron para mí todas las penas,
y de los picos no te quiero hablar.

Adiós a los sirocos del África Española,
adiós al nuevo zoco que nunca olvida-
ré, me nacen en mi mente viejos recuer-
dos como al besar la madre del beso
aquel.

Adiós reclutas ya me marcho licen-
do, besos de novia ensaña mis labios, ya
se acabaron para mí los mosquetones de

los que nunca volveré a limpiar.

Adiós a las montañas, adiós a los morteros, adiós a transmisiones que nunca olvidaré, adiós a las patatas con carne de camello, que durante tanto tiempo debí comer.

Sidi - Jiri 5 Mayo = 59

Por aquellos que en España se divierten
presumiendo de zapato y de capote, y

nosotros desnuditos y descalzos, y durmiendo
en la intemperie de la noche. No sabemos
cuándo es fiesta ni domingo, pues la
guerra no se ocupa de disfraces y nosotros
desnuditos y descalzos, esperando la tragedia
de la noche.

Los ataques de los moros son traicioneros,
nos atacan por la noche y de sorpresa,
y nosotros con veinte ojos en las trincheras,
esperando la muerte que se acerca.

En España no se enteran de la mil,

como suelen siempre irse de permiso,
expedicionarios que tenemos mala suerte
casi siempre con los moros de castigo.

Las guerrillas de los moros no se
acaban aunque todos los laudamos como
flechas, los sentimos por los padres y la
moría, que por eso se retrasa la victoria.

Cuando todos lleguemos a nuestras
casas de esta guerra tendremos que contar,
y con esto se desfilde un veterano cansadito
de sufrir y guerrear.